

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX  
Nº5  
MAYO 2007



NUESTRA PORTADA:

**El monje: la imposición del hábito.**

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador  
Parroquia de San Rosendo de Celanova

*“Un día, estando en oración, le fue revelado por Dios que edificase un cenobio en la ciudad de Villar, en las proximidades de A Limia, y que, consagrándolo a san Salvador, pasase en él su vida monástica. (...) De inmediato dio comienzo a la edificación del Monasterio, que Rosendo llamó Celanova: y desde entonces perdió el nombre de Villar y pasó a llamarse por todos Celanova. (...) Llamó a Franquila, abad de San Esteban, para regir el nuevo monasterio, y el propio Rosendo recibió de éste el hábito religioso, una vez abandonada la pompa episcopal, y pasó a profesar la regla de san Benito.”*

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Mayo 2007

Nº 5

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Carta del Sr. Obispo a los Misioneros en la Solemnidad de Pentecostés .....	695
Carta del Sr. Obispo con motivo de la Solemnidad del «Corpus Christi» .....	698
Actividades del Sr. Obispo .....	700

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos y defunciones .....	705
Vicaría de Pastoral	
Delegación de liturgia. “Para vivir el domingo (VIII)” .....	706
Instituto Teológico “Divino Maestro”. Presentación de libros por D. José Ramón Hernández Figueiredo	
“Las Hijas de la Caridad en Ourense. Beneficiencia y enseñanza (siglos XIX y XX)” .....	709
“San Rosendo” .....	722
Nota de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela ante las Elecciones Municipales 2007 ...	726

### IGLESIA EN ESPAÑA

Mensaje con motivo de la beatificación de 498 mártires del siglo XX en España .....	729
Mensaje de la Comisión de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española, en la Jornada Mundial de las Comunicaciones .....	733
Mensaje de los Obispos para el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar .....	737
Mensaje del Obispo Presidente de la Comisión de la Vida Consagrada para la Jornada “Pro Orantibus” .....	741
Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social .....	743

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Regina Cæli .....	749
Audiencias Generales .....	752
Cartas .....	759
Discursos .....	763
Homilías .....	765
Mensajes .....	768
Viajes Apostólicos	
Visita Pastoral a Vigévano y Pavía (21-22 de abril de 2007) .....	771
Viaje apostólico a Brasil (9-14 de mayo de 2007) .....	791
Santa Sede	
Intervención del Card. Tarcisio Bertone, en la ceremonia de inauguración de la exposición “L’Osservatore Romano: desde Roma al mundo 145 años de historia a través de las páginas del periódico del Papa” ..	847
Simposio organizado por el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales	
Intervención de monseñor Wilton D. Gregory, Arzobispo de Atlanta .....	850
Intervención de Franz-Olivier Giesbert, director del semanario francés “Le Point” .....	856

### CRÓNICA DIOCESANA

Mayo .....	864
------------	-----





# LA VOZ DEL PRELADO

---



CARTAS

**Carta del Sr. Obispo  
a los Misioneros en la Solemnidad de Pentecostés**

Queridos misioneros y misioneras:

Cuánto me alegra el poder dirigirme, un año más, a todos vosotros con motivo de la Solemnidad de Pentecostés. Os escribo como expresión de gratitud y cariño sincero a todos vosotros que os encontráis gastando la vida en lugares y ámbitos lejanos.

Me vienen a la cabeza aquellas palabras que el Señor Resucitado dirige a sus discípulos, enviándoles a proclamar la Buena Nueva: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (*Mt. 28, 19-20*).

¡Cómo resuenan estas palabras en nuestro interior! ¡Cómo nos sentimos también nosotros enviados por Jesucristo cada vez que las leemos! Pienso en tantos consagrados y en tantos que se han entregado al anuncio del Reino de Dios. Pienso en cada uno de vosotros, queridos misioneros, y me doy cuenta que estas palabras pronunciadas por el Señor, hace ya más de XX siglos, aún hoy siguen teniendo actualidad.

En nuestra Diócesis de Ourense, hemos elaborado una Programación Diocesana que abarcará una misma

temática para los próximos cuatro años. Esta temática que englobará la pastoral de la Diócesis es la Eucaristía: “Haced esto en memoria mía” (*1ª Cor. 11, 24; Lc. 22, 19*).

Nuestra Iglesia ha de transmitir a todos los fieles el inmenso valor de la Eucaristía. Hemos de esforzarnos en contagiar el amor de este Jesús, realmente presente en la Eucaristía, que ha sido derramado por todos nosotros. En la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana, nos encontramos con quien es nuestra Vida.

Todos los bautizados que participamos en el sacrificio eucarístico somos enviados para el anuncio de lo vivido en este sacramento: “Ite, missa est... se transforma, en realidad, en misión. Este saludo expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia”. (*Sacramentum Caritatis*, 51). También nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, en esta misma Exhortación Apostólica nos dice: “la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera”. (*Sacramentum Caritatis*, 84).

El día de Pentecostés el Señor envió el Espíritu Santo sobre los apóstoles

que permanecían en oración con María. Con el don del Espíritu Santo la Iglesia comienza su andadura en el encargo que Jesús le ha encomendado: “proclamar las maravillas de Dios” (Hch. 2, 11). El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo del designio de nuestra salvación y hasta su consumación. La fuerza del Espíritu es la que ahora nos lleva a cada uno de nosotros a no guardar el Amor que conocemos y que estamos obligados a comunicar.

Nuestros encuentros de cada año son una ocasión providencial para renovar nuestra comunión. Para los que os encontréis en Ourense en el verano próximo, quiero invitaros al Encuentro que tendremos, D.m., el sábado 28 de

julio. Este año, como supongo sabréis, el Santo Padre nos ha regalado a toda la Diócesis un Año Jubilar, con motivo del MC Aniversario del nacimiento de San Rosendo. Numerosos peregrinos están visitando, día tras día, la iglesia conventual de Celanova, para venerar las reliquias de este Santo y beneficiarse de las indulgencias plenarias concedidas por el Papa, Benedicto XVI. Nosotros también podremos en este día peregrinar desde la ciudad y orar juntos ante la tumba de San Rosendo.

Con cariño, os saluda y bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Ourense

### Carta do Sr. Bispo ós Misioneiros na Solemnidade de Pentecostés

Queridos misioneiros e misioneiras:

Canto me aleda o poder me dirixir, un ano máis, a todos vós con motivo da Solemnidade de Pentecostes. Escríbovos como expresión de gratitude e cariño sincero a todos vós que vos atopades gastando a vida en lugares e ámbitos lonxanos.

Véñenme á cabeza aquelas palabras que o Señor Resucitado lles dirixe ós seus discípulos, enviados a proclama-la Boa Nova: “Ide, pois, e facede discípulos a tódalas xentes bautizándoos no nome

do Pai e do Fillo e do Espírito Santo, e ensinándolles a gardar todo o que eu vos mandei” (Mt. 28, 19-20).

¡Como resoan estas palabras no noso interior! ¡Como nos sentimos tamén nós enviados por Xesus Cristo cada vez que as lemos!. Penso en tantos consagrados e en tantos que se entregaron ó anuncio do Reino de Deus. Penso en cada un de vós, queridos misioneiros, e doume conta que estas palabras pronunciadas polo Señor, fai xa máis de XX séculos, aínda hoxe seguen tendo actualidade.

Na nosa Diocese de Ourense, elaboramos unha Programación Diocesana que abarcará unha mesma temática para os vindeiros catro anos. Esta temática que englobará a pastoral da Diocese é a Eucaristía: “Facede isto en memoria de min” (1ª Cor. 11, 24; Lc. 22, 19).

A nosa Igrexa ten que transmitir a tódolos fieis o inmenso valor da Eucaristía. Temos que nos esforzar en contaxia-lo amor deste Xesús, realmente presente na Eucaristía, que foi derramado por todos nós. Na Eucaristía, fonte e cumio da vida cristiá, atopámonos con quen é a nosa Vida.

Tódolos bautizados que participamos no sacrificio eucarístico somos enviados para anunciar o vivido neste sacramento: “Ite, missa est... transfórmase, en realidade, en misión. Este saúdo expresa sinteticamente a natureza misioneira da Igrexa”. (*Sacramentum Caritatis*, 51). Tamén o noso Santo Pai, Bieito XVI nesta mesma Exhortación Apostólica dinos: “a Eucaristía non é só fonte e cumio da vida da Igrexa; éo tamén da súa misión: Unha Igrexa autenticamente eucarística é unha Igrexa misioneira”. (*Sacramentum Caritatis*, 84).

O día de Pentecostes o Señor enviou o Espírito Santo sobre os apóstolos que permanecían en oración con María. Co

don do Espírito Santo a Igrexa comeza a súa andadura no encargo que Xesús lle encomendou: “proclama-las marabillas de Deus” (Hch. 2, 11). O Espírito Santo coopera co Pai e o Fillo dende o comezo do designio da nosa salvación e ata a súa consumación. A forza do Espírito é a que agora nos leva a cada un de nós a gardalo Amor que coñecemos e que estamos obrigados a comunicar.

Os nosos encontros de cada ano son unha ocasión providencial para renovar a nosa comunión. Para os que vos atopedes en Ourense no verán próximo, quero vos convidar ó encontro que teremos, D.m., o sábado 28 de xullo. Este ano, como supoño saberedes, o Santo Pai regalounos a toda a Diocese un Ano Xubilar, con motivo do MC Aniversario do nacemento de San Rosendo. Numerosos peregrinos están visitando, día tras día, a igrexa conventual de Celanova, para venerar as reliquias deste Santo e se beneficiar das indulxencias plenarias concedidas polo Papa, Benedicto XVI. Nós tamén poderemos neste día peregrinar dende a cidade e orar xuntos ante a tumba de San Rosendo.

Con cariño, saúdavos e bendí o voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## Carta del Sr. Obispo con motivo de la Solemnidad del «Corpus Christi»

Queridos diocesanos:

A veces no nos resulta fácil compartir nuestras experiencias, nuestras alegrías o nuestros problemas con los otros. No siempre encontramos la persona adecuada y, además, con frecuencia consideramos que nuestras cosas son especiales y muy distintas de las que les acontecen a los demás. En realidad, cuando pensamos así, nos equivocamos y podemos hacernos mucho daño, creyéndonos extraños.

Un gran pensador español, Miguel de Unamuno, dejó escrito en uno de sus libros una frase lapidaria que refleja la hondura de su experiencia humana: “Yo hablo de mi mismo porque soy el prójimo que tengo más cerca.” Las alegrías y los gozos, las tristezas y amarguras, los anhelos y desilusiones de la persona humana son muy semejantes. Ciertamente que nuestra individualidad las hace únicas, pero no extrañas e incomprensibles.

Tengo la seguridad de que si ahondamos en esta convicción de Unamuno, la comprensión que tenemos de la vida y de los demás puede cambiar mucho. Poco a poco iremos cayendo en la cuenta de lo cercanos que estamos los unos de los otros, sobre todo cuando se trata de vivir y afrontar los momentos decisivos de nuestra vida. Esos momentos que nos sitúan ante el dolor, la felicidad, la fe, la amistad, el compromiso, el amor, el sentido de nuestra vida.

En este mes de junio celebramos una fiesta muy importante para la Iglesia y para cada una de las Comunidades Parroquiales, la Fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo o, como también se la conoce tradicionalmente, la Fiesta del Corpus Christi.

Esta Fiesta fue instituida por la Iglesia para realzar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y para promover la adoración al Señor presente en Ella.

Ahora que la Iglesia nos pide ahondar en el misterio de la Eucaristía, es muy importante celebrar esta Fiesta en todas las Parroquias y promover la adoración eucarística entre nuestros fieles. Y para conseguir tan importante objetivo no bastan las palabras. Es indispensable el ejemplo. Nuestros niños y jóvenes aprenderán a adorar al Señor en la Eucaristía cuando vean a sus catequistas arrodillados ante el Sagrario y nuestros fieles agradecerán mucho ver a sus sacerdotes en adoración ante el Santísimo. Y muchas veces, en ese acto de humildad y grandeza, sólo le podremos decir al Señor como aquel padre del Evangelio: “Creo, Señor, pero aumenta mi fe” (*Mc 9,24*). Porque nuestras razones y nuestras dudas para creer son muy semejantes a las de las demás personas.

Con mi bendición  
+ Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Ourense

**Carta do Sr. Bispo  
con motivo da Selemnidade do «Corpus Christi»**

Queridos diocesans:

A veces, non nos resulta fácil compartirlas nosas experiencias, as nosas ledicias ou os nosos problemas cos outros. Non sempre atopámo-la persoa adecuada e, ademais, con frecuencia consideramos que as nosas cousas son especiais e moi distintas das que lles acontecen ós demais. En realidade, cando pensamos así, trabucámonos e podémonos facer moito dano, a nós mesmos créndonos estraños.

Un gran pensador español, Miguel de Unamuno, deixou escrito nun dos seus libros unha frase lapidaria que reflexa a fondura da súa experiencia humana: “Eu falo da miña mesma porque son o próximo que teño máis preto”. As ledicias e os gozos, as tristuras e amarguras, os anhelos e desilusións da persoas son moi semellantes. Certo que a nosa individualidade fainas únicas, pero non estrañas e incomunicables.

Teño a seguridade de que se afondamos nesta convicción de Unamuno, a comprensión que temos da vida e dos demais pode cambiar moito. Pouco a pouco iremos caendo na conta do próximos que están-los uns dos outros, sobre todo cando se trata de vivir e afronta-los momentos decisivos da nosa vida. Eses momentos que nos sitúan ante a dor, a felicidade, a fe, a amizade, o compromiso, o amor, o sentido da nosa vida.

Neste mes de xuño celebramos unha festa moi importante para a Igrexa e para cada unha das Comunidades Parroquiais, a Festa do Santísimo Corpo e Sangue do noso Señor Xesucristo ou, como tamén lla coñece tradicionalmente, a Festa do Corpus Christi.

Esta Festa foi instituída pola Igrexa para realza-la presenza real de Xesucristo na Eucaristía e para promove-la adoración ó Señor presente nela.

Agora que a Igrexa nos pide afondar no misterio da Eucaristía, é moi importante celebrar esta Festa en tódalas Parroquias e promove-la adoración eucarística entre os nosos fieis. E para conseguir tan importante obxectivo non abundan as palabras. É indispensable o exemplo. Os nosos nenos e mozos aprenderán a adorar ó Señor na Eucaristía cando vexan ós seus catequistas axeonllados ante o Sagrario e os nosos fieis agradecerán moito ver ós seus sacerdotes en adoración ante o Santísimo. E moitas veces, nese acto de humildade e grandeza, só lle poderemos dicir ó Señor como aquel pai do Evanxeo: “Creo, Señor, pero aumenta a miña fe “ (*Mc 9,24*). Porque as nosas razóns e as nosas dúbidas para crer son moi semellantes ás das demais persoas.

Coa miña bendición  
+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### ABRIL

---

- Días 23-27: Asamblea Plenaria de los Sres. Obispos de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.
- Día 25: Preside la Celebración Eucarística de Exequias en la iglesia parroquial de Santa Baia de A Bola por el E. D. del Rvdo. David Freire de Prado.
- Día 28: Preside la Celebración Eucarística a los catequistas participantes en la Asamblea de Catequistas de Galicia en Celanova.  
Sagrada Ordenación Sacerdotal del P. Juan Javier Martín Hernández, Superior del Real Monasterio Cisterciense de Oseira.

### MAYO

---

- Día 1: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles del Arciprestazgo de Caldelas y Friol (Lugo) que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 3: Preside la Celebración Eucarística en la fiesta del Santo Cristo en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.  
Celebración de la fiesta del Santo Cristo en su capilla sita en la Parroquia de San Ildefonso en San Ciprián de Viñas.
- Día 4: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.  
Bendición de los peregrinos en A Cela y participa en la Peregrinación de la Juventud a Celanova en este Año Jubilar de San Rosendo.
- Día 5: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles del Arciprestazgo de Ourense Este, Ourense Norte, Cabildo de la Catedral y Amas de Casa de la Provincia que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 6: Peregrina y preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los jóvenes que peregrinaron desde la Cela a Celanova con motivo del Año Jubilar de San Rosendo.
- Día 8: Reunión del Consejo Episcopal.  
Preside la Celebración Eucarística en la capilla de las Religiosas Siervas de María, Ministras de los enfermos, con motivo de la festividad de la Virgen de la Salud.
- Día 9: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta de San Juan de Ávila en la Capilla del Seminario Mayor.

- Día 10: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Fátima con motivo de la peregrinación de los seminaristas.
- Día 11: Bendice en el patio del Obispado un coche donado a la Fundación San Rosendo para transporte de minusválidos.
- Día 12: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles de los Arciprestazgos de Ribadavia, Cortegada, Castuelo de Miño, Cea y Familias del Seminario Menor que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Preside la Ofrenda floral de las madres a la Virgen de Fátima en el Santuario de la ciudad.
- Administra el sacramento de la Confirmación a varios jóvenes en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo).
- Día 13: Preside la Procesión de antorchas en la fiesta de la Virgen de Fátima y Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 17: Reunión del Consejo Diocesano Presbiteral en el Seminario Mayor.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. José González Chao en la Parroquia de Santa María de Razamonde.
- Día 19: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles de los Arciprestazgos de Carballiño y A Limia que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Administra el sacramento de la Confirmación a varios jóvenes en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora.
- Día 20: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles de las Parroquias de Ventosela, Esposende, Camporredondo, Castrelo de Miño, Sanín y a las religiosas de la CONFER de la Diócesis que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.



IGLESIA DIOCESANA

---

---



## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha de **1 de marzo de 2007** el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense ha nombrado al **Rvdo. D. Tomás Delgado Gándara**, administrador parroquial de *Santiago de Calvos de Randín, San Vicente de Lobás, San Martiño de Castelaus, San Xoán de Golpellás, San Miguel de Feás, Santiago de Couso de Salas y Santa María de Vila*.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. David Freire de Prado**, fallecido el día 24 de abril de 2007 a los 76 años. Había nacido en A Bola (Celanova) 30 de diciembre de 1930. Fue ordenado presbítero el 10 de julio de 1955. D. David Freire fue Capellán Castrense. En los últimos tiempos estaba ya retirado y colaboraba en las Celebraciones Eucarísticas en la parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro (Santo Domingo).

+ **Rvdo. Sr. D. Rvdo. Sr. D. José González Chao**. Fallecido el día 24 de abril de 2007 a los 84 años. Había nacido el 19 de marzo de 1923 en Santa María de Razamonde. Realizó sus estudios en el Seminario de Ourense, recibiendo el Sacramento del Orden sacerdotal en la Capilla del Seminario el 27 de junio de 1948. Ejerció su ministerio en los siguientes destinos: Ecónomo de Padornelo (1948-1950); Encargado de Acibeiros (1948-1950); Ecónomo de Santa María de Prado de Miño (1950-1952); Encargado de San Salvador de Vide de Miño (1950-1952); Coadjuntor de San Cipriano de Paderne (1952-1954); Ecónomo de Santa María de Mazaira (1954-1955); Encargado de Santiago de Tronceda (1954-1955); Encargado de Santa Eulalia de Trabazos (1954-1955); Ecónomo de Santiago de Graña (1955-1956); Párroco de Santiago de Graña (1956-2004); desde ese año residía en la Casa Sacerdotal.

VICARÍA DE PASTORAL*DELEGACIÓN DE LITURGIA*

PARA VIVIR EL DOMINGO  
 COMO “DIES CHRISTI”. (“DÍA DE CRISTO”)

(*El día del Señor resucitado y el don del Espíritu*). Cap. II (VIII).

Los cristianos celebramos el domingo por la resurrección, cada semana. San Agustín llama al domingo “sacramento de la Pascua” (*DD 19*). Tanto en la tradición Oriental como la Occidental el domingo, por la resurrección “es el centro de todo el culto” (*DD 19*). Sólo se comprende plenamente el significado del domingo si se refiere específicamente a la resurrección de Cristo.

Según el concorde testimonio evangélico la resurrección de Cristo tuvo lugar “el primer día después del sábado” (*Mc 16, 2.9; Lc 24, 1; Jn 20, 1*) y las apariciones diversas tuvieron lugar este día (Cfr. *DD 20*). Fue también el día del primer anuncio y primeros bautismos (*Hech 2, 41*). Tuvo lugar también en este día la epifanía de la Iglesia, pueblo diverso, congregado en unidad, formado por los hijos de Dios dispersos.

“El primer día después del sábado”, primero de la semana, comenzó a marcar el ritmo mismo de la vida de los discípulos (Cfr. *1 Co 16, 2; Hech 20, 7-12*). El *Apocalipsis* llama a este día “día del Señor” (1, 10). Cuando los cristianos le llaman así, dan “a este término el pleno significado que deriva del mensaje pascual: “Cristo, Jesús es el Señor” (*Fil*

*2, 11; Hech 2, 36; 1 Co 12, 3*). Así se reconocía a Cristo el mismo título que a Dios (Cfr. *DD 21*).

Los cristianos, fuera del mundo judío, tenían problemas para observar el ritmo semanal y celebrar el domingo cada ocho días. Por eso se veían obligados a reunirse antes del amanecer. Eran fieles al ritmo semanal, apoyados en el NT vinculado a la revelación del AT. El misterio pascual se iluminaba con los textos de la Escritura, que según san Lucas (Cfr. *24, 27, 44-47*), Cristo resucitado debió haber explicado a sus discípulos (Cfr. *DD 22*). A la luz de estos textos, la celebración del día de la resurrección tomaba un valor doctrinal y simbólico capaz de mostrar toda la novedad del misterio cristiano.

La catequesis de los primeros siglos destaca la *novedad* del domingo respecto al sábado judío. Al principio coexistió entre los cristianos la asistencia a las sinagogas el sábado y la celebración del domingo. Pero pronto se empezó a distinguir más claramente un día de otro, sobre todo, frente a los cristianos venidos del judaísmo. En ello insiste san Ignacio de Antioquía (*A los Magnesios 9, 1-2; SC 10, 88-89*) y san Agustín (*Sermo 8 in octava Paschalis 4: PL 46, 841*) (Cfr. *DD 23*).

La diferencia del domingo respecto al sábado judío se fue consolidando cada vez más en la conciencia de la Iglesia. En algunos momentos históricos se dará cierta tendencia de “sabatización” del domingo, por el énfasis puesto en la obigación del precepto festivo.

La comparación entre el domingo y el sábado judío (AT) fue muy estudiada y, sobre todo, *la conexión* entre la resurrección y la creación (DD 24). Tal relación invita a comprender la resurrección como *comienzo de una nueva creación*, siendo Cristo glorioso la *primicia*, “el primogénito de toda la creación” (Col 1, 15), el “primogénito de entre los muertos” (Col 1, 18).

El domingo es el día en el que, *más que en ningún otro*, el cristiano está llamado a *recordar la salvación*, que por el bautismo, le hace *hombre nuevo* en Cristo (Col 2, 12; Cfr Rm 6, 4-6). La liturgia señala esta *dimensión bautismal* del domingo, ya invitando a celebrar los bautismos en este día, ya sugiriendo el rito de la aspersion con agua bendita al comienzo de Misa, para recordar el bautismo.

El hecho de que el sábado fuera el séptimo día de la semana hizo que el día del Señor se contemplase a la luz de “un simbolismo complementario”, muy querido por los Padres: el domingo, además de primer día, es también el “día octavo”. Situado después de los siete días de la semana, evoca no sólo el

inicio del tiempo, sino también su final en el “siglo futuro” (DD 26). Es el día “verdaderamente único que seguirá al tiempo actual, el día sin término que no conocerá ni tarde ni mañana ...el preanuncio incesante de la vida sin fin que reanima la esperanza de los cristianos y los alienta en su camino” (San Basilio 1: PG 12, 1588).

También san Agustín habla del octavo día (cfr. DD 26). La celebración del domingo, día “primero” y a la vez “octavo”, proyecta al cristiano hacia el *eschaton*, la paz sin ocaso, hacia la meta de la vida eterna.

En la perspectiva cristocéntrica, la reflexión e intuición pastoral de la Iglesia se orientó a cristianizar para el domingo, el contenido del “día del sol” (así lo llamaban los romanos). De este modo apartaron a los fieles de los cultos que divinizaban al sol y orientaban la celebración de este día hacia Cristo, verdadero “sol” de la humanidad, porque es la luz del mundo (cfr. Jn 9, 5).

El tema del domingo como día iluminado por Cristo resucitado encuentra eco en las Liturgia de las Horas y tiene un énfasis especial en la vigilia nocturna que prepara e introduce el domingo en las liturgias orientales. En el domingo la Iglesia se apropia del asombro de Zacarías, cuando lo describe como el “sol que nace de lo alto para iluminar...” (Lc 1, 78-79) y como “luz para alumbrar a las naciones” (Lc 2, 32).

El domingo, día de luz, podría llamarse también con referencia al Espíritu Santo, día del “fuego”. Así se completa el sentido del domingo con la luz de Cristo y el fuego del Espíritu. Jesús comunicó el Espíritu con el perdón de los pecados a los Apóstoles, la tarde de la resurrección (*Jn 20, 22-23*). Era domingo el día de Pentecostés, en que el Resucitado comunicó el Espíritu como “viento impetuoso” y “fuego” (*Hech 2, 2-3*). Pentecostés en el año litúrgico concluye el “gran domingo” (los cincuenta días de Pascua) (*DD 28*) y “por su íntima conexión con el misterio pascual permanece también inscrito en el sentido profundo de cada domingo” (*DD 28*). La “Pascua de la semana” se convierte como en el “Pentecostés de la semana”.

Por todas las características que adornan el domingo, éste es por excelencia *el día de la fe*. En él, el Espíritu Santo, hace de la primera manifestación del Resucitado un acontecimiento que se renueva en el “hoy” de cada discípulo. Jesús en la asamblea dominical nos interpela como al apóstol Tomás: nos invita a reconocerle resucitado y a tener fe (*Jn 20, 27*). El domingo como día de fe prevé en su liturgia el “Credo”, que pone de relieve la dimensión bautismal y pascual del domingo. En él, el bautizado renueva su adhesión a Cristo y a su Evangelio siendo más consciente de las promesas bautismales. Acogiendo la Palabra y recibiendo el Cuerpo del Señor contempla a Jesús resucitado, presente en los signos sacramentales y con Tomás

confiesa “Señor mío y Dios mío” (*Jn 20, 28*) (cfr. *DD 29*).

La *identidad* del domingo debe salvaguardarse y, sobre todo, vivirla profundamente. Desde el siglo tercero los cristianos santificaban regularmente el domingo. Luego pasó a ser “norma establecida jurídicamente: el día del Señor ha marcado la historia bimilenaria de la Iglesia” (*DD 30*). Y debe marcarla en el futuro. Se impone una *nueva labor catequética y pastoral* para que nadie, en circunstancias normales, se vea privado de la gracia del domingo. En caso de hipotéticas reformas del Calendario, la Iglesia no se opone a los diferentes sistemas, con tal de que *garanticen y conserven* la semana de siete días con el domingo (*SC, Apéndice*). Pasado ya el Gran Jubileo del año 2000, el domingo con su celebración, por los significados que evoca y las dimensiones que implica en conexión con los fundamentos mismos de la fe, sigue “siendo un elemento característico de la identidad cristiana” (*DD 30*).

*Preguntémonos:* ¿Caemos en la cuenta de que el domingo es el día de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, como primicia de una creación nueva y de un hombre nuevo? ¿Somos conscientes de que el domingo, más que ningún otro día, nos recuerda nuestra salvación comunicada por Cristo en el Bautismo? ¿Captamos la dimensión del domingo como día octavo, que evoca el final dichoso, el descanso definitivo, el tiempo que

desemboca en la meta escatológica soñada? El domingo es también el día del “Sol que nace de lo alto” (Cristo) y del “fuego” que brota del Espíritu Santo, comunicado a los Apóstoles la tarde de la resurrección ¿Brilla este Sol para nosotros y recibimos desde la fe el “fuego” del Espíritu en la celebración del

domingo? ¿Celebramos en domingo, sobre todo en los signos sacramentales (Palabra, Eucaristía, Credo, etc.), el día de la fe por excelencia? ¿Tomamos en serio la salvaguarda y vivencia del domingo como uno de los elementos fundamentales de identidad de la vida cristiana?

## INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”

### Presentación del libro

«*Las Hijas de la Caridad en Ourense. Beneficencia y enseñanza (siglos XIX y XX)*», del Prof. del Instituto Teológico “Divino Maestro” Dr. D. José Ramón Hernández Figueiredo, en el Centro Cultural de la Diputación de Ourense.

#### 1. *Presentación de la obra por Sor Ángeles Infante, H. C.*

Es para mí un motivo de gran satisfacción poder realizar la presentación de la excelente obra de D. JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ FIGUEREIDO titulada *Las Hijas de la Caridad en Ourense: Beneficencia y enseñanza (siglos XIX y XX)*. El autor pretende con ella dar a conocer la obra realizada por la Compañía de las Hijas de la Caridad en esta provincia de nuestra tierra gallega. El contexto de la publicación es muy apropiado. Pronto se cumplirán los ciento cincuenta años de la presencia de este Instituto religioso en la ciudad de Ourense (1857-2007). Con este motivo el autor ha hecho un re-

corrido histórico perfectamente documentado y digno de todo encomio. Además, HERNÁNDEZ FIGUEREIDO quiere retomar el eco del reconocimiento popular percibido con motivo de la concesión del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2005 a las Hijas de la Caridad. Su obra quiere ser una voz documentada que resuene en ese reconocimiento popular con proyección histórica.

Mi intervención consta de tres partes:

- 1.- Presentación del autor,
- 2.- Presentación de la obra,
- 3.- Valoración y características más importantes de la misma.

### 1.1 Presentación del autor

Rvdo. D. José Ramón Hernández Figueiredo, Licenciado en Estudios Eclesiásticos (*Baccalaureatus in Theologia*) por la Pontificia Universidad de Salamanca (1997), Licenciado y Doctor en *Historia Ecclesiastica* por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (2003), Diplomado en *Archaeologia Christiana* por el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana de Roma y en *De Re Archivistica* por la Escuela Vaticana de Paleografía, Diplomática y Archivística de la Ciudad del Vaticano.

Simultanea siempre el ejercicio de su ser y de su actividad sacerdotal en dos vertientes: el estudio y la pastoral. Por lo que respecta a esta última, ejerce actualmente como Administrador Parroquial de cuatro parroquias rurales en la comarca de A Limia. Es, igualmente, colaborador de la Vicaría del Clero, responsable del Archivo de la Curia Diocesana y Delegado para la Causa de los Santos. También fue Delegado Episcopal para los actos conmemorativos del Bicentenario de la Fundación del Seminario Diocesano.

Al mismo tiempo desempeña la tarea de Profesor de *Latín* en el Seminario Menor de la Inmaculada, de *Historia Ecclesiastica* en el Instituto Teológico del “Divino Maestro”, en el Instituto Teológico a Distancia “San Martín” y en el Instituto Teológico Compostelano. Asimismo es miembro ordinario de la Asociación de los Archiveros de la Iglesia en España y

forma parte del grupo de investigadores del Centro de Estudios Históricos de la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma.

Ha escrito diversos artículos sobre temas de Historia Eclesiástica en *Auriensia*, *Memoria Ecclesiae*, *Hispania Sacra*, *Archivo Dominicano*, *Estudios Mindonienses*, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, *Archivum Historiae Pontificiae*, *Diversarum Rerum*, *Boletín Auriense*, *Compostellanum*, *Anthologica Annua*, *Lethes*, etc., además de varios libros destacando, entre otros, *El Seminario Conciliar de San Fernando de Ourense (1804-1952)*. *Historia de una institución de piedad y cultura*, y *San Rosendo, Obispo de Mondoñedo, fundador de Celanova y pacificador de la Gallaecia*. Y el que hoy presentamos.

Su relación con las Hijas de la Caridad fue providencial a través de su colaboración en el desarrollo de la novena de los Milagros, año tras año. Durante su primer año de sacerdote estuvo en la parroquia de Santo Domingo como vicario parroquial, tratando con cierta asiduidad a las Hijas de la Caridad que viven y enseñan en el Colegio de la Purísima que se sitúa frente a la parroquia. Especialmente particular ha sido su trato de cierta amistad y aprecio mutuo con Sor Prudencia quien le animó a realizar el presente trabajo.

### 1.2 Presentación de la obra

Se trata de una obra de valor histórico ponderable, ya que como hace notar

el autor, en España hay mucha carencia de estudios sistemáticos sobre las instituciones asistenciales y las clases populares receptoras de los servicios realizados. De esa carencia participamos también las Hijas de la Caridad, institución asistencial de gran influencia en nuestra historia. Realmente existe un vacío grande de datos y fuentes en torno a su influencia en la beneficencia, la sanidad y la enseñanza a lo largo de los siglos XIX y XX. Hay que hacer notar que la mayoría de las fuentes documentales internas de las Hijas de la Caridad desaparecieron en el incendio de su Casa Central de Madrid en 1936. Es un dato doloroso pero cierto, que constituye en sí mismo una dificultad para el trabajo de localización de fuentes documentales. Este hecho resalta el valor de la obra de investigación realizada por el autor, así como la presentación de los hechos narrados con documentación abundante y bien tratada.

Quiero destacar el cuidado que tiene el autor en presentar los hechos dentro del contexto del momento histórico en que suceden, imprescindible para situar y comprender los acontecimientos y el desarrollo de su narración. A este respecto los datos son abundantes y exhaustivas las fuentes consultadas. Esta obra viene a llenar, en parte, el vacío sobre la historia de las Instituciones asistenciales españolas. El autor aborda con orden cronológico y competencia excepcional la situación de pauperismo y vida miserable de las capas populares más bajas, a lo largo del siglo XIX y primera

mitad del XX. Con pericia y soltura en el manejo e interpretación de las fuentes, logra ofrecer un retrato objetivo de la situación concreta en la provincia de Ourense.

Simultáneamente ofrece un análisis objetivo y documentado de las causas de la pobreza en la época tratada y destaca la labor realizada por la Iglesia española y, más en concreto, la Iglesia gallega en el campo del servicio asistencial como consecuencia de la aplicación de las grandes leyes de Beneficencia en España. Describe con objetividad la situación de las instituciones asistenciales como hospitales, inclusas, hospicios, asilos, casas de caridad y escuelas gratuitas. Aporta, a su vez, un enfoque correcto e imparcial sobre las causas políticas del desplazamiento del protagonismo de la Iglesia en el servicio y la organización de la beneficencia a lo largo del siglo XIX.

Como buen ourensano, el autor logra describir de forma natural y muy acertada la evolución y desarrollo del progreso en Ourense, desde la construcción del ferrocarril y las vías de comunicación, las formas de iluminación de la ciudad o la modernización de sus calles hasta llegar al esplendor cultural propio de su peculiaridad gallega.

Realmente se trata de una obra objetiva y documentada en torno a las instituciones de Beneficencia dirigidas por las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. En ella se realiza una descripción detallada de cada una, con un estudio

biográfico interesante sobre las personas que intervienen en la fundación y su desarrollo posterior. En torno a cada institución de beneficencia se hace una presentación objetiva de los datos seguida de una exposición fidedigna de los hechos y un juicio de valor histórico. Todo ello supone una aportación de riqueza singular para nuestro Patrimonio histórico y cultural. Esta riqueza tiene su origen en la investigación realizada, la abundancia de fuentes consultadas y sobre todo la múltiple y variada bibliografía ofrecida.

Esta obra viene a llenar parte del vacío que existe en la historia de las instituciones asistenciales, y cubre también, en parte, el vacío en la historia particular de la iglesia orensana y en la historia de la Compañía de las Hijas de la Caridad. La lectura de este libro llenará de satisfacción a cuantos buscan conocer la verdad de la historia y la aportación de la iglesia al desarrollo asistencial, educativo y sociocaritativo de las clases populares en España y más en particular en Galicia.

Uno de nuestros grandes sabios y maestros de la historia, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, afirmaba con fuerza: *«Un pueblo que no conoce su historia está llamado a desaparecer de la faz de la tierra»*. Para que nuestro pueblo permanezca fiel a sus raíces y valores humanos y cristianos, con apertura al progreso y al desarrollo, invito a la lectura y difusión de este libro que nos introduce en las raíces más hondas de nuestra historia.

### 1.3 Valoración y características más importantes:

A mi parecer la obra que tenemos ahora recientemente editada, gracias a la gentileza de la Excmá Diputación de Ourense, debe su valor a las siguientes características:

#### 1.3.1 Objetividad en la exposición:

El autor ha buscado con instancia las fuentes: consulta de archivos donde podía atisbar y encontrar datos para reconstruir la Historia. Él mismo detalla en su libro los archivos consultados. Como buen historiador sabe que los archivos guardan la memoria de la historia y a ellos ha acudido. Así ha podido elaborar una historia científica y bien documentada de las Hijas de la Caridad en Ourense. Ya en el primer capítulo describe con toda objetividad las causas de la pérdida de protagonismo de la Iglesia en la organización de la Beneficencia durante la Ilustración del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX. Y con la misma objetividad expone las causas del desplazamiento de la gestión a la presencia asistencial y prestación de cuidados y servicios en el campo de la Beneficencia, terreno en el que entramos de lleno las Hijas de la Caridad.

El mismo principio de objetividad rige la narración de las causas de la pobreza y cómo la sociedad del siglo XIX vio un remedio a las mismas en la educación y la promoción de niños y jóvenes. Ahí conecta el autor con la máxima de nuestra

Fundadora Santa Luisa de Marillac que veía en la educación la forma más eficaz de liberar al hombre de pobreza y la ignorancia, que es la peor esclavitud

### 1.3.2 Claridad y verdad en la narración:

Es una consecuencia inmediata de la objetividad. Preocupado por ello, el autor trató de conectar con las personas que conocemos más directamente la Historia de la Compañía de las Hijas de la Caridad en España para contrastar datos y verificar algunas investigaciones y aportaciones encontradas en diversos archivos. Con este criterio de claridad y verdad hace una presentación global en el primer capítulo dedicado al contexto histórico, que ayuda a entender todo el entramado de la obra y nos lleva como de la mano a la lectura de los otros: la Beneficencia Hospitalaria en Ourense, la Enseñanza y el Asilo de niños huérfanos.

Con pericia histórica, el autor presenta los siguientes contenidos:

- La Beneficencia y el pauperismo en los siglos XVIII y XIX con su evolución posterior, destacando el papel desempeñado por las instituciones de Beneficencia
- La necesidad de las instituciones de Beneficencia y la colaboración Iglesia-Estado que nos permite comprender el por qué y para qué de las Hijas de la Caridad en Ourense y su relación con la Diputación Provincial

- La presencia de las Hijas de la Caridad en España, con una visión global de su trayectoria desde su llegada a Barcelona en 1790 hasta su aterrizaje en Ourense en 1857.

- La descripción detallada de la sociedad ourensana de mediados del s. XIX cuando llegan las Hijas de la Caridad. Hace una exposición clara de la situación de pobreza, las instituciones empeñadas en la atención a los pobres y la función de la Iglesia en ellas. Esta narración nos lleva a comprender y entender la labor de las Hijas de la Caridad en Ourense en la Inclusa para acogida y educación de niños abandonados, el Hospital, las Escuelas de La Purísima, el Asilo Barrera, la Cocina Económica y las obras posteriores.

### 1.3.3 Raíces y entorno afectivo:

Una nota que, a mi modo de ver, envuelve toda la narración es el entorno afectivo que se percibe en su lectura. El autor expande un ambiente narrativo de afecto hacia esta tierra gallega de Ourense donde él vive. Se narra su pobreza, pero sin acritud ni amargura al enumerar las causas.

También se percibe la misma envolvente afectiva hacia la Iglesia e instituciones implicadas en el desarrollo de la Beneficencia en esta tierra y en el mundo entero. Por eso ha buscado con empeño en los archivos de la Diócesis y de la Diputación exponiendo lo positivo y lo negativo, las luces y las sombras que hay en todo el acontecer histórico.

Por último, en la lectura del libro en borrador he percibido un entorno de afecto hacia las Hijas de la Caridad como Institución benéfica que a lo largo de 150 años ha prestado sus servicios en esta tierra como parte y célula viva de la Iglesia, pero en colaboración y al servicio de la Diputación provincial, a quien agradecemos el esfuerzo realizado en la edición del libro y la presencia de sus representantes y Delegados de Sanidad y Educación junto al Sr Obispo de la Diócesis.

Ma Ángeles Infante, H. C.

*Historiadora y Delegada de la Causa de los Santos*

## **2. A modo de presentación por José Ramón Hernández Figueiredo**

Tal vez resulte poco original el escribir sobre un tema cualquiera a partir del aniversario o centenario de una comunidad eclesial, tal como ocurre con los 150 años de las Hijas de la Caridad en Ourense. Se corre el peligro de caer en las mismas ideas y hasta en las mismas palabras de siempre. Inevitablemente, pueden aparecer sobre el papel los tópicos más o menos retóricos de costumbre. Ahora bien, éste no es el caso al menos en cuanto al contenido, tal vez sí en cuanto a la motivación del presente estudio.

El argumento en cuestión es totalmente novedoso. Era necesario un estudio que paliara esta laguna de la investigación histórica a nivel local, e incluso a

nivel nacional puesto que son muy escasas las publicaciones que refieran la labor asistencial realizada por la Iglesia en el período contemporáneo. No ha sido fácil reconstruir la memoria histórica que nos narra la aparición y evolución de la presencia de las Hijas de la Caridad a lo largo y ancho de la diócesis auriense. La dispersión de las fuentes documentales y la pérdida del Archivo de la Casa General de Madrid durante los primeros instantes de la guerra fratricida española han sido dificultades que han pesado como auténticas losas a la hora de localizar los escasos datos que sobre las mismas se conservan, así como el hilvanar con tales mimbres una convincente exposición histórica del nacimiento y desarrollo que experimentaron sus fundaciones en tierras ourensanas.

De todos modos, ha sido posible el hallazgo de algunas fuentes documentales a partir de la dependencia que solían tener las fundaciones de las Hermanas de otras instituciones públicas y privadas que ponían la infraestructura necesaria para el despliegue de su servicio asistencial y caritativo. Tanto la Diputación Provincial como la Junta Directiva del Asilo de la Barrera son dos claros ejemplos de esta manera de proceder. Los archivos generales eclesiásticos como el Archivo Secreto Vaticano y el de la Congregación de la Vida Consagrada en Roma aportan datos genéricos sobre este Instituto, pero no sobre las casas particulares. Los archivos generales civiles como el Archivo Histórico Nacional y el Archivo del Ministerio de Justicia también son de

interés puesto que sus fundaciones dependían de la voluntad regia encauzada a través de los estamentos gubernamentales correspondientes. A nivel local, no deja de ser sintomático que el Archivo Histórico Provincial dé mucha luz sobre el particular al custodiar gran parte de la documentación referente a la Beneficencia de la Provincia en el período contemporáneo, mientras que la búsqueda en los archivos eclesiásticos, diocesano y catedralicio, haya resultado inútil sin apenas fruto alguno.

¿Qué ha motivado el presente estudio? La audacia del historiador que quiere saber y el apoyo incansable de Sor Prudencia Quintas Ferreiro, Hija de la Caridad, persona amiga, piadosa y celosa, quien fue capaz de suscitar en el estudioso la curiosidad y el pundonor suficiente para acometer esta tarea en principio extraña, y con el paso del tiempo, familiar hasta el punto de haber logrado el presente trabajo. El descubrimiento posterior del año de la fundación de la primera casa de las Hijas de la Caridad en Ourense, 1857, también ha ayudado a que este aniversario de 150 años de presencia benéfica y caritativa en medio de esta diócesis no pase desapercibido.

De esta manera, también nos sumamos al homenaje merecido que supuso para las Hijas de la Caridad el recibir el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2005, precisamente en el año en que se cumplen 400 años del servicio de las *hermanas de los pobres* en el mundo – en España comenzaron su andadura

hace dos siglos –. Tal galardón rubrica el incansable esfuerzo de estas almas consagradas por aliviar los males ajenos. En 94 países reconfortan a muchas personas con una bondad apuntalada a golpe de convicción humana y religiosa. Cuatro siglos después de su nacimiento las manos solidarias de las Hijas de la Caridad se tienden sin fronteras.

La congregación de las Hijas de la Caridad fue fundada en París por San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac en 1633. Hacia 1790 llegó a España y en el siglo XIX se hizo presente en casi todos los países de Europa y América Latina, además de en países de América del Norte, Asia, África y Oceanía. Durante el siglo XX y hasta nuestros días ha continuado su expansión por todo el mundo. En la actualidad la congregación está presente en 94 países de África, América del Sur, Asia y Europa. El número de hermanas es de 23.045 distribuidas en 2.567 comunidades y 78 provincias canónicas.

El espíritu de las Hijas de Caridad se fundamenta en la práctica de las virtudes de la humildad, la sencillez y la caridad, añadidas a las del respeto, la compasión y la cordialidad para servir a los pobres con verdadera devoción. Comprometen su vida en la atención a los olvidados, enfermos y marginados de todo el mundo. Realizan su extensa labor humanitaria y social al tiempo que trabajan en favor de la justicia, la paz y la solidaridad.

En el discurso pronunciado por el Príncipe Felipe, al final del acto de la en-

trega de Premios que llevan su nombre, se detuvo en el otorgado a las Hijas de la Caridad, ponderando las razones de la concesión del Premio de la Concordia 2005. He aquí sus palabras que ya son parte integrante de la historia viva de esta Congregación:

“Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, el amor, opuesto siempre al orgullo humano, nos enseña que el auténtico ascenso consiste en descender, que cuando nos inclinamos hacia los pobres, hacia los humildes, cuando somos más sencillos, es cuando hemos llegado a lo más alto. Así viven y por eso recompensamos con el premio de la Concordia a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

La pobreza, la enfermedad, la injusticia, la desigualdad, son algunos de los males más terribles que atenazan a una gran parte de la Humanidad. Es precisa una determinación firme de todos los que no estamos heridos por estas lacras para solucionarlos y especialmente la entrega y la caridad de los corazones más nobles. Estos corazones son, en una grandísima medida, los de las Hijas de la Caridad, que en todo el mundo están presentes allá donde la sociedad más las necesita.

En los albergues para los más pobres, junto a los enfermos terminales, con las madres maltratadas y los niños abandonados, en los sanatorios del sida, la lepra y la tuberculosis, cerca de los toxicómanos, proporcionando el alimento básico en las cocinas económicas – por citar

sólo algunos de los ejemplos más visibles – se encuentra siempre presente esta comunidad religiosa cuyo compromiso es tan hermoso y sublime como difícil: trabajar por un mundo que haga posible la globalización del amor y despierte, al mismo tiempo, la esperanza, que con triste insistencia vemos alejarse de tantos corazones humanos”.

Por tanto, a la luz de todo lo dicho, considero que es bueno, justo y necesario recordar la historia de un grupo de mujeres que hacen historia. Tal es el caso de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. En el año 2007 se cumplirán exactamente ciento cincuenta años de la llegada de las Hijas de la Caridad a Ourense. Y aunque para algunos pueda parecer una noticia irrelevante, la realidad es que este acontecimiento rebasa con creces el esquema de lo meramente familiar o intimista. En definitiva, esta efemérides de la venida de las Hijas de la Caridad a Ourense forma parte de la memoria colectiva del pueblo llano y pobre de esta provincia.

No está de sobra, pues, el aproximarse, aunque sea de puntillas, al contexto histórico nacional y local en que se ha gestado la andadura de estas “mujeres de corazón”. El primer capítulo servirá como obertura para el resto de la obra asistencial al acercarnos a la gestación de la Beneficencia liberal, a la historia local de Ourense y al desarrollo del Instituto de las Hijas de la Caridad en España. Los demás capítulos del presente trabajo de investigación aportarán una equili-

brada valoración de la obra caritativa de las Hermanas en hospitales, hospicios, incluso, asilos de niños huérfanos, cocinas económicas, comedores sociales, escuelas rurales y urbanas. En definitiva, las Hijas de la Caridad, durante ciento cincuenta años en tierras aurienses, han sabido encarnar su carisma fundacional en las circunstancias históricas, sociales y culturales de Ourense.

Llegado el momento de los agradecimientos, hay que resaltar que muchas fueron las visitas y las atenciones recibidas en diferentes archivos y bibliotecas eclesiásticas y civiles, con desigual resultado en cuanto al descubrimiento y recopilación de fuentes documentales y bibliográficas. El primer lugar de consulta fue el Archivo Histórico Provincial que resultó ser muy fecundo al hallar en el mismo abundante material documental en los fondos de protocolos notariales y de la beneficencia provincial. Agradezco desde aquí las atenciones de su directora doña Elisa, además de sus auxiliares. También ha sido provechosa la visita al Archivo de la Diputación Provincial de Ourense, especialmente la consulta de los libros de actas de los plenos y de las comisiones provinciales de gobierno, por gentileza de su archivero don Francisco Javier Alejos Mouríño. Asimismo, la visita al Archivo Municipal de Ourense, en el que he podido trabajar los libros de acuerdos y fondos de beneficencia, gracias a su responsable don Francisco Espino. Lo mismo tengo que decir de la Junta Directiva de la Residencia de la Barrera, especial-

mente del canónigo don José Álvarez Arias, don Rafael Vallés Urriza y doña Margarita Dopereiro Rodríguez, quienes me facilitaron la consulta del fondo documental de esta casa. Y asimismo, a la Fundación San Rosendo y a la Delegación de Educación, por sus muchas atenciones.

No hubo tanta fortuna para la presente investigación en la visita al Colegio de la Purísima – Santo Domingo. No obstante, debo agradecer a la Hermana Sirvienta Sor Purificación Morán Caveiro y a Sor Prudencia Quintas Ferreiro, la consulta del material existente, así como la ayuda que esta última me prestó en todo momento para ponerme en contacto con los archiveros de la familia vicenciana en Madrid: el P. Antonino Orcajo y Sor M<sup>a</sup>. Ángeles Infante. Ambos me facilitaron la escasa información que poseen sobre las casas aurienses, a quienes agradezco su dedicación y esfuerzo. Particularmente manifiesto mi gratitud hacia Sor M<sup>a</sup>. Ángeles Infante, investigadora y estudiosa sobre el Instituto de las Hijas de la Caridad, a quien se debe el prólogo de esta monografía. Por otra parte, tanto el P. José Manuel Villar, persona amiga desde antes de mi ordenación y residente en Salamanca, como el P. César Maside, Superior de la Residencia de Padres Paúles en la Cruz Alta – La Milagrosa, me facilitaron el acceso a las bibliotecas de ambas casas, siendo fructuosa la visita y consulta de sus publicaciones, especialmente de la revista “Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad”.

Ya, en Roma, la consulta del Archivo Secreto Vaticano y de la Congregación para la Vida Religiosa resultó ciertamente útil para temas generales sobre este Instituto. Las bibliotecas de la Pontificia Universidad Gregoriana, del École Français en Palacio Farnese, del Centro de Estudios Históricos de la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat, de la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC y la Apostólica Vaticana, también fueron de provecho para este estudio al tener acceso a un abanico bibliográfico más amplio y universal. A todos sus responsables, gracias por las atenciones prestadas y su servicio eficiente.

Concluyendo, el presente estudio pondrá de manifiesto que las Hijas de la Caridad han ejercitado en la provincia ourensana casi todos los oficios de tan preciosa virtud en muchas de sus infinitas manifestaciones: asistiendo toda clase de enfermedades en hospitales civiles y militares, cuidando a los inválidos e incurables, sirviendo a los dementes, atendiendo a los presos, sin olvidarse de las inclusas, hospicios o casas de misericordia, ni de las escuelas elementales y superiores. En una palabra, el hermoso árbol de la Caridad extiende sus ramas por doquier, sustentadas todas ellas en estas mujeres sedientas de abnegación y sacrificio.

José Ramón Hernández Figueiredo

*Instituto Teológico del “Divino Maestro”  
de Ourense*

### *3. Las Hijas de la Caridad en Ourense, hoy por Sor Francisca Varela, H. C.*

Las Hijas de la Caridad hoy en la provincia de Ourense no son numerosas, su vida de “servicio a Cristo en los Pobres” se reparte entre la educación y la atención social.

#### **3.1 El Colegio de la Purísima**

Siguiendo un orden cronológico de fundación, el centro más antiguo es el Colegio “La Purísima” de 1896. La semilla... “la del grano de mostaza”, unas escuelitas de párvulos en la casa señorial de la fundadora de la Casa Asilo de Cornoces en la calle Sto. Domingo, 32 de la capital ourensana.

Para regentar estas escuelas vinieron 2 hermanas de Madrid que vivieron con las hermanas del Hospital mientras se organizaban las obras. Más tarde llegaron otras 2 hermanas. Las clases eran gratuitas, los gastos de las hermanas corrieron a cargo del Noviciado y de la feracísima huerta de la Casa Asilo de Cornoces.

Como Hermana Sirvienta llega a esta comunidad una “hija del pueblo” que poseía un patrimonio más que regular, Sor Eugenia Figueras. Esta hermana aporta ayuda a la comunidad y hace que los P. Paúles se instalen en la ciudad, con ello aseguraba la asistencia espiritual de las hermanas.

Como todas las cosas sencillas, esta comunidad va haciendo frente a nue-

vas necesidades: a petición de la gente comienzan unas clases para mayorcitas, luego clases de piano, labores, corte y confección... todo lo que debía saber una mujer de esta época para llevar una casa, una familia.

Todo se hacía con austeridad y pobreza, la obra se iba consolidando. Hace hoy 83 años, un grupo de 14 jóvenes aldeanas llamaron a las puertas de la casa de las hermanas, querían ser Hijas de la Caridad, era el 14 de marzo de 1924, (víspera de la fiesta de Sta. Luisa de Marillac, nuestra fundadora). Ya no faltaba nada: vocaciones, pobreza, y deseo de seguir a Cristo en la persona de los Pobres.

Una dificultad... la casa vieja se pone a subasta después de un cierre temporal de dos años, la comunidad no tiene dinero para adquirirla; pero un caballero de apellido Santiago, la compra y se la dona a las hermanas. Era el 14 de diciembre de 1949.

En 1952 algunos padres piden a las hermanas acepten a sus hijas internas, son años de emigración, comienzan a prepararlas para los exámenes de Bachillerato por libre... Todos los cambios fueron transformando el Colegio, y ¿hoy? Hoy es un Centro concertado de Educación Infantil, Educación Primaria y Secundaria de una sola línea, humano, de relaciones cercanas y cálidas, donde se educa en cristiano, es un Centro de Iglesia. Cuenta con una comunidad de 11 hermanas, un claustro de 23 profe-

sores /as, y 315 alumnos / as que son lo más hermoso de la casa.

Como Centro trabajador cuenta en su haber con el SELLO DE CALIDAD y la MARCA DE EDUGÉS.

### 3.2 Colegio Ntra. Sra. de Fátima, en A Rúa de Petín.

El Colegio Ntra. Sra. de Fátima de La Rúa, puede decirse que es una fundación diocesana. Al dejarlo las religiosas Carmelitas Teresas de S. José que lo regentaban desde 1951, el pueblo se entristeció. Era el único colegio religioso de infantil y primaria de A Rúa. El entonces Sr. Obispo de la Diócesis de Astorga, D. Marcelo González llamó a las Hijas de la Caridad para que continuasen la educación de las niñas ya que la Diócesis tenía un Centro para niños: "Pablo VI". Así fue como desde el 28 de septiembre de 1965 las Hijas de la Caridad se hicieron cargo de Colegio Ntra. Sra. de Fátima de A Rúa.

Hoy el Colegio de Fátima está adscrito a Pablo VI, desde el 1 de marzo del 2000, ambos centros llevan un único nombre: Pablo VI - Fátima. Ambos educan a niños y jóvenes de la Rúa, ambos tienen un Carácter Propio, un proyecto cristiano que viven cada mañana en sus aulas.

La comunidad de 6 hermanas, colabora en la Parroquia en tareas muy vicencianas: Cáritas, catequesis, coro parroquial, visita adomicilio, llevan la comunión a

los enfermos, Asociación de la Medalla Milagrosa, y Asociación Internacional de Caridad.

### 3.3 Colegio Virgen Milagrosa de Maceda

Desde 1965, y en una casa de alquiler con sólo 3 hermanas, comenzó este Centro su vida. La inauguración del actual Colegio tuvo lugar en enero de 1969.

El Colegio Virgen Milagrosa de Maceda ofreció todo tipo de servicios: internado para jóvenes en momentos fuertes de emigración de la gente de la zona hacia Europa, Bachillerato elemental y superior, estudios de EGB, Formación Profesional en las ramas: administrativa, sanitaria, jardín de infancia y moda. Fue un Centro adscrito al Instituto Politécnico de Ourense.

En la actualidad y siguiendo la evolución de una villa del interior de Galicia, el Colegio es un Centro de Infantil y Primaria de una sola línea. Una característica que le marca es la de albergar entre su alumnado a un gran número de gitanos, que son ya segunda generación formada en el Centro. El profesorado nota con agrado cómo su forma de vida se va transformando.

La comunidad del colegio trabaja en la catequesis de la Parroquia y otras actividades vicencianas. Teniendo en cuenta que muchas vocaciones nacieron y crecieron en el Monte Medo, bajo la ad-

vocación de la Virgen de los Milagros, se creó una Comunidad de Hermanas Mayores, que siguiendo su ritmo, oran, descansan, gozan, y hacen pequeñas labores para pobres y misiones.

### 3.4 Residencia BA.O.QUI.VI

Comienza su andadura en septiembre de 1989. Tiene su origen en una donación testamentaria de doña Dolores Quiroga Vilariño, que dio nombre a la Fundación añadiendo la primera sílaba de los apellidos de su marido y de ella: Barata Ojea, Quiroga Vilariño. De ahí BAOQUIVI.

Esta fundación fue declarada de interés gallego por la Consellería de Educación el 5 de junio de 1986 y reconocida y clasificada como benéfico-docente por orden de la misma Consellería el 13 de junio de 1986. Está inscrita en el registro de Fundaciones con el número 162.

El objetivo era proporcionar a niñas huérfanas de madre la educación y cultura precisas para la vida, en un régimen de convivencia familiar con sus educadores.

Su forma de gobierno es: un Patronato, un Consejo Ejecutivo, y un Administrador general.

Las Hijas de la Caridad se hacen cargo de la obra el 26 de septiembre de 1989. Todo el trabajo y dinámica de la casa es realizado por las hermanas en colaboración con las niñas como medio de formación.

El Centro busca crear un ambiente afectivo, cálido y cercano donde la niña se sienta aceptada, comprendida y amada, y de aquí surgen las normas que rigen la vida diaria de la casa. Los deberes no son impuestos sino asumidos y aceptados en razón de su necesidad. Asisten a clases fuera del Centro, y así se les proporcionan unos estudios o un oficio que les capacite para la vida. Esta ha sido la voluntad del matrimonio Barata-Ojea-Quiroga Vilariño.

El número de niñas que figura en el acta de fundación era de diez; hoy son doce.

### 3.5 Casa de Familia Primera Infancia

Los motivos de esta casa son de sobra conocidos en la ciudad. Obedecen a una necesidad: prestar los cuidados necesarios a la infancia desprotegida. En mayo de 1990 se nos urge a que salgamos al paso de esta circunstancia. La insistencia nos llegaba desde la Xunta y del Colectivo Galego del Menor. Después de un delicado discernimiento, el Consejo provincial decide hacerse cargo de la obra. Se alquiló un chalet en Cebreiros (Pereiro de Aguiar), como el mejor lugar para estas criaturitas, después de varias reformas las hermanas se dan cuenta que es necesario estar cerca de los centros de salud a los que hay que llevar con frecuencia a los niños. Se piensa en una nueva casa en la ciudad y se compra a las religiosas Franciscanas de la Divina Pastora, una casa en estructura, el nº 67 de la calle Ramón Puga.

En la Navidad de 1991 las Hijas de la Caridad de Ourense se dedicaron a preparar todas las cunas para los “recién llegados”, como si de un nuevo “nacimiento” se tratase. Cada niño era Jesús y necesitaba, como en Belén, una acogida.

Esta fundación guarda con la vida de S. Vicente de Paúl cierta semejanza, en lo que a la atención de la infancia se refiere.

Hoy el Centro es una mini-residencia para 15 niños/as, los cuidan 6 hermanas y personal seglar. Dice Jesús (Mt,18, 10), que sus ángeles, refiriéndose a los niños, contemplan sin cesar el rostro del Padre; yo creo que los niños de la Primera Infancia son esos mismos ángeles, mejor, son el rostro de Dios mismo, son el mismo Dios, nos lo asegura Cristo en Mt. 25 “porque tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis, estuve enfermo, en la cárcel..., fui pobre... Cuantas veces lo hicisteis con uno de los míos, a mi me lo hicisteis”. Cuantas veces una Hija de la Caridad se acerca a un necesitado encuentra en él a Cristo.

En el nº 83 de la misma calle, se encuentra la comunidad de Marillac. Se compró esta casa para acoger a las hermanas que trabajaban en la sanidad, y desde allí se iban a sus centros de trabajo. Hoy es una pequeña residencia de hermanas mayores, que, retiradas ya de sus quehaceres profesionales, descansan, oran, su capilla está

abierta a la gente del barrio con la que celebran la Eucaristía diaria, la Virgen Milagrosa visita las casas del vecindario... todavía les queda tiempo para visitar a enfermos y hacer pequeñas labores para Pobres y misiones. Estas

casas de hermanas mayores son pequeños cenáculos de oración, servicio esmerado y acogida.

Francisca Varela, H. C.,  
*Consejera de la Provincia de León*

### Presentación del libro

*SAN ROSENDO*, Madrid: BAC, 2007, pp. I-XLII, 1-209.

del Prof. del Instituto Teológico “Divino Maestro” Dr. D. José Ramón Hernández Figueiredo

Hablar del siglo X en el Noroeste español es hablar de la figura de San Rosendo, personaje destacado como monje y fundador, como obispo y pastor, como gobernador y pacificador de la *Gallaecia*. Entre sus muchos cometidos, a él se le debe la fundación de uno de los más importantes monasterios benedictinos gallegos, como es Celanova, cuya proyección histórica es extraordinaria por su acción colonizadora en una parte considerable de las tierras galaico-portuguesas del milenio.

Sin duda Celanova es uno de los centros simbólicos de Galicia. Si Compostela nos remite a los días de Gelmírez, del esplendor románico y de la secesión de Portugal, Celanova es el resumen de la Galicia reconquistadora e internamente pacífica de la época de Hermenegildo, el gallego que entró por primera vez en una “Amedina”, árabe, en Coimbra, de su hijo Gutier y de su nuera Ilduara Eriz, y de su nieto Rosendo Gutiérrez, a quien el P. Flórez llama “Sol en la Iglesia”, y

López Ferreiro “Padre de la Patria”, de aquéllos, en fin, que edificarán la Galicia de los siglos IX y X.

Pero no todo es Celanova, y así San Rosendo forma parte de un clan familiar que dejó tras de sí una gran estela de fundaciones monacales, incluso fuera de los lindes de la propia geografía de la antigua *Gallaecia*. Sus importantes encargos políticos con las altas esferas de la monarquía astur-leonesa palidecen, sin embargo, ante el hecho de haber contribuido nuestro biografiado y su familia de modo decisivo a la restauración espiritual de Galicia.

El liderazgo social, o más bien, el papel hegemónico de la aristocracia manifiesta su vertiente eclesiástica en la colonización monástica y pastoral. El santoral ve ingresar numerosos santos surgidos de este ambiente, aunque no todos reconocidos en el *Martirologio Romano*: San Rosendo, nuestro protagonista; Santa Ilduara, su madre; Santa Adosinda, su

hermana; San Franquila, primer abad de Celanova; San Osorio Gutiérrez, el “Conde Santo” y fundador de San Salvador de Villanueva de Lorenzana; Santa Seniorina, sobrina del Santo.

En cuanto al *iter* de esta biografía, en el primer capítulo se hace manifiesto el hecho de que nadie trabaja solo. Cualquier obra humana es siempre colectiva, ya que se basa implícitamente en el trabajo de otros, y a menudo, también, explícitamente porque solicita la ayuda de gente competente. Así he hecho una relación de las principales fuentes diplomáticas y bibliografía en general sobre San Rosendo y su época. Ésta es una de las principales motivaciones para el presente trabajo, al ser muchas las aportaciones y avances sobre el conocimiento de nuestro personaje desde que apareciera a la luz la primera biografía de San Rosendo, cuya autoría se debe al gran historiador compostelano, el canónigo Antonio López Ferreiro, justamente hace un siglo este año.

Aparte de lo dicho, motiva nuestro estudio el hecho de la celebración en Mondoñedo y Ourense de la efemérides del MC aniversario de su nacimiento y la escasa divulgación del Santo fuera del ámbito académico. La publicación en el último siglo de numerosas fuentes rosendianas, predispone y facilita la tentativa de la elaboración de una biografía que sin reducirse a una mera reiteración de lo más conocido del personaje, pretenda su difusión y conocimiento general desde un mínimo de rigor y carácter científico

necesario. Le gustaba decir al sabio historiador santiagués López Ferreiro que la biografía de San Rosendo “debía ser conocida por todo buen gallego”, exhortación que sería conveniente si no se viera limitada de ningún modo, y se extendiera a todo aquél que ame la verdad histórica y las grandezas de nuestro pasado.

Por otra parte, se hace imprescindible una visión panorámica de Galicia en el año mil, tal como aparece en el segundo capítulo. Sin embargo, no quisiera limitarme aquí al ditirambo de ocasión, sino que he intentado reflejar en estas páginas, antes hijas de la preocupación que de la sabiduría, las principales características que describen la *Gallaecia* del año mil, es decir, el contexto en el que tiene lugar la vida y la actividad de nuestro biografiado: San Rosendo.

Poco a poco se va poniendo al descubierto en los siguientes capítulos la intensa actividad de este Santo que, como muy pocos, marcó la historia de la Iglesia del Noroeste peninsular sobre todo en su vertiente monástica. Los ascendientes y la familia, su nacimiento y crianza, su formación y espiritualidad, el episcopado de Mondoñedo y la fundación en *Villare*, abad de Celanova y obispo administrador de Iria-Flavia, su ministerio y gobierno evidencian la rica personalidad de Rosendo Gutiérrez, protagonista en el siglo X gallego de tantas empresas políticas, eclesiásticas y familiares.

¿Qué han escrito otros estudiosos a la hora de valorar esta biografía? Basten

dos ejemplos. Según palabras del Director del Instituto Teológico Compostelano y Delegado de Mondoñedo-Ferrol para el XI Centenario del Nacimiento de San Rosendo, D. Segundo Leonardo Pérez López:

“El joven profesor e investigador ourensano, Dr. José Ramón Hernández Figueiredo, nos regala en esta efemérides milenaria una nueva vida de San Rosendo. Por ello, nuestro sincero agradecimiento y cordial felicitación por la obra bien hecha.

Puedo adelantar, con verdad, que se trata de una obra rigurosa en su contenido y metodología. Ágil en su forma y con una bella prosa, que engancha fácilmente en la lectura de la misma. Los temas tratados por las distintas biografías de San Rosendo son retomados con criterios metodológicos modernos, y con un amplio elenco de fuentes y documentos que dan un auténtico rigor científico a la presente obra.

Hilvana con maestría cada uno de los aspectos enumerados, al tiempo que conlleva un atildado sentido pastoral y espiritual para aquéllos que se aproximen con sed y apetito de gustar de la belleza y el bien, que se difunden a través de la obra de los santos, en este caso de aquel varón esclarecido de Galicia, que fue San Rosendo y cuya sabia sigue alimentando nuestra vida espiritual y humana”.

Según palabras escritas en una carta de felicitación del Deán del Cabildo Com-

postelano y Canónigo Archivero Bibliotecario de nuestra Iglesia metropolitana, D. José María Díaz Fernández:

“he leído con admiración desde el principio hasta el fin su libro sobre San Rosendo. Le felicito de todo corazón. Magnífica la redacción, con no leves toques de belleza y de piedad, muy bien asumida toda la documentación pertinente, muy sabiamente alimentados los episodios y las actuaciones... Creo que este libro va a ser lo más perdurable del Año de San Rosendo”.

Por último, mi agradecimiento al Director de la Biblioteca de Autores Cristianos, D. Pablo Cervera, y todo su equipo, por haber considerado oportuna esta publicación en tan prestigiosa editorial eclesiástica, lo que hará posible sin duda una mayor divulgación y conocimiento del Santo tanto en España y Portugal, como en los países de habla hispana de América Latina y principales centros de estudio y universidades eclesiásticas. De hecho, tanto desde Roma como desde Salamanca, e incluso desde América, he recibido noticia de la difusión de la presente biografía.

Asimismo quiero agradecer a la BAC, a la Vicaría del Clero y al Obispado de Ourense las facilidades y colaboración prestada para poder regalar a cada sacerdote de la diócesis un ejemplar de esta biografía sobre San Rosendo en el presente Año Jubilar, evento eclesial que tardará bastante tiempo en repetirse.

Concluyendo, cuando el presente libro comienza su andadura, es un buen deseo que éste se difunda feliz y que resulte útil a quienes quieran en su compañía adentrarse en la vida de un personaje tan excepcional como San Rosendo. Ojalá represente un paso

adelante en los conocimientos sobre una época tan alejada de nosotros y contribuya, como fue nuestro deseo inicial, a recuperar para el Noroeste español la grandeza y variedad de miras con que adornó aquella época el eximio San Rosendo.

**PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA****Nota de los Obispos de la Provincia Eclesiástica  
ante las Elecciones Municipales 2007**

El día 27 de este mes estamos llamados a ejercer el derecho y la responsabilidad de decidir con nuestro voto a quienes encomendamos la gestión de los asuntos públicos de nuestros respectivos Municipios. Como Obispos de la Iglesia Católica en Galicia queremos recordar a nuestros diocesanos y a todos hombres de buena voluntad algunas orientaciones morales concretas expuestas ya en la Doctrina Social de la Iglesia.

Con nuestro voto elegiremos a quienes van a ocupar puestos de gobierno e influirán de una o de otra forma en las condiciones de nuestra vida. Es verdad que cada uno ha de decidir libremente con su voto, pero esta libertad no quiere decir arbitrariedad ni indiferencia. *El buen criterio de los votantes es el verdadero guardián de la salud moral y cultural de las sociedades y de los pueblos.*

Votar es un derecho civil y constitucional del que no debemos sentirnos dispensados a no ser por motivos graves. El ejercicio de este derecho con libertad y responsabilidad exige un discernimiento claro y razonado sobre los programas de las diferentes opciones políticas que se presentan a las urnas y se dan a conocer a través de la publicidad y la propaganda. Tener una información correcta y contrastar la credibilidad y la capacidad profesional de los candidatos serán un punto de referencia. Por otra parte es bueno extremar el rigor y la exigencia de los candidatos, renunciando a las descalificaciones gratuitas, y no dejándose llevar por actitudes demagógicas, tal vez deslumbrantes pero no iluminadoras. Una

campaña serena en los modos y expresiva en los contenidos ayudará a que los ciudadanos decidan su opción política.

La transparencia, la imparcialidad en el servicio de la administración pública, el respeto de los derechos de los adversarios políticos, el rechazo de los medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener o aumentar el poder a cualquier costo son signos que nos podrán ayudar a hacer el discernimiento responsable que exige el acto de la votación. La razón de ser de la política que busca la digna y justa configuración de la vida social, es el servicio a las personas con sus exigencias trascendentes. El poder político como factor de cohesión ha de tener siempre como objetivo el bien común, como bien de todos, especialmente de los más necesitados.

Agradecemos a nuestros políticos su dedicación y entrega a través de la gestión de los asuntos públicos en favor de todos y les animamos a ofrecer este servicio con disponibilidad, competencia, honradez y generosidad.

Rogamos al Señor con la intercesión de la Virgen María que estas elecciones contribuyan al bien común de todos.

- + Julián, *Arzobispo de Santiago de Compostela*
- + José, *Obispo de Lugo*
- + José, *Obispo de Tui-Vigo*
- + Luis, *Obispo de Ourense*
- + Manuel, *Obispo de Mondoñedo-Ferrol*

IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### *LXXXIX Asamblea Plenaria de la CEE*

#### *Mensaje con motivo de la beatificación de 498 mártires del siglo XX en España*

*Vosotros sois la luz del Mundo (Mt 5, 14)*

*“Atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor, muchos cristianos, ya en los orígenes de la Iglesia, testimoniaron su fe con el derramamiento de su sangre. Tras los primeros mártires han seguido otros a lo largo de los siglos hasta nuestros días” (Benedicto XVI)<sup>1</sup>.*

Queridos hermanos:

Os anunciamos con profunda alegría que, en el próximo otoño, Dios mediante, tendrá lugar en Roma la beatificación de 498 hermanos nuestros en la fe, de los muchos miles que dieron su vida por amor a Jesucristo en España durante la persecución religiosa de los años treinta del pasado siglo XX. La Iglesia reconoce ahora solemnemente que murieron como mártires, como testigos heroicos del Evangelio.

#### **1. Los mártires, signo de esperanza**

En 1999, esta Asamblea Plenaria de los obispos daba gracias a Dios por los logros del siglo XX y pedía perdón por los pecados de aquella centuria que llegaba a su fin. Entre los pecados recordábamos las “violencias inauditas” a las que el mundo, Europa y España se vieron arrastradas por “ideologías totalitarias, que pretendían hacer realidad por la fuerza las utopías te-

renas”. Y dábamos gracias a Dios, recordando, con Juan Pablo II, que “al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires” y que “el testimonio de miles de mártires y santos ha sido más fuerte que las insidias y violencias de los falsos profetas de la irreligiosidad y del ateísmo”<sup>2</sup>.

Los mártires están por encima de las trágicas circunstancias que los han llevado a la muerte. Con su beatificación se trata, ante todo, de glorificar a Dios por la fe que vence al mundo (cf. *1Jn 5,4*) y que trasciende las oscuridades de la historia y las culpas de los hombres. Los mártires “vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte” (*Ap 12, 11*). Ellos han dado gloria a Dios con su vida y con su muerte y se convierten para todos nosotros en signos de amor, de perdón y de paz. Los mártires, al unir su sangre a la de Cristo, son profecía de redención y de un futuro divino, verdaderamente mejor, para cada persona y para la humanidad.

Por eso escribía Juan Pablo II: “quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos *testigos de la fe cristiana* que ha habido en el último siglo, tanto en

el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre. Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo [...]. Más radicalmente aún, demuestran que el *martirio* es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza”<sup>3</sup>.

## 2. Los nuevos mártires de España

La beatificación que vamos a celebrar contribuirá a que no se olvide el “gran signo de esperanza” que constituye el testimonio de los mártires. De los del siglo XX en España, 479 han sido beatificados en once ceremonias a partir de 1987, y 11 de ellos son ya santos.

Casi quinientos han sido reunidos, esta vez, en una única celebración. Y, como en las anteriores ocasiones, cada caso ha sido estudiado por sí mismo con todo cuidado a lo largo de años. Estos mártires dieron su vida, en diversos lugares de España, en 1934, 1936 y 1937. Son los obispos de Cuenca y de Ciudad Real, varios sacerdotes seculares, numerosos religiosos agustinos, dominicos y dominicas, salesianos, hermanos de las escuelas cristianas, maristas, distintos grupos de carmelitas, franciscanos y franciscanas, adoratrices, trinitarios y trinitarias, marianistas, misioneros de los Sagrados Corazones, misioneras

hijas del Corazón de María, seminaristas y laicos, jóvenes, casados, hombres y mujeres. Las biografías y fotografías de todos, y su relación con las diócesis actuales, se encuentran en el libro titulado *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*<sup>4</sup>.

Podemos destacar como rasgos comunes de estos nuevos mártires los siguientes: fueron hombres y mujeres de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Santísima Virgen; por ello, mientras les fue posible, incluso en el cautiverio, participaban en la Santa Misa, comulgaban e invocaban a María con el rezo del rosario; eran apóstoles y fueron valientes cuando tuvieron que confesar su condición de creyentes; disponibles para confortar y sostener a sus compañeros de prisión; rechazaron las propuestas que significaban minusvalorar o renunciar a su identidad cristiana; fueron fuertes cuando eran maltratados y torturados; perdonaron a sus verdugos y rezaron por ellos; a la hora del sacrificio, mostraron serenidad y profunda paz, alabaron a Dios y proclamaron a Cristo como el único Señor.

## 3. Testigos de Dios y de la humanidad nueva

El martirio es el signo más auténtico de la Iglesia de Jesucristo: una Iglesia formada por hombres, frágiles y pecadores, pero que saben dar testimonio de su fe vigorosa y de su amor incondicional a Jesucristo, anteponiéndolo incluso a la propia vida. Dado que los mártires son personas de todos los ámbitos sociales, que han pasado

su existencia haciendo el bien y que han sufrido y han muerto renunciando a salvar su vida y perdonando a quienes los maltratan, nos sitúan ante una realidad que supera lo humano y que nos invita a reconocer la fuerza y la gracia de Dios actuando en la debilidad de la historia humana.

El misterio del martirio es inseparable de la misión que Dios da a cada persona y en él se realiza el designio de la Providencia (cf. *Is* 53,10). En Jesús culmina toda la serie de perseguidos por aquellos a los que habían sido enviados (cf. *Mt* 23,31ss), y de Jesús arranca todo un creciente discipulado que no puede correr una suerte distinta a la de su Maestro (cf. *Jn* 15,20; 16,1ss). En los discípulos revive Jesús su martirio (cf. *Hch* 9,4ss; *Col* 1,24) y para ellos la muerte es ganancia (cf. *Flp* 1,29). En la Iglesia, las persecuciones son signo y condición de la victoria definitiva de Cristo y de los suyos: poseen un significado escatológico, aparecen como un adelanto del juicio y de la instauración completa del Reino (cf. *1 Pe* 4,17-19), y preludian el triunfo de la vida sobre la muerte y el nacimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. *Ap* 6,9ss; 7,13-17; 11,11s; 20,4ss).

#### 4. Una hora de gracia

La beatificación que vamos a celebrar es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España y para toda la sociedad. Os invitamos a prepararos bien para esta fiesta y a participar en ella de modo que se convierta para todos en un nuevo estímulo para la renovación de la vida cristiana. Lo necesitamos de modo especial

en estos momentos en los que, al tiempo que se difunde la mentalidad laicista, la reconciliación parece amenazada en nuestra sociedad<sup>5</sup>. Los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación.

Que por el testimonio y la intercesión de los mártires se avive y fortalezca nuestra condición de creyentes, de discípulos y amigos del Señor, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad (cf. *Jn* 18,37; cf. *Ap* 1,5; 3,14); que perdonó a sus perseguidores (cf. *Lc* 22,51.81; 23,34); que ofreció su sangre como precio de la redención salvífica (cf. *Heb* 9,22), y que, elevado en la cruz, atrae a todos hacia Él (*Jn* 12,32).

Que por el testimonio y la intercesión de los mártires se vigore nuestra esperanza y se encienda nuestra caridad. Ellos, movidos por la esperanza de la Vida eterna, supieron anteponer a su propia vida el amor y la obediencia a la ley evangélica, la ley nueva del amor más grande y promotora de la dignidad y la libertad de cada persona. Los mártires son testigos supremos de la Verdad que nos hace libres.

#### 5. Peregrinación a Roma y preparación

Invitamos y animamos a todos los que puedan a acudir a Roma para la fiesta de la beatificación. Allí, junto a los sepulcros de los mártires Pedro y Pablo, y los de tantos otros de la primera hora del cristianismo, daremos gloria a Dios por los nuevos mártires de España.

Informaos en vuestras parroquias, centros religiosos o en vuestras diócesis sobre el modo en que podáis incorporaros a la peregrinación a Roma. No dejéis de participar en las actividades que se organicen para prepararse espiritualmente a la beatificación y en los actos de acción de gracias,

tanto si vais a ir a Roma como si no podéis hacerlo.

Oremos ya desde ahora por los frutos de esta beatificación que, con la gracia de Dios y la intercesión de la Virgen María, auguramos abundantes para todos:

*Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,  
para que muriendo y resucitando  
nos diese su Espíritu de amor.  
Nuestros hermanos,  
mártires del siglo XX en España,  
mantuvieron su adhesión a Jesucristo  
de manera tan radical y plena  
que les permitiste derramar su sangre por Él.  
Danos la gracia y la alegría de la conversión  
para asumir las exigencias de la fe;  
ayúdanos, por su intercesión,  
y por la de María, Reina de los mártires,  
a ser siempre artífices de reconciliación en la sociedad y  
a promover una viva comunión  
entre los miembros de tu Iglesia en España;  
enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores,  
en la nueva evangelización  
haciendo de nuestras vidas  
testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos.  
Te lo pedimos por Jesucristo,  
el Testigo fiel y veraz,  
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

Madrid, 27 de abril de 2007

## NOTAS

<sup>1</sup> Alocución del *Ángelus* en la fiesta de San Esteban, 26 de diciembre de 2005.

<sup>2</sup> LXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX*, 26 de noviembre de 1999, números 14 y 4.

<sup>3</sup> Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 13.

<sup>4</sup> Edice, Madrid 2007.

<sup>5</sup> Cf. LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 23 de noviembre de 2006, números 5-13.

*Mensaje de la Comisión de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española, en la Jornada Mundial de las Comunicaciones*

*Los niños y los medios de comunicación social: un reto educativo para todos*

**Releyendo el mensaje del Santo Padre, Benedicto XVI, para la Jornada mundial de las comunicaciones.**

1. El Papa Benedicto XVI ha querido dedicar la 41ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebra el 20 de mayo de 2007, festividad de la Ascensión del Señor, a reflexionar sobre dos aspectos muy concretos y preocupantes que tienen una especial vigencia en nuestro país: por un lado, la formación de los niños por parte de los medios de comunicación; y, por otro, la formación de los más pequeños para responder adecuadamente a estos medios.

¿Qué modelo de educación solicita el Santo Padre? Se puede resumir en la siguiente frase: “Una educación positiva y en libertad, pero a la vez crítica y responsable”. En otras palabras: se debe educar en el camino de la belleza, de la verdad y de la bondad. Esto comporta en estos momentos promover, especialmente en los medios de comunicación, la dignidad fundamental del ser humano, el verdadero valor del matrimonio y de la familia, así como los mejores logros y metas de la humanidad. Por lo mismo, se ha de rechazar como dañino todo aquello que exalta la violencia, o comportamientos antisociales. O que trivializan la sexualidad.

**Las “nuevas pantallas”**

2. Se trata de cuestiones de especial responsabilidad para la Iglesia en el nuevo contexto social y cultural en el que vivimos, donde las nuevas tecnologías han otorgado a los medios un papel decisivo en la conformación de las conciencias y de la entera sociedad; lo que afecta de forma importante a instancias que, por derecho primario y natural –sobre todo la familia– tienen la misión educativa con respecto a las nuevas generaciones.

De todos es conocido que se ha producido en nuestros hogares un aumento de la presencia de medios de comunicación, sobre todo de las llamadas “nuevas pantallas” (televisor, Internet, videojuegos, teléfonos móviles, etc.), a los cuales los más jóvenes se adaptan con gran facilidad y les dedican un tiempo creciente, en detrimento en ocasiones de la necesaria convivencia familiar, de las sanas relaciones personales y de la dedicación al estudio.

Por otra parte, las modernas tecnologías están propiciando la aparición de un nuevo ecosistema comunicativo en el que de la pasividad de espectadores se está pasando a la aparición de usuarios cada vez más interactivos hacia los teclados o mandos de las “nuevas pantallas”. La praxis informática del “cortar

y pegar” no es sino el paradigma de un nuevo modo de conocer, en el que con frecuencia todo se muestra fragmentado e inconexo, lo que acrecienta el relativismo que hace sospechosa toda posesión de certezas.

Además de todo esto, en los nuevos medios se han difuminado grandemente los límites entre la realidad y la ficción, lo real y lo virtual, con las consecuencias, no siempre positivas, que ello puede acarrear no sólo en el ámbito del conocimiento, sino también en el afectivo y emocional, tan importante para el ser humano en su etapa de crecimiento.

Los niños y jóvenes son, en definitiva, los más afectados por esta verdadera revolución de las comunicaciones que no es sólo tecnológica sino, sobre todo, cultural, al producir en ellos cambios de valores y de comportamiento que pueden condicionar de forma importante su educación, también la que se refiere a la fe cristiana.

### **Protagonismo a los más pequeños**

. Por otro lado, el cada vez más importante sector mediático de las “nuevas pantallas” está siendo además favorecido en su expansión por un creciente interés económico ante los beneficios que genera. A ello se une la falta de una completa regulación de las administraciones públicas, especialmente en lo que se refiere a los videojuegos, lo que hace muy vulnerable estos medios a la transmisión de

contenidos inadecuados, cuando no dañinos, para los más pequeños. Algo similar ocurre en el terreno televisivo con la falta de cumplimiento en la parrilla de programación de las normas y acuerdos adoptados sobre emisiones inadecuadas en horas de visionado infantil. A todo esto habrá que poner el remedio que exige una responsable y madura sociedad civil y los ciudadanos han de reclamar, individual o asociadamente.

Los derechos a la libertad de expresión y de mercado, que pudieran invocarse para justificar estas prácticas, han de tener en cuenta que sólo son válidos si se armonizan con otros derechos fundamentales. Así lo expresó el Papa Juan Pablo II al afirmar que “no se puede escribir o emitir sólo en función del índice de audiencia, a despecho de servicios verdaderamente formativos... No hay libertad, incluida la libertad de expresión, que sea absoluta: ésta está limitada por el deber de respetar la dignidad y la libertad legítima de los demás” (Discurso con motivo del Jubileo de los periodistas. Roma, 4.06.2000).

4. Todos estos datos y reflexiones no pueden llevarnos a una consideración negativa de los medios, de la que hemos de huir -“la educación para los medios debería ser positiva”, nos recuerda Benedicto XVI en su mensaje-, pero sí a ser conscientes de las repercusiones éticas y educativas que conlleva la relación de los niños con las nuevas tecno-

logías de la comunicación y a las que la Iglesia está llamada, en la medida de sus posibilidades, a dar respuesta desde su sabiduría moral, ayudando a los padres y educadores, muchas veces perplejos e indefensos ante estos nuevos retos.

### **Responsabilidad compartida**

5. Todas las personas e instituciones implicadas en la relación de los más pequeños con el mundo de la comunicación tenemos una responsabilidad compartida, a fin de que estos se beneficien de las posibilidades educativas, culturales y de sano entretenimiento que ofrecen los nuevos medios y se eviten, al mismo tiempo, de forma eficaz los peligros e inconvenientes que puedan existir.

En este sentido, ofrecemos a las autoridades públicas nuestra colaboración a la hora de afrontar una adecuada regulación que, salvaguardando la justa libertad de expresión, indispensable en un Estado democrático y de derecho, redunde en beneficio de los más pequeños, cuyo efectivo derecho a la información exige -por la indefensión propia de su corta edad- la tutela de las leyes y de los padres, tal y como reconoce nuestra Constitución (Art. 20, 4). Estas exigencias son tanto más necesarias en Internet, cuanto en la red nos encontramos ante contenidos perjudiciales e ilícitos que, amparándose en su estructura y en su anonimato, los hace de fácil acceso para los menores y de muy difícil regulación y

sanción para los Estados, lo que causa una indefensión a la que es necesario dar adecuada respuesta desde la vertiente tecnológica, jurídica, y, sobre todo, educativa.

6. A los comunicadores, creativos, productores, programadores y empresarios de la industria de los medios, les reiteramos el llamamiento del Papa Benedicto XVI para que, además de optar en sus contenidos o producciones por la excelencia y belleza de una verdadera calidad ética y estética, se inclinen de forma decidida “a salvaguardar el bien común, a preservar la verdad, a proteger la dignidad humana individual y a promover el respeto por las necesidades de la familia”.

En este empeño siempre contarán con la colaboración y apoyo de la Iglesia, y por ello mismo animamos a los comunicadores cristianos a seguir contribuyendo en sus lugares de trabajo a una comunicación verdaderamente humana, favorecedora de los valores trascendentes de la persona, que nacen de su inviolable dignidad. Especialmente necesaria y urgente es hoy en día su contribución a la creación para el público infantil y juvenil de interesantes contenidos de inspiración cristiana en los nuevos medios, sobre todo aquellas producciones que, explícitamente religiosas, tienen una clara finalidad catequética.

7. A los maestros y educadores, por su parte, rogamos un especial

empeño, en coherencia con la entrega vocacional que les caracteriza, para seguir integrando en las enseñanzas que imparten a sus alumnos no sólo el recurso a los nuevos medios con una finalidad pedagógica, sino, sobre todo, formar a las nuevas generaciones para que puedan interactuar en ellos de una manera crítica y responsable, iniciándolos en el aprecio por la búsqueda de la verdad y de la belleza. Nos dice el Papa que, “cuando se pone a los niños delante de lo que es estética y moralmente excelente se les ayuda a desarrollar la apreciación, la prudencia y la capacidad de discernimiento” (n.2).

8. Todos estos hábitos son hoy especialmente necesarios no sólo para la vida personal, sino también para la convivencia y la participación ciudadana, la cual no puede llevarse a cabo en nuestra época sin los medios de comunicación, por lo que la educación mediática es también una verdadera formación para ser en la sociedad de hoy y del futuro ciudadanos activos, solidarios y responsables. Esta formación, con la que también han de estar comprometidas la escuela católica y las parroquias, representa, como dicen los obispos de la Unión Europea, “una contribución muy importante para el futuro desarrollo de la ciudadanía y de la democracia” (COMECE, Una llamada a educar en los medios de comunicación, n.4).

### Protagonismo educativo de la familia

9. Pero es la familia, sobre todo los padres, los primeramente llamados a tomar en consideración su responsabilidad en este importante aspecto de la educación de sus hijos, que en nuestro tiempo pasa necesariamente por una mayor atención a la formación en el uso crítico y responsable de los medios. “Por el bien de sus hijos, y por el suyo, los padres deben aprender y poner en práctica su capacidad de discernimiento como telespectadores, oyentes y lectores, dando ejemplo en sus hogares de un uso prudente de los medios de comunicación. De acuerdo con la edad y las circunstancias, los niños y los jóvenes deberían ser introducidos en la formación respecto a los medios de comunicación, evitando el camino fácil de la pasividad carente de espíritu crítico, la presión de sus coetáneos y la explotación comercial” (PCCS. Ética en las comunicaciones sociales, n.25). En esta tarea, queridos padres, quiere ayudaros la Iglesia a través de vuestras parroquias, colegios y asociaciones, a las que pedimos un mayor compromiso en este ámbito educativo.

10. Para terminar, nada más apropiado que retener en nuestra memoria como síntesis de nuestro mensaje, lo que nos señala Benedicto XVI en la conclusión del suyo: “Sobre todo, la Iglesia desea compartir una visión de la dignidad humana que es el centro

de toda auténtica comunicación. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita (*Deus caritas est*, 18)”.

El logro de estos objetivos es nuestro deseo y oración para esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, especialmente para los comunicadores, sobre los que invocamos la bendición del Buen Dios.

Madrid, sábado 19 mayo 2007

- + Juan del Río, *Obispo de Asidonia-Jerez y Presidente*
- + Antonio Montero, *Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz*
- + José H. Gómez, *Obispo de Lugo*
- + Joan Carrera, *Obispo auxiliar de Barcelona*
- + Joan Piris, *Obispo de Menorca*
- + Raúl Berzosa, *Obispo auxiliar de Oviedo*

*Mensaje de los Obispos para el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar  
Los laicos en la misión de la Iglesia. Solemnidad de Pentecostés*

*“Semillas del Reino”*

El pasado mes de noviembre se cumplían quince años de la publicación del documento de la Conferencia Episcopal Española “Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”. Los obispos españoles, recogiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y las sugerencias de la Exhortación Apostólica “*Christifideles laici*”, presentaban a la Iglesia en España unas líneas de acción y un conjunto de propuestas con la finalidad de promover e impulsar la comunión eclesial, la corresponsabilidad y la participación activa de los cristianos laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil.

Después de constatar las necesidades y urgencias sociales y eclesiales, los miembros del episcopado invitaban a sacerdotes, religiosos, sociedades de vida apostólica y movimientos laicales a una colaboración activa, para que todos los bautizados pudiesen descubrir el gozo de su pertenencia a la Iglesia y su condición de miembros vivos de la misma. La inserción en la comunión trinitaria y en la vida de la comunidad cristiana, por el sacramento del bautismo, debe impulsar a todos los cristianos a salir de sí mismos, superando la rutina religiosa, para avanzar hasta los confines de la tierra, anunciando de palabra y de obra la salvación de

Dios, celebrando la fe en Jesucristo y colaborando con Él, como “semillas del Reino”, a la implantación del reinado de Dios en el mundo, con la firme esperanza de su plena realización y cumplimiento al final de los tiempos.

Durante estos años se han multiplicado los congresos, las asambleas y los encuentros pastorales, tanto en el ámbito diocesano como nacional, para ayudar a los católicos españoles a vivir su fe con alegría y para animarlos a mostrarla con valentía en los sectores laborales, culturales, políticos y familiares. Estos encuentros, con todas sus limitaciones, nos han ayudado a conocernos mejor, nos han permitido experimentar la presencia viva y permanente del Resucitado en su Iglesia y nos han ofrecido nueva luz para concretar y asumir con decisión las exigencias de la nueva evangelización.

Los obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, al analizar la realidad del laicado en la Iglesia, damos gracias al Padre, porque sigue suscitando, mediante la acción del Espíritu, niños, jóvenes y adultos cristianos que viven su adhesión plena a Jesucristo, con una profunda experiencia de fe y con una vivencia nítida de la comunión eclesial. En sus palabras y comportamientos traslucen la luz de Dios, que ilumina su corazón y que brilla en su rostro; son auténticos testigos y misioneros del don recibido en el bautismo y ofrecen este tesoro generosamente a otros hermanos, para

que también ellos descubran el gozo de seguir al único Maestro y Señor de sus vidas.

Pero, junto a esta espléndida realidad, percibimos con dolor que existen otros bautizados que están atemorizados, confusos y desanimados, al constatar que son muchas las dificultades para la transmisión de la fe y grande la falta de respuesta a las insistentes llamadas del Señor. Muchos de estos bautizados, en el mejor de los casos, se conforman con la participación en la Eucaristía dominical, pero no sienten la necesidad de anunciar la Buena Nueva a los hermanos ni de ofrecer público testimonio del infinito amor de Dios a cada ser humano.

Afectados por los criterios del secularismo y por “la cultura del relativismo”, bastantes cristianos prescindían de Dios, de la fe y de la religión. Sus vidas están cerradas a los valores trascendentes. Viven y actúan como si Dios no existiese. Esta realidad no puede dejarnos indiferentes.

Tiene que impulsarnos a buscar las razones y las causas de esta indiferencia religiosa y a encontrar nuevos caminos para mostrar el infinito amor de Dios a cada ser humano.

Ciertamente existen dificultades externas para vivir la fe en Jesucristo y para llevar a cabo la evangelización. Pero no debemos engañarnos. El mayor problema para el anuncio del

Evangelio radica en nosotros mismos, en las resistencias que ofrecemos a la acción de la gracia, en la incapacidad para acoger el amor incondicional de Dios y en el miedo, que nos atenaza e impide fiarnos de verdad de la presencia del Señor resucitado en medio de nosotros. Nos miramos tanto a nosotros mismos, damos tanto culto a la personalidad y tanta importancia a nuestras seguridades y opiniones, que no somos capaces de percibir la constante acción del Espíritu Santo en el corazón del mundo ni dejamos que la Palabra de Dios juzgue nuestros criterios y comportamientos. Esto nos recuerda que todos estamos necesitados de conversión al Señor para vivir y actuar como criaturas nuevas en justicia y santidad verdaderas.

Para responder a la situación de indiferencia religiosa, que constatamos en algunos hermanos, y para anunciar hoy a Jesucristo en nuestra sociedad, los obispos españoles hemos señalado, en otras ocasiones, que es urgente la actuación coordinada de comunidades cristianas y movimientos apostólicos que ayuden a sus miembros a madurar en la fe, a vivir conscientemente la identidad bautismal, a renovar la vocación a la santidad y a ser testigos valientes de Jesucristo en medio del mundo. Frente a una actitud de tranquila y pacífica conservación de lo recibido y heredado del pasado, hoy el Señor nos invita a renovar nuestra vocación misionera, abriendo nuevos caminos y buscando nuevos métodos

para el anuncio del Evangelio. Si seguimos haciendo lo de siempre y nos despreocupamos de evangelizar a los que se han alejado de la Iglesia, tendríamos que revisar nuestro ardor misionero. Nunca debemos olvidar que el Señor acoge y envía constantemente a trabajar en su viña y a sembrar sin desfallecer, aunque nos parezca que la siembra no produce sus frutos.

Ahora bien, ¿cómo podemos mantenernos en la misión confiada y cómo podemos ayudar a los hermanos a descubrir su vocación?

Solamente, si nos encontramos personalmente con Cristo, si experimentamos su amor incondicional a cada ser humano, podremos actuar con sus mismos sentimientos, actitudes y criterios, y estaremos capacitados para acompañar a otros en esta experiencia. El Papa Benedicto XVI nos dice en la Encíclica *Dios es amor*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n.1). En este encuentro personal con Cristo están la fuente de la alegría cristiana y la certeza de ser amados apasionadamente por Dios, que no deja de ofrecernos su perdón a pesar de nuestras infidelidades y pecados.

Sólo quien se sabe amado por Dios, porque ha experimentado este amor,

se siente impulsado a amarle a Él y a los hermanos sin condiciones.

El Señor, que nos ama siempre primero, nos invita a poner el amor en el centro de nuestra vida. La oración asidua, la meditación de la Palabra de Dios, la participación en los sacramentos, nos permiten descubrir este amor apasionado de Dios hacia cada ser humano y nos preparan para acoger su salvación.

Pero, juntamente con la oración y la meditación de la Palabra, es preciso que nos preocupemos de nuestra formación cristiana y que busquemos caminos nuevos para colaborar en la formación de otros.

Necesitamos con urgencia crecer en la formación para dar razón de nuestra esperanza, para progresar en la identificación con Cristo, para responder a los nuevos retos que se presentan al anuncio del Evangelio. Si no queremos vivir a merced de los cambios culturales, de la “dictadura del relativismo” o de ideologías ilusorias que pretenden construir una sociedad libre y feliz al margen de Dios, es preciso que profundicemos en nuestra formación cristiana. Sólo así podremos tener criterios propios, aprenderemos a vivir desde una fe personal y descubriremos con gozo que existen valores definitivos y absolutos. En la formación humana y cristiana, no debemos dejar en un segundo plano la presentación de la gran cuestión del amor porque, si lo hiciéramos, estaríamos presentando un cristianismo desencarnado y espiritualista.

El domingo de Pentecostés celebramos el envío del Espíritu Santo sobre los apóstoles y el comienzo de la misión de la Iglesia, enviada a todos los pueblos de la tierra. En este día, la Iglesia celebra también el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. De este modo quiere recordarnos la grandeza de la vocación bautismal y, consecuentemente, la importancia y la necesidad del laicado y de los movimientos apostólicos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Los obispos de la CEAS queremos agradeceros un año más a todos los cristianos laicos vuestro servicio generoso a la evangelización y os invitamos a profundizar en vuestra condición de discípulos, siempre atentos a la escucha del Maestro para aprender de Él y para seguirle con alegría y decisión. Con vosotros nos sabemos enviados al mundo para mostrarle en este momento de la historia la misericordia y la salvación de Dios, conformando en todo momento nuestra existencia y nuestros comportamientos a sus criterios. Si nos abrimos todos a los dones del Espíritu, podemos acoger el infinito amor de Dios, sentiremos la urgencia de salir en misión para ofrecer este amor y podremos dejar al borde del camino los miedos, la vergüenza y la comodidad que nos impiden ser testigos del Resucitado y que nos hacen difícil acoger a los demás. El Señor nos pide ser portadores de la esperanza, que nace de la certeza de nuestra fe en Jesucristo, para los que viven solos, tristes, angustiados, marginados y no han descubierto el sentido de su existencia.

No olvidéis nunca que no podemos guardar para nosotros la alegría de la fe y los dones recibidos sin mérito alguno por nuestra parte. Debemos comunicarlos, ofrecerlos y entregarlos, donándonos a nosotros mismos, para que todos descubran el sentido de la vida y el gozo de ser cristianos.

*Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular, 27 de mayo de 2007*

Presidente

+ Mons. Julián Barrio Barrio, *Arzobispo de Santiago de Compostela*

Vicepresidente

+ Mons. Juan Antonio Reig Plá, *Obispo de Cartagena (Murcia)*

Vocales

+ Mons. Francisco Javier Martínez Fernández, *Arzobispo de Granada*

+ Mons. Francisco Gil Hellín, *Arzobispo de Burgos*

+ Mons. Antonio Algora Hernando, *Obispo de Ciudad Real*

+ Mons. Atilano Rodríguez Martínez, *Obispo de Ciudad Rodrigo*

+ Mons. José A. Sáiz Meneses, *Obispo de Terrassa*

+ Mons. Francisco Cases Andreu, *Obispo de Canarias*

+ Mons. Vicente Juan Segura, *Obispo de Ibiza*

### *Jornada «Pro Orantibus»*

#### *Mensaje del Obispo Presidente de la Comisión de la Vida Consagrada*

##### *Un silencio elocuente. Los contemplativos, lenguaje de Dios*

Dios nos dirige su Palabra y Dios nos dirige también su Silencio. Puede parecer una frase hecha, pero ¡cuántas veces Él nos dice tantas cosas... callándonos!

Siempre he visto en María la mujer creyente que ha sabido guardar en su corazón lo que Dios hablaba y lo que silenciaba. En uno y otro caso, tener el corazón siempre limpio y disponible para que el Señor nos diga como quiera lo que nos quiere contar.

Hay una vocación en la Iglesia que mira precisamente por estricta llamada de Dios a esa doble modalidad de comunicación del Señor con sus hijos: los llamados a una vocación contemplativa que hacen precisamente del silencio y la soledad su forma particular de seguimiento de Cristo. No es, ciertamente, la única manera de seguir discipularmente al Señor: de hecho hay tantas formas de vida consagrada que despliegan en la urgencia misionera, en la actividad docente, o sanitaria, o evangelizadora su página de fidelidad. Pero tene-

mos esa otra, tan especialmente querida por la Iglesia desde siempre, que coincide con lo que los contemplativos viven en sus respectivos claustros.

Se trata de un silencio que custodia una Palabra especial, y se trata de una soledad que alberga una Presencia única. Si ese silencio no tuviera el eco de esa Palabra, sería un vulgar mutismo. Si esa soledad no testimoniara la belleza de esa Presencia, sería una triste soledad. Por eso, los contemplativos viven su silencio elocuente y su soledad habitada, por quien de hecho da razón y sentido a su entrega: la Palabra de Dios y su Presencia adorable.

Damos gracias por estos hermanos y hermanas, les alentamos a que no confundan su camino precioso y preciso, y a que tengan la santa libertad de no dejarse confundir por nadie. Otros caminos señalan otras perspectivas de Jesús. El que ellos representan tenemos necesidad de verlo plasmado en su particular historia de santidad.

La historia de la humanidad en su largo abanico cultural, nos muestra cómo el hombre de todos los tiempos, sabedor de su indigencia expresiva ante tantas realidades, ha recurrido indefectiblemente a tantos géneros comunicativos que le permitiese algún nivel de expresividad: la palabra, el gesto, el símbolo, la parábola, la poesía, la alegoría..., e incluso el mismo silencio.

Si el *homo loquens* busca y trata de expresar de tantos modos el misterio que le desborda, llega un momento en el que

debe dar paso a otro modo de expresión más propia del *homo adorans*: el silencio. No es un callar robador de la palabra debida y esperada, sino la cabal incapacidad para decir y para decirse; es desbordamiento en el que el hombre calla de tanto como tiene que expresar. Este tipo de lenguaje no verbal, silencioso, es el lenguaje *místico*. Para el místico, como para el amante, las palabras no son ni domésticas ni domesticables, sino que permanecen de algún modo en su estado más originario.

La Palabra por antonomasia, el Verbo de Dios, nos dijo de tantos modos lo mismo. Fue un canto bienaventurado, que secó las lágrimas de los más pobres, y abrigó la esperanza de los más mendigos. A los ciegos de todas las cegueras les abrió los ojos para que salieran a la luz que alumbra sin deslumbrar. A los cojos, a los mancos, a los lisiados, les permitió saltar, y abrazar y volver a brindar por el regalo de la vida. A los errados que no maquillaron sus trampas les permitió renacer a la verdad sincera. Y a cuantos no habían entendido, o lo hicieron mal o lo hicieron tarde, para todos tuvo una palabra a tiempo, como quien se reserva el último dicho con perdón de cielo. Palabra de Dios y palabra de hombre a la vez. Palabra eterna que se hizo tiempo. Palabra acampada en nuestros descampados inciertos, haciendo el milagro de poder ver en el trasiego de nuestros conflictos y contiendas, su gracia de paz hecha encuentro y hecha tienda.

Esta Palabra la escuchan los contemplativos. Es la que nos testimonian

desde su silencio tan lleno de susurro divino, que se hace elocuente para quien quiera escuchar. Benditos ellos,

que han sido llamados a guardar en el corazón lo que Dios nos dice y lo que nos calla.

† Jesús Sanz Montes, ofm, *Obispo de Huesca y de Jaca*  
 Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

### *Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social*

#### *Caridad y educación integral*

La Santísima Eucaristía, Sacramento de la caridad, es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre.[1]

Ante la celebración de la festividad del Cuerpo de Cristo, día de la Caridad, los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral social invitamos a todos los cristianos a comprometerse, desde el amor que brota de la Eucaristía, en la urgente tarea de defender la dignidad de cada persona, especialmente las condiciones de vida y la dignidad de los marginados, los excluidos y los más pobres. Y más en concreto, os animamos encarecidamente, en las actuales circunstancias de la Iglesia en España, al necesario compromiso de promover el derecho a la educación integral.

La campaña institucional de Cáritas para este año tiene por objetivo la defensa de los derechos humanos, no solamente de palabra sino también de hecho. Cáritas ha formulado expresivamente este objetivo liberador con el siguiente eslo-

gan: “*Los derechos humanos son universales, las oportunidades deberían serlo*”.

En Occidente tenemos una sociedad opulenta, en la que, si tomásemos verdaderamente en serio la solidaridad y el respeto real a los derechos humanos, sería posible erradicar algunos de los problemas mundiales más candentes de la sociedad actual, como son: el hambre, el respeto ecológico a la naturaleza y la participación democrática de todos los ciudadanos en la solución de los problemas que nos afectan a todos.

Evidentemente, la magnitud de los retos globales que actualmente tenemos planteados exige una respuesta estructural. Desde esta perspectiva, los ciudadanos podemos y debemos contribuir a que crezca la conciencia y la responsabilidad de todos los hombres y mujeres para afrontar los desafíos de la pobreza en esta encrucijada histórica que atravesamos. Los cristianos estamos llamados, especialmente, a ser una voz de serena, laboriosa y paciente esperanza, ante la

complejidad y las dificultades de nuestro tiempo.

Pero también cada uno de nosotros tenemos la responsabilidad personal y la posibilidad de contribuir a la transformación de la sociedad actual en comunidad más humana y fraterna, pasando de las grandes palabras a los pequeños y constantes gestos cotidianos, justamente a través del compromiso sencillo de la vida diaria, llevado a cabo en nuestro trabajo, en nuestra familia, entre los amigos, en el ámbito de la acción social y política y en las actividades del tiempo libre.

Esta tarea no se ha de limitar solamente a esforzarnos por ser honrados y justos en nuestras relaciones interpersonales y en todos los hechos concretos de nuestra vida diaria, sino también a través de nuestra palabra y del anuncio gozoso del Reino de Dios. Las palabras sin los hechos quedan desacreditadas, pero los hechos sin la palabra no alcanzan toda su significación. En el evangelio de San Lucas, cuando Jesús de Nazaret envía a los discípulos a evangelizar, concreta la misión en una doble tarea: “predicar y curar” [2]. De esta manera, invita a los discípulos de todos los tiempos a “curar” todo tipo de enfermedad y a “proclamar” que el Reino de Dios está cerca. Por esta razón, y para ser fieles al Evangelio, en el Jueves Santo celebramos al mismo tiempo el “lavatorio de los pies” y la “eucaristía”, que unen para siempre la celebración de la Cena del Señor y el compromiso de la justicia y el amor.

Para que la campaña de Cáritas de este año -*Los derechos humanos son universales, las oportunidades deberían serlo*- no quede limitada a un buen deseo, hemos de hacer un esfuerzo especial para descubrir la manera más eficaz de contribuir al desarrollo integral de la persona, especialmente de los excluidos de la sociedad, mediante la práctica real de sus derechos humanos.

Sin olvidar otros derechos básicos, queremos destacar la importancia de la educación como elemento clave para la liberación integral de la persona. La tarea educativa supera el paternalismo y no se limita solamente a *ofrecer unos peces*, sino también una *caña de pescar*. El acceso a los derechos humanos pasa por la educación liberadora, porque solamente a través de la misma, la persona toma conciencia de que es responsable de su propia vida y va adquiriendo una actitud abierta, crítica y activa ante el dinamismo de la historia.

La educación integral intenta el desarrollo interno y multidimensional de la persona para que aprenda a “*saber, saber hacer, saber estar y, en definitiva, a saber ser*”. El *saber* es una tarea humanizadora, porque la información es una capacidad para el desarrollo de la persona humana. Enseñar a *saber hacer* capacita la persona para resolver los problemas concretos y sus necesidades diarias. Aprender a *saber estar* ayuda a tener sentido de la complejidad de la realidad y capacita para poder vivir pacientemente la lentitud inevitable en el

dinamismo de la transformación personal y social. El *saber*, el *saber hacer* y el *saber estar* conducen al *saber ser*. El *saber ser* consiste en vivir el momento presente desde la coherencia, la confianza básica, la sencillez y el amor, sabiendo quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, es decir, estando abiertos a la trascendencia.

Si contemplamos el evangelio en su globalidad, observamos que esta educación integral nos fue mostrada por Jesús de Nazaret, mediante un proceso lento, que se inició en su “*encarnación*”, entró en crisis en Jerusalén con su “*muerte*”, y llegó a su plenitud la mañana de Pascua en su “*resurrección*”. Los discípulos de Jesucristo recibieron una educación para la verdadera libertad, acompañándole en su vida pública y recibiendo el Espíritu Santo el día de Pentecostés. Desde la hermosa mañana de Pascua hasta nuestros días, la comunidad cristiana, a lo largo de los caminos y los siglos, ha experimentado la acción liberadora del Espíritu del Señor, y ha ido recibiendo del Paráclito las luces y carismas para una tarea educativa, liberadora y sapiencial de la persona.

En este *Día de la Caridad*, a la hora de tomar nuestros compromisos personales, al mismo tiempo que contribuimos con una aportación económica al sostenimiento de las actividades y proyectos de Cáritas, sería bueno y muy conveniente asumir también un compromiso decidido de trabajar en favor de este derecho a la educación integral.

Podemos contribuir a esta tarea educativa denunciando las situaciones que bloquean la dignidad de la persona humana y anunciando que es posible otro orden mundial edificado en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Los proyectos y programas de Cáritas tienen siempre este objetivo educativo y liberador en su horizonte. Como nos ha recordado el Papa, “las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular Cáritas (...), inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo”[3]. Edificados en el amor de Dios, aunque seamos conscientes de que queda mucho por hacer, en realidad todo es posible con el auxilio del Señor, con la luz y el consuelo de su Palabra, con la fuerza de la Eucaristía y con la potencia de su Espíritu.

Por otra parte, esta posición consciente y comprometida en favor de la educación liberadora es oportuna porque está en la raíz de la solución de muchos problemas. Por ello, es la mejor inversión económica, social y política para el bienestar de la persona y la paz social, porque los seres humanos, sin distinción, crecemos a partir de la experiencia central del amor, como ha puesto de manifiesto la encíclica *Deus Caritas est* de Benedicto XVI. Además, los cristianos podemos compartir este compromiso con otras muchas personas y grupos, que también trabajan por la educación y promoción de la persona. Nosotros lo hacemos a

partir de la experiencia central de nuestra vida, que es el encuentro personal con Jesucristo Resucitado.

Finalmente, cuando en esta solemnidad del Cuerpo de Cristo proclamamos el derecho a la educación integral, esta-

mos afirmando que sólo el amor, el verdadero amor, la verdad del amor, es auténticamente liberador y nos hace crecer, porque, aunque es cierto que de dinero y de poder se tiene más cuanto más se guarda, sin embargo, de amor se tiene más cuanto más se da.

7 de junio de 2007

*Los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social*

IGLESIA UNIVERSAL

---

---



## IGLESIA UNIVERSAL

### SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

#### REGINA CÆLI

*Domingo 29 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, IV domingo de Pascua, domingo del “Buen Pastor”, se celebra la Jornada mundial de oración por las vocaciones. Todos los fieles están invitados a orar en especial por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Esta mañana, en la basílica de San Pedro, he tenido la alegría de ordenar a 22 nuevos sacerdotes. Nos sentimos felices por ello. A la vez que saludo con afecto a estos neo-sacerdotes, así como a sus familiares y amigos, os invito a recordar a quienes el Señor sigue llamando por su nombre, como hizo un día con los Apóstoles a orillas del lago de Galilea, para que se conviertan en “pescadores de hombres”, es decir, en sus colaboradores más directos en el anuncio del Evangelio y en el servicio al reino de Dios en nuestro tiempo.

Pidamos para todos los sacerdotes el don de la perseverancia: que se mantengan fieles a la oración, celebren la santa misa con devoción siempre renovada, vivan a la escucha de la palabra de Dios y asimilen, día a día, los mismos sentimientos y actitudes de Jesucristo, el buen

Pastor. Oremos, asimismo, por quienes se preparan para el ministerio sacerdotal y por los formadores de los seminarios de Roma, de Italia y de todo el mundo; oremos por las familias, para que en ellas siga brotando y madurando la “semilla” de la llamada al ministerio presbiteral.

Este año el tema de la Jornada mundial de oración por las vocaciones es: “La vocación al servicio de la Iglesia comunión”. Para presentar el misterio de la Iglesia en nuestro tiempo, el concilio ecuménico Vaticano II privilegió la categoría de “comunión”. Desde esta perspectiva, asume gran relieve la rica variedad de dones y de ministerios que existe en el pueblo de Dios. Todos los bautizados están llamados a contribuir a la obra de la salvación. Sin embargo, en la Iglesia hay algunas vocaciones especialmente dedicadas al servicio de la comunión.

El primer responsable de la comunión católica es el Papa, Sucesor de Pedro y Obispo de Roma; con él, los obispos, sucesores de los Apóstoles, son custodios y maestros de la unidad, con la colaboración de los presbíteros. Pero también las personas consagradas y todos los fieles están al servicio de la comunión. En el corazón de la Iglesia comunión, está la Eucaristía: las diferentes vocaciones

encuentran en este supremo Sacramento la fuerza espiritual para edificar constantemente en la caridad el único Cuerpo eclesial.

Nos dirigimos ahora a María, Madre de Cristo, el buen Pastor. Ella, que respondió prontamente a la llamada de Dios diciendo: “He aquí la esclava del Señor” (Lc 1, 38), nos ayude a todos a acoger con alegría y disponibilidad la invitación de Cristo a ser sus discípulos, animados siempre por el deseo de formar “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32).

### *Domingo 6 de mayo*

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace algunos días ha comenzado el mes de mayo, que para muchas comunidades cristianas es el mes mariano por excelencia. Como tal, se ha convertido a lo largo de los siglos en una de las devociones más arraigadas en el pueblo, y lo valoran cada vez más los pastores como ocasión propicia para la predicación, la catequesis y la oración comunitaria.

Después del concilio Vaticano II, que subrayó el papel de María santísima en la Iglesia y en la historia de la salvación, el culto mariano ha experimentado una profunda renovación. Y al coincidir, al menos en parte, con el tiempo pascual, el mes de mayo es muy propicio para ilustrar la figura de María como Madre que

acompaña a la comunidad de los discípulos reunidos en oración unánime, a la espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 12-14). Por tanto, este mes puede ser una ocasión para volver a la fe de la Iglesia de los orígenes y, en unión con María, comprender que también hoy nuestra misión consiste en anunciar y testimoniar con valentía y con alegría a Cristo crucificado y resucitado, esperanza de la humanidad.

A la Virgen santísima, Madre de la Iglesia, deseo encomendar el viaje apostólico que realizaré a Brasil del 9 al 14 de mayo. Como hicieron mis venerados predecesores, Pablo VI y Juan Pablo II, presidiré la inauguración de la Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, la quinta, que tendrá lugar el próximo domingo en el gran santuario nacional de Nuestra Señora *Aparecida*, en la ciudad homónima. Pero antes iré a la cercana metrópoli de São Paulo, donde me encontraré con los jóvenes y los obispos del país y tendré la alegría de inscribir en el catálogo de los santos al beato fray Antonio de Santa Ana Galvão.

Es mi primera visita pastoral a América Latina, y me preparo espiritualmente para encontrarme con el subcontinente latinoamericano, donde vive casi la mitad de los católicos de todo el mundo, muchos de los cuales son jóvenes. Por eso ha sido denominado el “continente de la esperanza”: una esperanza que conciernen no sólo a la Iglesia, sino a toda América y al mundo entero.

Queridos hermanos y hermanas, os invito a orar a María santísima por esta peregrinación apostólica y, en particular, por la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, para que todos los cristianos de esas regiones se sientan discípulos y misioneros de Cristo, camino, verdad y vida. Los desafíos del momento presente son numerosos y múltiples; por eso es importante que los cristianos se formen para ser “levadura” de bien y “luz” de santidad en nuestro mundo.

*Domingo, 20 mayo 2007*

¡Queridos hermanos y hermanas!

Deseo antes que nada renovar mi agradecimiento al Señor por el viaje apostólico a Brasil, que he realizado del 9 al 14 de mayo, y, al mismo tiempo, dar las gracias a cuantos me han acompañado con su oración. El motivo de esta visita pastoral mía, como sabéis, ha sido la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Pero antes de este gran evento eclesial, tuve oportunidad de encontrar a la gran comunidad católica brasileña. Muchos fieles, en efecto, se reunieron para la ocasión en la ciudad de Sao Paulo, especialmente para la canonización del primer beato nativo del Brasil: Fray Antonio de Santa Ana Galvão. Cuento con expresarme más ampliamente sobre este viaje el próximo miércoles, durante la Audiencia general. Mientras tanto, os

invito a seguir orando por la Conferencia que se está celebrando en Aparecida y por el camino del pueblo de Dios que vive en América Latina.

Un ulterior motivo de reflexión y de oración nos lo ofrece hoy la celebración anual de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, que tiene por tema «Los niños y los medios de comunicación: un reto para la educación». Los desafíos educativos en el mundo actual están frecuentemente unidos a la influencia de los *mass-media*, que hacen competencia a la escuela, a la Iglesia e, incluso, a la familia. En este contexto, es esencial una adecuada formación en el uso correcto de los *media*: los padres, los profesores y la comunidad eclesial están llamados a colaborar para educar a los niños y a los jóvenes a ser selectivos y a madurar una actitud crítica, cultivando el gusto por lo que es estética y moralmente válido. Pero también los medios deben llevar su contribución a este empeño educativo, promoviendo la dignidad de la persona humana, el matrimonio y la familia, las conquistas y las metas de la civilización. Los programas que inculcan violencia y comportamientos antisociales, o vulgarizan la sexualidad humana, son inaceptables, tanto más si se proponen a los menores. Renuevo por lo tanto el llamamiento a los responsables de la industria de los *media* y a los agentes de la comunicación social, a fin de que salvaguarden el bien común, respeten la verdad y protejan la dignidad de la persona y de la familia.

Queridos hermanos y hermanas: la solemnidad de la Ascensión del Señor, que la liturgia ha recordado el pasado jueves, en algunos países se celebra hoy. Jesús resucitado vuelve al Padre; nos abre así el camino a la vida eterna y hace posible el don del Espíritu Santo. Como entonces

hicieron los Apóstoles, también nosotros, después de la Ascensión, nos recogemos en oración para invocar la efusión del Espíritu, en unión espiritual con la Virgen María (v. *Hch* 1,12-14). Que su intercesión obtenga para toda la Iglesia un renovado Pentecostés.

## AUDIENCIAS GENERALES

*Miércoles 25 de abril de 2007*

**Orígenes: vida y obra**

*Queridos hermanos y hermanas:*

En nuestras meditaciones sobre las grandes personalidades de la Iglesia antigua, conocemos hoy a una de las más destacadas. Orígenes de Alejandría es, en realidad, una de las personalidades determinantes para todo el desarrollo del pensamiento cristiano. Recoge la herencia de Clemente de Alejandría, sobre quien meditamos el miércoles pasado, y la proyecta al futuro de manera tan innovadora que lleva a cabo un cambio irreversible en el desarrollo del pensamiento cristiano. Fue un verdadero “maestro”; así lo recordaban con nostalgia y emoción sus discípulos: no sólo era un brillante teólogo, sino también un testigo ejemplar de la doctrina que transmitía. Como escribe Eusebio de Cesarea, su biógrafo entusiasta, “enseñó que la conducta debe corresponder exacta-

mente a la palabra, y sobre todo por esto, con la ayuda de la gracia de Dios, indujo a muchos a imitarlo” (*Hist. Eccl.* VI, 3, 7).

Durante toda su vida anhelaba el martirio. Cuando tenía diecisiete años, en el décimo año del emperador Septimio Severo, se desató en Alejandría la persecución contra los cristianos. Clemente, su maestro, abandonó la ciudad, y el padre de Orígenes, Leónidas, fue encarcelado. Su hijo anhelaba ardientemente el martirio, pero no pudo realizar este deseo. Entonces escribió a su padre, exhortándolo a no desfallecer en el supremo testimonio de la fe. Y cuando Leónidas fue decapitado, el joven Orígenes sintió que debía acoger el ejemplo de su vida. Cuarenta años más tarde, mientras predicaba en Cesarea, declaró: “De nada me sirve haber tenido un padre mártir si no tengo una buena conducta y no honro la nobleza de mi estirpe, esto es, el martirio de

mi padre y el testimonio que lo hizo ilustre en Cristo” (*Hom. Ez.* 4, 8).

En una homilía sucesiva -cuando, gracias a la extrema tolerancia del emperador Felipe el Árabe, parecía haber pasado la posibilidad de dar un testimonio cruento- Orígenes exclama: “Si Dios me concediera ser lavado en mi sangre, para recibir el segundo bautismo habiendo aceptado la muerte por Cristo, me alejaría seguro de este mundo... Pero son dichosos los que merecen estas cosas” (*Hom. Iud.* 7, 12). Estas frases revelan la fuerte nostalgia de Orígenes por el bautismo de sangre. Y, al final, este irresistible anhelo se realizó, al menos en parte. En el año 250, durante la persecución de Decio, Orígenes fue arrestado y torturado cruelmente. A causa de los sufrimientos padecidos, murió pocos años después. Tenía menos de setenta años.

Hemos aludido a ese “cambio irreversible” que Orígenes inició en la historia de la teología y del pensamiento cristiano. ¿Pero en qué consiste este “cambio”, esta novedad tan llena de consecuencias? Consiste, principalmente, en haber fundamentado la teología en la explicación de las Escrituras. Hacer teología era para él esencialmente explicar, comprender la Escritura; o podríamos decir incluso que su teología es una perfecta simbiosis entre teología y exégesis. En verdad, la característica propia de la doctrina de Orígenes se encuentra precisamen-

te en la incesante invitación a pasar de la letra al espíritu de las Escrituras, para progresar en el conocimiento de Dios. Y, como escribió von Balthasar, este “alegorismo”, coincide precisamente “con el desarrollo del dogma cristiano realizado por la enseñanza de los doctores de la Iglesia”, los cuales -de una u otra forma- acogieron la “lección” de Orígenes.

Así la tradición y el magisterio, fundamento y garantía de la investigación teológica, llegan a configurarse como “Escritura en acto” (cf. *Origene: il mondo, Cristo e la Chiesa*, tr. it., Milán 1972, p. 43). Por ello, podemos afirmar que el núcleo central de la inmensa obra literaria de Orígenes consiste en su “triple lectura” de la Biblia. Pero antes de ilustrar esta “lectura” conviene echar una mirada de conjunto a la producción literaria del alejandrino. San Jerónimo, en su *Epístola 33*, enumera los títulos de 320 libros y de 310 homilías de Orígenes. Por desgracia, la mayor parte de esta obra se ha perdido, pero incluso lo poco que queda de ella lo convierte en el autor más prolífico de los tres primeros siglos cristianos. Su radio de interés va de la exégesis al dogma, la filosofía, la apologética, la ascética y la mística. Es una visión fundamental y global de la vida cristiana.

El núcleo inspirador de esta obra es, como hemos dicho, la “triple lectura” de las Escrituras desarrollada por Orígenes en el arco de su vida. Con

esta expresión aludimos a las tres modalidades más importantes -no son sucesivas entre sí; más bien, con frecuencia se superponen- con las que Orígenes se dedicó al estudio de las Escrituras. Ante todo leyó la Biblia con el deseo de buscar el texto más seguro y ofrecer su edición más fidedigna. Por ejemplo, el primer paso consiste en conocer realmente lo que está escrito y conocer lo que esta escritura quería decir inicialmente.

Orígenes realizó un gran estudio con este fin y redactó una edición de la Biblia con seis columnas paralelas, de izquierda a derecha, con el texto hebreo en caracteres hebreos -mantuvo también contactos con los rabinos para comprender bien el texto original hebraico de la Biblia-, después el texto hebraico transliterado en caracteres griegos y a continuación cuatro traducciones diferentes en lengua griega, que le permitían comparar las diversas posibilidades de traducción. De aquí el título de "Hexapla" ("seis columnas") atribuido a esta gran sinopsis. Lo primero, por tanto, es conocer exactamente lo que está escrito, el texto como tal. En segundo lugar Orígenes leyó sistemáticamente la Biblia con sus célebres *Comentarios*, que reproducen fielmente las explicaciones que el maestro daba en sus clases, tanto en Alejandría como en Cesarea. Orígenes avanza casi versículo a versículo, de forma minuciosa, amplia y profunda, con notas de carácter filológico y doctrinal. Se esfuerza por conocer bien,

con gran exactitud, lo que querían decir los autores sagrados.

Por último, incluso antes de su ordenación presbiteral, Orígenes se dedicó muchísimo a la predicación de la Biblia, adaptándose a un público muy heterogéneo. En cualquier caso, también en sus *Homilias* se percibe al maestro totalmente dedicado a la interpretación sistemática del pasaje bíblico analizado, fraccionado en los sucesivos versículos. En las *Homilias* Orígenes aprovecha también todas las ocasiones para recordar las diversas dimensiones del sentido de la sagrada Escritura, que ayudan o expresan un camino en el crecimiento de la fe: la primera es el sentido "literal", el cual encierra profundidades que no se perciben en un primer momento; la segunda dimensión es el sentido "moral": qué debemos hacer para vivir la palabra; y, por último, el sentido "espiritual", o sea, la unidad de la Escritura, que en todo su desarrollo habla de Cristo. Es el Espíritu Santo quien nos hace entender el contenido cristológico y así la unidad de la Escritura en su diversidad.

Sería interesante mostrar esto. En mi libro *Jesús de Nazaret* he intentado señalar en la situación actual estas múltiples dimensiones de la Palabra, de la sagrada Escritura, que ante todo debe respetarse precisamente en el sentido histórico. Pero este sentido nos trasciende hacia Cristo, a la luz del Espíritu Santo, y nos muestra el camino, cómo vivir. Por

ejemplo, eso se puede percibir en la novena *Homilía sobre los Números*, en la que Orígenes compara la Escritura con las nueces: “La doctrina de la Ley y de los Profetas, en la escuela de Cristo, es así -afirma Orígenes en su homilía-: la letra, que es como la corteza, es amarga; luego, está la cáscara, que es la doctrina moral; en tercer lugar se encuentra el sentido de los misterios, del que se alimentan las almas de los santos en la vida presente y en la futura” (*Hom. Num. IX, 7*).

Sobre todo por este camino Orígenes llega a promover eficazmente la “lectura cristiana” del Antiguo Testamento, rebatiendo brillantemente las teorías de los herejes -sobre todo gnósticos y marcionitas- que oponían entre sí los dos Testamentos, rechazando el Antiguo. Al respecto, en la misma *Homilía sobre los Números*, el Alejandrino afirma: “Yo no llamo a la Ley un “Antiguo Testamento”, si la comprendo en el Espíritu. La Ley es “Antiguo Testamento” sólo para quienes quieren comprenderla carnalmente”, es decir, quedándose en la letra del texto. Pero “para nosotros, que la comprendemos y la aplicamos en el Espíritu y en el sentido del Evangelio, la Ley es siempre nueva, y los dos Testamentos son para nosotros un nuevo Testamento, no a causa de la fecha temporal, sino de la novedad del sentido... En cambio, para el pecador y para quienes no respetan el pacto de la caridad, también los Evangelios envejecen” (*Hom. Num. IX, 4*).

Os invito -y así concluyo- a acoger en vuestro corazón la enseñanza de este gran maestro en la fe, el cual nos recuerda con entusiasmo que, en la lectura orante de la Escritura y en el compromiso coherente de la vida, la Iglesia siempre se renueva y rejuvenece. La palabra de Dios, que ni envejece ni se agota nunca, es medio privilegiado para ese fin. En efecto, la palabra de Dios, por obra del Espíritu Santo, nos guía continuamente a la verdad completa (cf. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el congreso internacional con motivo del XL aniversario de la constitución dogmática “Dei Verbum”*). Pidamos al Señor que nos dé hoy pensadores, teólogos y exégetas que perciban estas múltiples dimensiones, esta actualidad permanente de la sagrada Escritura, su novedad para hoy. Pidamos al Señor que nos ayude a leer la sagrada Escritura de modo orante, para alimentarnos realmente del verdadero pan de la vida, de su Palabra.

*Miércoles 2 de mayo de 2007*

### **Orígenes: el pensamiento**

Queridos hermanos y hermanas:

La catequesis del miércoles pasado estuvo dedicada a la gran figura de Orígenes, doctor alejandrino que vivió entre los siglos II y III. En esa catequesis, hablamos de la vida y la producción literaria de este gran maestro

alejandrino, encontrando en la “triple lectura” que hacía de la Biblia el núcleo inspirador de toda su obra. No traté -para retomarlos hoy- dos aspectos de la doctrina de Orígenes, que considero entre los más importantes y actuales: me refiero a sus enseñanzas sobre la oración y sobre la Iglesia.

En realidad, Orígenes, autor de un importante tratado “*Sobre la oración*”, siempre actual, mezcla constantemente su producción exegética y teológica con experiencias y sugerencias relativas a la oración. A pesar de toda la riqueza teológica de su pensamiento, nunca lo desarrolla de modo meramente académico; siempre se funda en la experiencia de la oración, del contacto con Dios. En su opinión, para comprender las Escrituras no sólo hace falta el estudio, sino también la intimidad con Cristo y la oración. Está convencido de que el camino privilegiado para conocer a Dios es el amor, y de que no se puede conocer de verdad a Cristo sin enamorarse de él.

En la *Carta a Gregorio*, Orígenes recomienda: “Dedícate a la *lectio* de las divinas Escrituras; aplícate a ella con perseverancia. Comprométete en la *lectio* con la intención de creer y agradecer a Dios. Si durante la *lectio* te encuentras ante una puerta cerrada, llama y te la abrirá el guardián, de quien Jesús dijo: “El guardián se la abrirá”. Aplicándote de este modo a la *lectio divina*, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el

sentido de las divinas Escrituras, que en ellas se encuentra oculto con gran amplitud. Ahora bien, no te contentes con llamar y buscar: para comprender los asuntos de Dios tienes absoluta necesidad de la oración. Precisamente para exhortarnos a la oración, el Salvador no sólo nos dijo: “buscad y hallaréis”, y “llamad y se os abrirá”, sino que añadió: “Pedid y recibiréis”” (*Carta a Gregorio*, 4).

Salta a la vista el “papel primordial” que ha desempeñado Orígenes en la historia de la *lectio divina*. San Ambrosio, obispo de Milán, que aprendió a leer las Escrituras con las obras de Orígenes, la introdujo después en Occidente para entregarla a san Agustín y a la tradición monástica sucesiva.

Como ya hemos dicho, el nivel más elevado del conocimiento de Dios, según Orígenes, brota del amor. Lo mismo sucede entre los hombres: uno sólo conoce profundamente al otro si hay amor, si se abren los corazones. Para demostrarlo, se basa en un significado que en ocasiones se da al verbo *conocer* en hebreo, es decir, cuando se utiliza para expresar el acto del amor humano: “Conoció Adán a Eva, su mujer, la cual concibió” (*Gn* 4, 1). De esta manera se sugiere que la unión en el amor produce el conocimiento más auténtico. Como el hombre y la mujer son “dos en una sola carne”, así Dios y el creyente llegan a ser “dos en un mismo espíritu”.

De este modo, la oración de Orígenes roza los niveles más elevados de la mística, como lo atestiguan sus *Homilias sobre el Cantar de los Cantares*. A este propósito, en un pasaje de la primera *Homilía*, confiesa: “Con frecuencia - Dios es testigo- he sentido que el Esposo se me acercaba al máximo; después se iba de repente, y yo no pude encontrar lo que buscaba. De nuevo siento el deseo de su venida, y a veces él vuelve, y cuando se me ha aparecido, cuando lo tengo entre mis manos, vuelve a huir, y una vez que se ha ido me pongo a buscarlo de nuevo...” (*Homilias sobre el Cantar de los Cantares* I, 7).

Me viene a la mente lo que mi venerado predecesor escribió, como auténtico testigo, en la *Novo millennio ineunte*, cuando mostraba a los fieles que la “oración puede avanzar, como verdadero diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible a la acción del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre” (n. 33). Se trata, seguía diciendo Juan Pablo II, de “un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual y encuentra también dolorosas purificaciones (la “noche oscura”), pero llega, de muchas formas posibles, al inefable gozo vivido por los místicos como “unión sponsal”” (*ib.*).

Veamos, por último, la enseñanza de Orígenes sobre la Iglesia, y preci-

samente, dentro de ella, sobre el sacerdocio común de los fieles. Como afirma Orígenes en su novena *Homilía sobre el Levítico* (IX, 1), “esto nos afecta a todos”. En la misma *Homilía*, refiriéndose a la prohibición hecha a Aarón, tras la muerte de sus dos hijos, de entrar en el *Sancta sanctorum* “en cualquier tiempo” (*Lv* 16, 2), exhorta así a los fieles: “Esto demuestra que si uno entra a cualquier hora en el santuario, sin la debida preparación, sin estar revestido de los ornamentos pontificales, sin haber preparado las ofrendas prescritas y sin ser propicio a Dios, morirá... Esto vale para todos, pues establece que aprendamos a acercarnos al altar de Dios. ¿Acaso no sabes que el sacerdocio también ha sido conferido a ti, es decir, a toda la Iglesia de Dios y al pueblo de los creyentes? Escucha cómo habla san Pedro a los fieles: “Linaje elegido”, dice, “sacerdocio real, nación santa, pueblo que Dios ha adquirido”. Por tanto, tú tienes el sacerdocio, pues eres “linaje sacerdotal”, y por ello debes ofrecer a Dios el sacrificio... Pero para que lo puedas ofrecer dignamente, necesitas vestidos puros, distintos de los que usan los demás hombres, y te hace falta el fuego divino” (*ib.*).

Así, por una parte, “los lomos ceñidos” y los “ornamentos sacerdotales”, es decir, la pureza y la honestidad de vida; y, por otra, tener la “lámpara siempre encendida”, es decir, la fe y el conocimiento de las Escrituras, son las condiciones indispensables para el

ejercicio del sacerdocio universal, que exige pureza y honestidad de vida, fe y conocimiento de las Escrituras.

Con mayor razón aún estas condiciones son indispensables, evidentemente, para el ejercicio del sacerdocio ministerial. Estas condiciones -conducta íntegra de vida, pero sobre todo acogida y estudio de la Palabra- establecen una auténtica “jerarquía de la santidad” en el sacerdocio común de los cristianos. En la cumbre de este camino de perfección Orígenes pone el martirio.

También en la novena *Homilía sobre el Levítico* alude al “fuego para el holocausto”, es decir, a la fe y al conocimiento de las Escrituras, que nunca debe apagarse en el altar de quien ejerce el sacerdocio. Después añade: “Pero, cada uno de nosotros no sólo tiene en sí el fuego, sino también el holocausto, y con su holocausto enciende el altar para que arda siempre. Si renuncio a todo lo que poseo y tomo mi cruz y sigo a Cristo, ofrezco mi holocausto en el altar de Dios; y si entrego mi cuerpo para que arda, con caridad, y alcanzo la gloria del martirio, ofrezco mi holocausto sobre el altar de Dios” (IX, 9).

Este continuo camino de perfección “nos afecta a todos”, a condición de que “la mirada de nuestro corazón” se dirija a la contemplación de la Sabiduría y de la Verdad, que es Jesucristo. Al predicar sobre el discurso de Jesús en

Nazaret, cuando “en la sinagoga todos los ojos estaban fijados en él” (Lc 4, 16-30), Orígenes parece dirigirse precisamente a nosotros: “También hoy, en esta asamblea, si queréis, vuestros ojos pueden fijarse en el Salvador. Cuando dirijas la mirada más profunda del corazón hacia la contemplación de la Sabiduría, de la Verdad y del Hijo único de Dios, entonces tus ojos verán a Dios. ¡Bienaventurada la asamblea de la que la Escritura dice que los ojos de todos estaban fijados en él! ¡Cuánto desearía que esta asamblea diera ese mismo testimonio: que los ojos de todos, de los no bautizados y de los fieles, de las mujeres, de los hombres y de los niños -no los ojos del cuerpo, sino los del alma- estuvieran fijados en Jesús!... Sobre nosotros está impresa la luz de tu rostro, Señor, a quien pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (*Homilía sobre san Lucas*, XXXII, 6).

*Miércoles 23 de mayo de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

En esta audiencia quisiera recordar con gratitud y alegría mi reciente viaje a Brasil para la inauguración de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en el gran centro mariano de Aparecida. Ha sido un encuentro muy enriquecedor, tanto con los Pastores y fieles brasileños como con

los representantes de la Iglesia que camina en esa querida tierra americana, en la que el Evangelio ha echado raíces muy hondas y donde vive, de hecho, la mayor parte de los católicos del mundo.

Por eso he animado a todos a cultivar con esmero el tesoro de la fe en Cristo y a hacerlo fecundo tanto en la vida personal como en los diversos ámbitos de la vida social. He invitado a los jóvenes a que sean el rostro joven

de la Iglesia; a los Pastores a dar nuevo impulso a la evangelización, al estilo de la primitiva comunidad cristiana: perseverando en la catequesis, en la vida sacramental y en la práctica de la caridad; he señalado a todos la importancia de ser verdaderos discípulos de Cristo, de estar con Él y aprender siempre de Él, para ser sus testigos y misioneros del Evangelio en la sociedad, para que la luz de la Palabra de Dios abra en ella caminos de justicia, de paz y de amor verdadero.

## CARTAS

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
a la Academia Pontificia de Ciencias  
Sociales con ocasión de su XIII  
Asamblea Plenaria.*

*A su excelencia  
Profesora Mary Ann GLENDON*

*Presidenta de la Academia pontificia de  
ciencias sociales*

Con ocasión de la reunión de la Academia pontificia de ciencias sociales para su XIII sesión plenaria, me alegra saludarla a usted y a sus distinguidos colegas, expresándoles mis mejores deseos para sus deliberaciones, acompañados de mi oración.

Este año, el encuentro de la Academia está dedicado al estudio del tema:

“Caridad y justicia en las relaciones entre pueblos y naciones”. La Iglesia no puede menos de interesarse por ese tema, dado que la búsqueda de la justicia y la promoción de la civilización del amor son aspectos esenciales de su misión al servicio del anuncio del Evangelio de Jesucristo.

No cabe duda de que la construcción de una sociedad justa corresponde en primer lugar al orden político, tanto dentro de los diversos Estados como en la comunidad internacional. Como tal, en todos los niveles requiere un ejercicio disciplinado de la razón práctica y un entrenamiento de la voluntad para poder discernir y satisfacer las exigencias específicas de la justicia, respetando plenamente el

bien común y la dignidad inalienable de toda persona.

En mi encíclica *Deus caritas est* reafirmé, al inicio de mi pontificado, el deseo de la Iglesia de contribuir a esta necesaria purificación de la razón, para ayudar a formar las conciencias y para estimular una respuesta más amplia a las exigencias genuinas de la justicia. Al mismo tiempo, subrayé que, incluso en la más justa de las sociedades, habrá siempre espacio para la caridad: “No hay ningún orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor” (n. 28).

La convicción de la Iglesia de que la justicia y la caridad son inseparables nace, en definitiva, de su experiencia de la infinita justicia y misericordia de Dios reveladas en Jesucristo, y lo manifiesta insistiendo en que el hombre mismo y su irreductible dignidad deben ocupar el centro de la vida política y social.

Por tanto, el magisterio de la Iglesia, que no sólo se dirige a los creyentes sino también a todos los hombres de buena voluntad, apela a la recta razón y a una sana comprensión de la naturaleza humana al proponer principios capaces de guiar a los individuos y a las comunidades hacia la búsqueda de un orden social marcado por la justicia, la libertad, la solidaridad fraterna y la paz.

En el centro de esa enseñanza, como sabéis muy bien, está el principio del destino universal de todos los bienes de la creación. Según ese principio funda-

mental, todo lo que produce la tierra y todo lo que el hombre transforma y confecciona, todo su conocimiento y toda su tecnología, todo está destinado a servir al desarrollo material y espiritual de la familia humana y de todos sus miembros.

Desde esta perspectiva íntegramente humana podemos comprender más plenamente el papel esencial que desempeña la caridad en la búsqueda de la justicia. Mi predecesor el Papa, Juan Pablo II, estaba convencido de que la justicia por sí sola era insuficiente para entablar relaciones realmente humanas y fraternas dentro de la sociedad. “En todas las esferas de las relaciones interhumanas -afirmó-, la justicia debe experimentar, por decirlo así, una notable “corrección” por parte del amor que -como proclama san Pablo- es “paciente” y “benigno”, o dicho en otras palabras, lleva en sí los caracteres del amor misericordioso tan esenciales al Evangelio y al cristianismo” (*Dives in misericordia*, 14). Es decir, la caridad no sólo permite a la justicia ser más creativa y afrontar nuevos desafíos, sino que también inspira y purifica los esfuerzos de la humanidad encaminados a alcanzar la auténtica justicia para construir así una sociedad digna del hombre.

En un contexto en que, “la solicitud por el prójimo, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero” (*Deus caritas est*, 30), se debe comprender y subrayar más claramente la relación

intrínseca que existe entre caridad y justicia. A la vez que manifiesto mi confianza en que vuestros debates de estos días resulten fructuosos a este respecto, deseo atraer brevemente vuestra atención hacia tres desafíos específicos que el mundo afronta, desafíos que únicamente pueden afrontarse con un compromiso convencido al servicio de la mayor justicia, que está inspirada por la caridad.

El primer desafío atañe al medio ambiente y a un desarrollo sostenible. La comunidad internacional reconoce que los recursos del mundo son limitados y que todo pueblo tiene el deber de poner en práctica políticas encaminadas a la protección del medio ambiente, con el fin de prevenir la destrucción del patrimonio natural cuyos frutos son necesarios para el bienestar de la humanidad. Para afrontar este desafío, se requiere un enfoque interdisciplinar semejante al que vosotros habéis empleado. Además, hace falta una capacidad de valorar y prever, de vigilar la dinámica del cambio ambiental y del desarrollo sostenible, de elaborar y aplicar soluciones a nivel internacional. Es preciso prestar atención particular al hecho de que los países más pobres son los que suelen pagar el precio más alto por el deterioro ecológico.

En el Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2007, puse de relieve que “la destrucción del medio ambiente, su uso impropio o egoísta y el acaparamiento violento de los recursos de la tierra, generan fricciones, conflictos y guerras, precisamente porque son fruto

de un concepto inhumano de desarrollo. En efecto, un desarrollo que se limitara al aspecto técnico y económico, descuidando la dimensión moral y religiosa, no sería un desarrollo humano integral y, al ser unilateral, terminaría fomentando la capacidad destructiva del hombre” (n. 9: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de diciembre de 2006, p. 6).

Al afrontar los desafíos de la protección del medio ambiente y del desarrollo sostenible, estamos llamados a promover y a «salvaguardar las condiciones morales de una auténtica “ecología humana”» (*Centesimus annus*, 38). Por otra parte, esto exige una relación responsable no sólo con la creación sino también con nuestro prójimo, cercano o lejano, en el espacio y en el tiempo, y con el Creador.

Esto nos lleva a un segundo desafío, que implica nuestro concepto de persona humana y, en consecuencia, nuestras relaciones recíprocas. Si a los seres humanos no se les ve como personas, varones y mujeres, creados a imagen de Dios (cf. *Gn* 1, 26), dotados de una dignidad inviolable, será muy difícil lograr una plena justicia en el mundo. A pesar del reconocimiento de los derechos de la persona en declaraciones internacionales y en instrumentos legales, es necesario progresar mucho para que ese reconocimiento tenga consecuencias sobre los problemas globales, como los siguientes: la brecha cada vez mayor entre países ricos y países pobres; la desigual distribución y asignación de

los recursos naturales y de la riqueza producida por la actividad humana; la tragedia del hambre, de la sed y de la pobreza en un planeta donde hay abundancia de alimento, de agua y de prosperidad; los sufrimientos humanos de los refugiados y de los prófugos; las continuas hostilidades en muchas partes del mundo; la falta de una protección legal suficiente para los niños por nacer; la explotación de los niños; el tráfico internacional de seres humanos, armas y drogas; y otras muchas injusticias graves.

El tercer desafío concierne a los valores del espíritu. Urgidos por preocupaciones económicas, tendemos a olvidar que, al contrario de los bienes materiales, los bienes espirituales, que son típicos del hombre, se extienden y se multiplican cuando se comunican. A diferencia de los bienes divisibles, los bienes espirituales, como el conocimiento y la educación, son indivisibles, y cuanto más se comparten, más se poseen.

La globalización ha aumentado la interdependencia de los pueblos, con sus diferentes tradiciones, religiones y sistemas de educación. Eso significa que los pueblos del mundo, precisamente en virtud de sus diferencias, están aprendiendo continuamente unos de otros y entablando contactos cada vez mayores. Por eso, resulta cada vez más importante la necesidad de un diálogo que pueda ayudar a las personas a comprender sus propias tradiciones cuando entran en contacto con las de los demás, para desarrollar una mayor autoconciencia ante

los desafíos planteados a su propia identidad, promoviendo así la comprensión y el reconocimiento de los verdaderos valores humanos dentro de una perspectiva intercultural.

Para afrontar positivamente estos desafíos es urgentemente necesaria una justa igualdad de oportunidades, especialmente en el campo de la educación y de la transmisión del conocimiento. Por desgracia, en muchas partes del mundo la educación, especialmente en el nivel primario, sigue siendo dramáticamente insuficiente.

Para afrontar estos desafíos sólo el amor al prójimo puede inspirar en nosotros la justicia al servicio de la vida y de la promoción de la dignidad humana. Sólo el amor dentro de la familia, fundada en un hombre y una mujer, creados a imagen de Dios, puede asegurar la solidaridad inter-generacional que transmite amor y justicia a las generaciones futuras. Sólo la caridad puede estimularnos a poner una vez más a la persona humana en el centro de la vida de la sociedad y en el centro de un mundo globalizado, gobernado por la justicia.

Con estas consideraciones, queridos miembros de la Academia, os aliento en vuestro esfuerzo por seguir realizando vuestro importante trabajo. Sobre vosotros y sobre vuestros seres queridos invoco de corazón las bendiciones divinas de sabiduría, alegría y paz.

*Vaticano, 28 de abril de 2007*

## DISCURSOS

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al Sínodo extraordinario de la Iglesia  
de Antioquía de los Siro-Católicos**

*Sábado 28 de abril de 2007*

Beatitud; venerados hermanos:

“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (1 Co 1, 3). Con estas palabras, que el Apóstol de los gentiles dirigió a los cristianos de la comunidad de Corinto, os acojo y os saludo a todos, al final de vuestro encuentro.

La solicitud por todas las Iglesias, conforme al mandato que Cristo confió al apóstol san Pedro y a sus Sucesores, me impulsó a convocar vuestro Sínodo extraordinario, que presidió en mi nombre el secretario de Estado, cardenal Tarcisio Bertone, al que saludo y doy las gracias cordialmente. Deseo agradecer igualmente a Su Beatitud y a cada uno de vosotros vuestra activa participación en los trabajos del Sínodo y vuestra aportación generosa a la solución de los problemas y las dificultades que encuentra desde hace algún tiempo la benemérita Iglesia siro-católica.

Al convocaros a esta asamblea extraordinaria, mi única intención era reavivar cada vez más intensamente los vínculos seculares que unen a vuestra Iglesia con

la Sede apostólica y, al mismo tiempo, manifestaros la estima y la solicitud que alberga el Obispo de Roma por cada uno de vosotros, pastores de una porción del pueblo de Dios que no es grande, pero sí antigua y significativa. Mi saludo se dirige también a vuestros colaboradores, en primer lugar a los sacerdotes y a los diáconos, así como a todos los miembros de la Iglesia siro-católica.

La liturgia del tiempo pascual, que estamos viviendo, nos invita a dirigir la mirada y el corazón hacia el acontecimiento fundamental de la fe cristiana: la muerte y la resurrección de Cristo. Los *Hechos de los Apóstoles*, que leemos durante estos días, nos presentan el camino de la Iglesia naciente, un camino que no siempre es fácil, pero que es rico en frutos apostólicos. Desde los orígenes, no han faltado ni la hostilidad ni las persecuciones provenientes de fuera, ni los riesgos de tensiones y de oposiciones en el interior mismo de las comunidades.

A pesar de estas sombras y de los diferentes tipos de dificultades que debieron afrontar los primeros cristianos, siempre ha brillado la luz resplandeciente de la fe de la Iglesia en Jesucristo. Desde sus primeros pasos, la Iglesia, guiada por los Apóstoles y por sus colaboradores, animada por una valentía extraordinaria y por una fuerza interior, ha sabido conservar y acrecentar el valioso tesoro de la unidad y de la comu-

nión, por encima de las diferencias de personas, lenguas y culturas.

Venerados hermanos, al concluir el Sínodo extraordinario en el que habéis participado, consciente de las dificultades que os han preocupado durante todos estos años y que habéis tratado de superar, pienso con gratitud en mi venerado predecesor el Papa Juan Pablo II, que estuvo cerca de vosotros de muchas maneras. Os escuchó, se reunió con vosotros y os exhortó en repetidas ocasiones, sobre todo con su carta de agosto de 2003, a buscar la unidad y la reconciliación, con la participación de todos.

Yo, por mi parte, he continuado la obra emprendida por él, con mi carta de octubre de 2005, puesto que estoy profundamente convencido de que hoy, como en los albores del cristianismo, toda comunidad está llamada a dar un testimonio claro de fraternidad. Es conmovedor leer en los *Hechos de los Apóstoles* que “la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32). Aquí, en este amor compartido que es don del Espíritu Santo, se encuentra el secreto de la eficacia apostólica.

Durante estos días, queridos y venerados hermanos, habéis reflexionado sobre los medios para superar los obstáculos que impiden el desarrollo normal de vuestra vida eclesial. Sois muy conscientes de lo que es necesario e incluso indispensable. Lo exige el ministerio que el Señor os ha confiado en su grey; y lo exige el bien de la Iglesia siro-católica.

Lo exigen también la situación particular que vive el Oriente Medio y el testimonio que pueden dar con su unidad las Iglesias católicas. Que resuene en vuestro corazón la exhortación de san Pablo, impregnada de tristeza, a los fieles de Corinto: “Os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos un mismo hablar, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estad unidos en una misma mentalidad y un mismo juicio” (*1 Co* 1, 10).

En nuestra época las comunidades cristianas en todas las partes del mundo deben afrontar muchos desafíos, y son numerosos los peligros y asechanzas que amenazan con desvirtuar los valores del Evangelio. Por lo que concierne a vuestra Iglesia, la violencia y los conflictos que afligen a una parte de la grey encomendada a vosotros constituyen dificultades suplementarias que ponen aún más en peligro no sólo la convivencia pacífica, sino también la vida misma de las personas. En estas situaciones, es preciso que la comunidad eclesial siro-católica anuncie el Evangelio con vigor, promueva una pastoral adecuada a los desafíos de la era posmoderna y dé un ejemplo luminoso de unidad en un mundo fragmentado y dividido.

Venerados hermanos, el concilio ecuménico Vaticano II subraya que, para responder a la oración de Cristo *ut unum sint*, las Iglesias orientales católicas están llamadas a desempeñar un papel particular en la promoción del camino ecuménico, “principalmente

con la oración, con el ejemplo de vida, con la religiosa fidelidad a las tradiciones orientales, con un mejor conocimiento mutuo, con la colaboración y estima fraterna de las instituciones y de las mentalidades” (*Orientalium Ecclesiarum*, 24). Éste es un último elemento que, con las exigencias dictadas por el diálogo interreligioso, puede impulsaros a cumplir con confianza la misión apostólica que el Señor ha confiado a vuestra Iglesia.

Precisamente ayer, la liturgia latina nos presentó el conmovedor episodio de la conversión de san Pablo en el camino de Damasco. También vosotros estáis lla-

mados hoy a continuar con entusiasmo, confianza y perseverancia, la acción misionera del apóstol san Pablo, siguiendo las huellas de san Ignacio de Antioquía, de san Efrén y de vuestros demás santos patronos.

María, a la que veneráis con el título de Nuestra Señora de la Liberación, interceda siempre por vosotros y os proteja. Con estos sentimientos, os aseguro mi pleno apoyo y el de mis colaboradores, y os imparto una bendición apostólica especial a vosotros, aquí presentes, al Patriarca y a los miembros de vuestro santo Sínodo, así como a todos los fieles de rito siro-católico.

## HOMILÍAS

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Santa Misa con ordenaciones  
sacerdotales con ocasión de la Jornada  
Mundial de Oración por las Vocaciones**

*Basilica Vaticana.*

*IV Domingo de Pascua, 29 de abril de  
2007*

*Venerados hermanos en el episcopado y  
en el presbiterado; queridos ordenandos,  
queridos hermanos y hermanas:*

Este IV domingo de Pascua, denominado tradicionalmente domingo del

“Buen Pastor”, reviste un significado particular para nosotros, que estamos reunidos en esta basílica vaticana. Es un día absolutamente singular, sobre todo para vosotros, queridos diáconos, a quienes, como Obispo y Pastor de Roma, me alegra conferir la ordenación sacerdotal. Así, entraréis a formar parte de nuestro *presbyterium*. Junto con el cardenal vicario, los obispos auxiliares y los sacerdotes de la diócesis, doy gracias al Señor por el don de vuestro sacerdocio, que enriquece nuestra comunidad con 22 nuevos pastores.

La densidad teológica del breve pasaje evangélico que acaba de proclamarse

nos ayuda a percibir mejor el sentido y el valor de esta solemne celebración. Jesús habla de sí como del buen Pastor que da la vida eterna a sus ovejas (cf. *Jn* 10, 28). La imagen del pastor está muy arraigada en el Antiguo Testamento y es muy utilizada en la tradición cristiana. Los profetas atribuyen el título de “pastor de Israel” al futuro descendiente de David; por tanto, posee una indudable importancia mesiánica (cf. *Ez* 34, 23). Jesús es el verdadero pastor de Israel porque es el Hijo del hombre, que quiso compartir la condición de los seres humanos para darles la vida nueva y conducirlos a la salvación. Al término “pastor” el evangelista añade significativamente el adjetivo *kalós*, hermoso, que utiliza únicamente con referencia a Jesús y a su misión. También en el relato de las bodas de Caná el adjetivo *kalós* se emplea dos veces aplicado al vino ofrecido por Jesús, y es fácil ver en él el símbolo del vino *bueno* de los tiempos mesiánicos (cf. *Jn* 2, 10).

“Yo les doy (a mis ovejas) la vida eterna y no perecerán jamás” (*Jn* 10, 28). Así afirma Jesús, que poco antes había dicho: “El buen pastor da su vida por las ovejas” (cf. *Jn* 10, 11). San Juan utiliza el verbo *tithénai*, ofrecer, que repite en los versículos siguientes (15, 17 y 18); encontramos este mismo verbo en el relato de la última Cena, cuando Jesús “se quitó” sus vestidos y después los “volvió a tomar” (cf. *Jn* 13, 4. 12). Está claro que de este modo se quiere afirmar que el Redentor dispone con absoluta libertad de su vida, de manera que puede darla y luego recobrarla libremente. Cristo es el verda-

dero buen Pastor que dio su vida por las ovejas -por nosotros-, inmolándose en la cruz. Conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a él, como el Padre lo conoce y él conoce al Padre (cf. *Jn* 10, 14-15). No se trata de mero conocimiento intelectual, sino de una relación personal profunda; un conocimiento del corazón, propio de quien ama y de quien es amado; de quien es fiel y de quien sabe que, a su vez, puede fiarse; un conocimiento de amor, en virtud del cual el Pastor invita a los suyos a seguirlo, y que se manifiesta plenamente en el don que les hace de la vida eterna (cf. *Jn* 10, 27-28).

Queridos ordenandos, que la certeza de que Cristo no nos abandona y de que ningún obstáculo podrá impedir la realización de su designio universal de salvación sea para vosotros motivo de constante consuelo -incluso en las dificultades- y de inquebrantable esperanza. La bondad del Señor está siempre con vosotros, y es fuerte. El sacramento del Orden, que estáis a punto de recibir, os hará partícipes de la misma misión de Cristo; estaréis llamados a sembrar la semilla de su Palabra -la semilla que lleva en sí el reino de Dios-, a distribuir la misericordia divina y a alimentar a los fieles en la mesa de su Cuerpo y de su Sangre.

Para ser dignos ministros suyos debéis alimentaros incesantemente de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana. Al acercaros al altar, vuestra escuela diaria de santidad, de comunión con Jesús, del modo de compartir sus sentimientos, para renovar el sacrificio

de la cruz, descubriréis cada vez más la riqueza y la ternura del amor del divino Maestro, que hoy os llama a una amistad más íntima con él. Si lo escucháis dócilmente, si lo seguís fielmente, aprenderéis a traducir a la vida y al ministerio pastoral su amor y su pasión por la salvación de las almas. Cada uno de vosotros, queridos ordenandos, llegará a ser con la ayuda de Jesús un buen pastor, dispuesto a dar también la vida por él, si fuera necesario.

Así sucedió al inicio del cristianismo con los primeros discípulos, mientras, como hemos escuchado en la primera lectura, el Evangelio iba difundándose entre consuelos y dificultades. Vale la pena subrayar las últimas palabras del pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* que hemos escuchado: “Los discípulos quedaron llenos de gozo y del Espíritu Santo” (*Hch* 13, 52). A pesar de las incomprensiones y los contrastes, de los que se nos ha hablado, el apóstol de Cristo no pierde la alegría, más aún, es testigo de la alegría que brota de estar con el Señor, del amor a él y a los hermanos.

En esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, que este año tiene como tema: “La vocación al servicio de la Iglesia comunión”, pidamos que a cuantos son elegidos para una misión tan alta los acompañe la comunión orante de todos los fieles.

Pidamos que en todas las parroquias y comunidades cristianas aumente la solicitud por las vocaciones y por la for-

mación de los sacerdotes: comienza en la familia, prosigue en el seminario e implica a todos los que se interesan por la salvación de las almas.

Queridos hermanos y hermanas que participáis en esta sugestiva celebración, y en primer lugar vosotros, parientes, familiares y amigos de estos 22 diáconos que dentro de poco serán ordenados presbíteros, apoyemos a estos hermanos nuestros en el Señor con nuestra solidaridad espiritual. Oremos para que sean fieles a la misión a la que el Señor los llama hoy, y para que estén dispuestos a renovar cada día a Dios su “sí”, su “heme aquí”, sin reservas. Y en esta Jornada de oración por las vocaciones roguemos al Dueño de la mies que siga suscitando numerosos y santos presbíteros, totalmente consagrados al servicio del pueblo cristiano.

En este momento tan solemne e importante de vuestra vida me dirijo con afecto, una vez más, a vosotros, queridos ordenandos. A vosotros Jesús os repite hoy: “Ya no os llamo siervos, sino amigos”. Aceptad y cultivad esta amistad divina con “amor eucarístico”. Que os acompañe María, Madre celestial de los sacerdotes. Ella, que, al pie de la cruz, se unió al sacrificio de su Hijo y, después de la resurrección, en el Cenáculo, recibió con los Apóstoles y con los demás discípulos el don del Espíritu, os ayude a vosotros y a cada uno de nosotros, queridos hermanos en el sacerdocio, a dejarnos transformar interiormente por la gracia de Dios. Sólo así es posible ser

imágenes fieles del buen Pastor; sólo así se puede cumplir con alegría la misión de

conocer, guiar y amar la grey que Jesús se ganó al precio de su sangre. Amén.

## MENSAJES

**Mensaje del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
para la XLI Jornada Mundial de las  
Comunicaciones Sociales**

*“Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación”*

*20 de mayo 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

1. El tema de la cuadragésima primera Jornada de las Comunicaciones Sociales, “Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación”, nos invita a reflexionar sobre dos aspectos de suma importancia. Uno es la formación de los niños. El segundo, quizás menos obvio pero no menos importante, es la formación de los medios mismos.

Los complejos desafíos a los que se enfrenta la educación actual están fuertemente relacionados con el influjo penetrante de estos medios en nuestro mundo. Como un aspecto del fenómeno de la globalización e impulsados por el rápido desarrollo tecnológico, los medios marcan profundamente el entorno cultural (cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *El*

*Rápido desarrollo*, 3). De hecho, algunos afirman que la influencia formativa de los medios se contraponen a la de la escuela, de la Iglesia e incluso a la del hogar. “Para muchas personas la realidad corresponde a lo que los medios de comunicación definen como tal” (Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Aetatis novae*, 4).

2. La relación entre los niños, los medios de comunicación y la educación se puede considerar desde dos perspectivas: la formación de los niños por parte de los medios, y la formación de los niños para responder adecuadamente a los medios. Surge entonces como una especie de reciprocidad que apunta a la responsabilidad de los medios como industria, y a la necesidad de una participación crítica y activa por parte de los lectores, televidentes u oyentes. En este contexto, la formación en el recto uso de los medios es esencial para el desarrollo cultural, moral y espiritual de los niños.

¿Cómo se puede promover y proteger este bien común? Educar a los niños para que hagan un buen uso de los medios es responsabilidad de los padres, de la Iglesia y de la escuela. El papel de los padres es de

vital importancia. Éstos tienen el derecho y el deber de asegurar un uso prudente de los medios educando la conciencia de sus hijos, para que sean capaces de expresar juicios serenos y objetivos que después les guíen en la elección o rechazo de los programas propuestos (cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 76). Para llevar a cabo eso, los padres deberían de contar con el estímulo y ayuda de las escuelas y parroquias, asegurando así que este aspecto de la paternidad, difícil pero gratificante, sea apoyado por toda la comunidad.

La educación para los medios debería ser positiva. Cuando se pone a los niños delante de lo que es estética y moralmente excelente se les ayuda a desarrollar la apreciación, la prudencia y la capacidad de discernimiento. En este punto, es importante reconocer el valor fundamental del ejemplo de los padres y el beneficio de introducir a los jóvenes en los clásicos de la literatura infantil, las bellas artes y la música selecta. Si bien la literatura popular siempre tendrá un lugar propio en la cultura, no debería ser aceptada pasivamente la tentación al sensacionalismo en los lugares de enseñanza. La belleza, que es como un espejo de lo divino, inspira y vivifica los corazones y mentes jóvenes, mientras que la fealdad y la tosquedad tienen un impacto deprimente en las actitudes y comportamientos.

La educación para los medios, como toda labor educativa, requiere la formación del ejercicio de la libertad. Se trata de una tarea exigente. Muy a menudo la

libertad se presenta como la búsqueda frenética del placer o de nuevas experiencias. Pero más que de una liberación se trata de una condena. La verdadera libertad nunca condenaría a un individuo -especialmente un niño- a la búsqueda insaciable de la novedad. A la luz de la verdad, la auténtica libertad se experimenta como una respuesta definitiva al "sí" de Dios a la humanidad, que nos llama a elegir lo que es bueno, verdadero y bello, no de un modo discriminado sino deliberadamente. Los padres de familia son, pues, los guardianes de la libertad de sus hijos; y en la medida en que les devuelven esa libertad, los conducen a la profunda alegría de la vida (cf. *Discurso en el V Encuentro Mundial de las Familias*, Valencia, 8 julio 2006).

3. Este profundo deseo de los padres y profesores de educar a los niños en el camino de la belleza, de la verdad y de la bondad, solo será favorecido por la industria de los medios en la medida en que promueva la dignidad fundamental del ser humano, el verdadero valor del matrimonio y de la vida familiar, así como los logros y metas de la humanidad. De ahí que la necesidad de que los medios estén comprometidos en una formación efectiva y éticamente aceptable sea vista con particular interés e incluso con urgencia, no solamente por los padres y profesores, sino también por todos aquéllos que tienen un sentido de responsabilidad cívica.

Si bien afirmamos con certeza que muchos operadores de los medios desean ha-

cer lo que es justo (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales*, 4), debemos reconocer que los comunicadores se enfrentan con frecuencia a “presiones psicológicas y especiales dilemas éticos” (*Aetatis novae*, 19) viendo como a veces la competencia comercial fuerza a rebajar su estándar.

Toda tendencia a producir programas - incluso películas de animación y video juegos- que exaltan la violencia y reflejan comportamientos antisociales o que, en nombre del entretenimiento, trivializan la sexualidad humana, es perversión; y mucho más cuando se trata de programas dirigidos a niños y adolescentes. ¿Cómo se podría explicar este “entretenimiento” a los innumerables jóvenes inocentes que son víctimas realmente de la violencia, la explotación y el abuso? A este respecto, haríamos bien en reflexionar sobre el contraste entre Cristo, que “abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos” (*Mc* 10,16), y aquél que “escandaliza a uno de estos pequeños más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino” (*Lc* 17,2).

Exhorto nuevamente a los responsables de la industria de estos medios para que formen y motiven a los productores a salvaguardar el bien común, a preservar la verdad, a proteger la dignidad humana individual y a promover el respeto por las necesidades de la familia.

4. La Iglesia misma, a la luz del mensaje de salvación que se le ha confiado, es también maestra en humanidad y aprovecha la oportunidad para ofrecer ayuda a los padres, educadores, comunicadores y jóvenes. Las parroquias y los programas escolares, hoy en día, deberían estar a la vanguardia en lo que respecta a la educación para los medios de comunicación social. Sobre todo, la Iglesia desea compartir una visión de la dignidad humana que es el centro de toda auténtica comunicación. “Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita” (*Deus caritas est*, 18).

*Desde la Ciudad del Vaticano, 24 de Enero 2007, Fiesta de San Francisco de Sales.*

## VIAJES APOSTÓLICOS

### *Visita Pastoral a Vigévano y Pavía (21-22 de abril de 2007)*

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a los jóvenes y a los enfermos*

*Plaza de San Ambrosio, Vigévano.  
Sábado 21 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme entre vosotros, y os agradezco vuestra cordial y jubilosa acogida. Al bajar del helicóptero, casi escuché el eco de las campanas de todas las iglesias de la diócesis, que a mediodía repicaron dándome la bienvenida. Os agradezco también este gesto de afecto.

Mi primer encuentro ha sido con los muchachos de las escuelas y de las sociedades deportivas, que acudieron al estadio municipal para acogerme. Además, a lo largo del trayecto he visto a mucha gente. Gracias a todos y a cada uno. He querido iniciar esta peregrinación pastoral a Italia aquí en Vigévano, la única diócesis de Lombardía que no visitó mi predecesor Juan Pablo II. De este modo, es como si reanudara el camino que recorrió él, para seguir llevando a los hombres y mujeres de la amada Italia el anuncio, antiguo y siempre nuevo, que resuena con especial vigor en este tiempo pascual: “¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo está vivo! ¡Cristo está con nosotros hoy y siempre!”.

Saludo al alcalde de esta ciudad, al que agradezco las corteses palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de toda la comunidad civil. También doy las gracias de corazón a quienes han colaborado de varias maneras en la preparación y la realización de esta visita, a la que os habéis preparado especialmente con la oración.

Saludo en particular a las religiosas Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento, con quienes me acabo de encontrar. Su presencia orante constituye para toda la diócesis una invitación a considerar cada vez más la importancia de la Eucaristía, centro y cumbre de la vida de la Iglesia. A estas queridas hermanas, que han consagrado toda su vida al Señor, expreso mi aliento y mi gratitud.

Saludo, asimismo, a los enfermos y, al dirigirme a los presentes, quiero saludar en particular a los que en los pueblos y en las ciudades de la diócesis sufren, atraviesan dificultades o están marginados. Que la protección maternal de la Virgen santísima sea para cada uno apoyo y consuelo en la prueba.

Un saludo especial os dirijo ahora a vosotros, queridos jóvenes reunidos en esta plaza, mientras abrazo espiritualmente a todos los jóvenes de Vigévano y de Lomellina. Queridos amigos, Cristo resu-

citado os renueva a cada uno su invitación a seguirlo. No dudéis en fiaros de él: en contraos con él, escuchadlo, amadlo con todo vuestro corazón; en la amistad con él experimentaréis la verdadera alegría, que da sentido y valor a la existencia.

Queridos hermanos y hermanas, de buen grado hubiera aceptado la invitación a prolongar mi estancia en vuestra diócesis, pero no me es posible; por eso, quiero estrechar en un gran abrazo a todos los habitantes de esta ciudad y de los vicariatos de Mortara, Garlasco, Mede y Cava Manara.

Dentro de poco, reunidos todos espiritualmente en torno al altar para la solemne concelebración eucarística, invocaremos al Señor resucitado pidiéndole que la visita del Sucesor de Pedro suscite en todos los miembros de vuestra comunidad diocesana un renovado fervor espiritual.

Con este deseo, imparto a todos de corazón una bendición apostólica especial.

### Concelebración Eucarística

*Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,*

*Plaza Ducal de Vigévano. Sábado 21 de  
abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

“Echad la red... y encontraréis” (Jn 21, 6).

Hemos escuchado estas palabras de Jesús en el pasaje evangélico que se acaba de proclamar. Se encuentran dentro del relato de la tercera aparición del Resucitado a los discípulos junto a las orillas del mar de Tiberíades, que narra la pesca milagrosa. Después del “escándalo” de la cruz habían regresado a su tierra y a su trabajo de pescadores, es decir, a las actividades que realizaban antes de encontrarse con Jesús. Habían vuelto a la vida anterior y esto da a entender el clima de dispersión y de extravío que reinaba en su comunidad (cf. *Mc* 14, 27; *Mt* 26, 31). Para los discípulos era difícil comprender lo que había acontecido. Pero, cuando todo parecía acabado, nuevamente, como en el camino de Emaús, Jesús sale al encuentro de sus amigos. Esta vez los encuentra en el mar, lugar que hace pensar en las dificultades y las tribulaciones de la vida; los encuentra al amanecer, después de un esfuerzo estéril que había durado toda la noche. Su red estaba vacía. En cierto modo, eso parece el balance de su experiencia con Jesús: lo habían conocido, habían estado con él y él les había prometido muchas cosas. Y, sin embargo, ahora se volvían a encontrar con la red vacía de peces.

Y he aquí que, al alba, Jesús les sale al encuentro, pero ellos no lo reconocen inmediatamente (cf. *Jn* 21, 4). El “alba” en la Biblia indica con frecuencia el momento de intervenciones extraordinarias de Dios. Por ejemplo, en el libro del Éxodo, “llegada la vigilia matutina”, el Señor interviene “desde la columna de fuego y humo” para salvar a su pue-

blo que huía de Egipto (cf. *Ex* 14, 24). También al alba María Magdalena y las demás mujeres que habían corrido al sepulcro encuentran al Señor resucitado.

Del mismo modo, en el pasaje evangélico que estamos meditando, ya ha pasado la noche y el Señor dice a los discípulos, cansados de bregar y decepcionados por no haber pescado nada: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis” (*Jn* 21, 6). Normalmente los peces caen en la red durante la noche, cuando está oscuro, y no por la mañana, cuando el agua ya es transparente. Con todo, los discípulos se fiaron de Jesús y el resultado fue una pesca milagrosamente abundante, hasta el punto de que ya no lograban sacar la red por la gran cantidad de peces recogidos (cf. *Jn* 21, 6).

En ese momento, Juan, iluminado por el amor, se dirige a Pedro y le dice: “Es el Señor” (*Jn* 21, 7). La mirada perspicaz del discípulo a quien Jesús amaba -icono del creyente- reconoce al Maestro presente en la orilla del lago. “Es el Señor”: esta espontánea profesión de fe es, también para nosotros, una invitación a proclamar que Cristo resucitado es el Señor de nuestra vida.

Queridos hermanos y hermanas, ojalá que esta tarde la Iglesia que está en Vigévano repita con el entusiasmo de Juan: Jesucristo “es el Señor”. Ojalá que vuestra comunidad diocesana escuche al Señor que, por medio de mis labios, os repite: “Echa la red, Iglesia de Vigévano, y encontrarás”. En efecto, he venido a

vosotros, sobre todo, para animaros a ser testigos valientes de Cristo.

La confiada adhesión a su palabra es lo que hará fecundos vuestros esfuerzos pastorales. Cuando el trabajo en la viña del Señor parece estéril, como el esfuerzo nocturno de los Apóstoles, no conviene olvidar que Jesús es capaz de cambiar la situación en un instante. La página evangélica que acabamos de escuchar, por una parte, nos recuerda que debemos comprometernos en las actividades pastorales como si el resultado dependiera totalmente de nuestros esfuerzos. Pero, por otra, nos hace comprender que el auténtico éxito de nuestra misión es totalmente don de la gracia.

En los misteriosos designios de su sabiduría, Dios sabe cuándo es tiempo de intervenir. Y entonces, como la dócil adhesión a la palabra del Señor hizo que se llenara la red de los discípulos, así también en todos los tiempos, incluido el nuestro, el Espíritu del Señor puede hacer eficaz la misión de la Iglesia en el mundo.

Queridos hermanos y hermanas, con gran alegría me encuentro entre vosotros: os doy las gracias y os saludo a todos cordialmente. Os saludo como representantes del pueblo de Dios reunido en esta Iglesia particular, que tiene su centro espiritual en la catedral, en cuyo atrio estamos celebrando la Eucaristía.

Saludo con afecto a vuestro obispo, mons. Claudio Baggini, y le agradezco

las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de la celebración. Saludo asimismo al arzobispo metropolitano, cardenal Dionigi Tettamanzi, a los obispos lombardos y a los demás preladados.

Dirijo un cordial saludo en especial a los sacerdotes, felicitándolos por la generosidad con que desempeñan su servicio eclesial, sin escatimar esfuerzos ni trabajos. Extiendo mi saludo a las personas consagradas, a los agentes pastorales y a todos los fieles laicos, cuya valiosa colaboración es indispensable para la vida de las diversas comunidades. Y no puede faltar un afectuoso saludo a los seminaristas, que son la esperanza de la diócesis.

Saludo, asimismo, a las autoridades civiles, a las que agradezco el significativo mensaje de cortesía que manifiesta su presencia.

Por último, mi saludo va a los fieles que se hallan reunidos en las diferentes parroquias para seguir este encuentro mediante la televisión y a todos los que participan en esta asamblea eucarística en las plazas y en las calles adyacentes a esta sugestiva plaza Ducal, al fondo de la cual destaca la artística fachada de la catedral, proyectada por el ilustre obispo de Vigévano, mons. Juan Caramuel, científico de fama europea, de cuyo nacimiento habéis celebrado el 4° centenario en los meses pasados. Esta fachada, con una arquitectura singular, une de forma armoniosa el templo a la plaza y al castillo con su torre, simbolizando así la síntesis admirable de una tradición en

que se mezclan las dos dimensiones de vuestra ciudad: la civil y la religiosa.

“Echad la red... y encontraréis” (Jn 21, 6). Querida comunidad eclesial de Vigévano, ¿qué significa en concreto la invitación de Cristo a “echar la red”? Significa, en primer lugar, como para los discípulos, creer en él y fiarse de su palabra. También a vosotros, como a ellos, Jesús os pide que lo sigáis con fe sincera y firme. Por tanto, poneos a la escucha de su palabra y medítadla cada día. Para vosotros esta dócil escucha encuentra una actuación concreta en las decisiones de vuestro último Sínodo diocesano, que se concluyó en 1999.

Al final de ese camino sinodal, el amado Juan Pablo II, que se encontró con vosotros el 17 de abril de 1999 en una audiencia especial, os exhortó a “bogar mar adentro y a no tener miedo de haceros a la mar” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de abril de 1999, p. 4). Que nunca se apague en vuestro corazón el entusiasmo misionero suscitado en vuestra comunidad diocesana por ese providencial Sínodo, inspirado y querido por el recordado obispo mons. Giovanni Locatelli, que deseaba ardientemente una visita del Papa a Vigévano. Siguiendo las orientaciones fundamentales de ese Sínodo y las directrices de vuestro pastor actual, permaneced unidos entre vosotros y abrid a los amplios horizontes de la evangelización.

Que os sirvan de guía constante estas palabras del Señor: “En esto conoce-

rán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (*Jn* 13, 35). Llevar las cargas los unos de los otros, compartir, colaborar, sentirse corresponsables, es el espíritu que debe animar constantemente a vuestra comunidad. Este estilo de comunión exige la contribución de todos: del obispo y de los sacerdotes, de los religiosos y de las religiosas, de los fieles laicos, de las asociaciones y de los diversos grupos comprometidos en el apostolado. Las parroquias, como teselas de un mosaico, en plena sintonía entre sí, formarán una Iglesia particular viva, orgánicamente insertada en todo el pueblo de Dios.

Las asociaciones, las comunidades y los grupos laicales pueden dar una contribución indispensable a la evangelización, tanto en la formación como en la animación espiritual, caritativa, social y cultural, actuando siempre en armonía con la pastoral diocesana y según las indicaciones del obispo. Os animo también a seguir prestando atención a los jóvenes, tanto a los “cercaños” como a los “alejados”. Desde esta perspectiva, promoved siempre, de modo orgánico y capilar, una pastoral vocacional que ayude a los jóvenes a encontrar el verdadero sentido de su vida.

Y ¿qué decir, por último, de la familia? Es el elemento fundamental de la vida social y, por eso, sólo trabajando en favor de las familias se puede renovar el entramado de la comunidad eclesial -veo que estamos de acuerdo- e incluso de la sociedad civil.

Vuestra tierra es rica en tradiciones religiosas, en fermentos espirituales y en una activa vida cristiana. A lo largo de los siglos, la fe ha forjado su pensamiento, su arte y su cultura, promoviendo solidaridad y respeto a la dignidad humana. Expresiones muy elocuentes de este rico patrimonio vuestro son las ejemplares figuras de sacerdotes y laicos que, con una propuesta de vida arraigada en el Evangelio y en la enseñanza de la Iglesia, han testimoniado, especialmente en el ámbito social de fines del siglo XIX y de los primeros decenios del siglo XX, los auténticos valores evangélicos, como base sólida de una convivencia libre y justa, atenta especialmente a los más necesitados.

Esta luminosa herencia espiritual, redescubierta y alimentada, no puede por menos de representar un punto de referencia seguro para un servicio eficaz al hombre de nuestro tiempo y para un camino de civilización y de auténtico progreso.

“Echad la red... y encontraréis”. Este mandato de Jesús fue dócilmente acogido por los santos, y su existencia experimentó el milagro de una pesca espiritual abundante. Pienso de modo especial en vuestros patronos celestiales: san Ambrosio, san Carlos Borromeo y el beato Mateo Carreri. Pienso también en dos ilustres hijos de esta tierra, cuya causa de beatificación está en curso: el venerable Francesco Pianzola, sacerdote animado por un ardiente espíritu evangélico, que supo salir al encuentro de las

pobrezas espirituales de su tiempo con un valiente estilo misionero, atento a los más alejados y en particular a los jóvenes, y el siervo de Dios Teresio Olivelli, laico de la Acción católica, que murió a los 29 años en el campo de concentración de Hersbruck, víctima sacrificial de una violencia brutal, a la que él opuso tenazmente el ardor de la caridad.

Estas dos figuras excepcionales de discípulos fieles de Cristo constituyen un signo elocuente de las maravillas realizadas por el Señor en la Iglesia de Vigévano. Reflejaos en estos modelos, que ponen de manifiesto la acción de la gracia y son para el pueblo de Dios un estímulo a seguir a Cristo por la senda exigente de la santidad.

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis de Vigévano, mi pensamiento va, por último, a la Madre de Dios, a la que veneráis con el título de *Virgen de la Bozzola*. A ella le encomiendo todas vuestras comunidades, para que obtenga una renovada efusión del Espíritu Santo sobre esta querida diócesis.

La fatigosa, pero estéril pesca nocturna de los discípulos, es una advertencia perenne para la Iglesia de todos los tiempos: nosotros solos, sin Jesús, no podemos hacer nada. En el compromiso apostólico no bastan nuestras fuerzas: sin la gracia divina nuestro trabajo, aunque esté bien organizado, resulta ineficaz.

Oremos juntos para que vuestra comunidad diocesana acoja con alegría el

mandato de Cristo y con renovada generosidad esté dispuesta a “echar” las redes. Entonces experimentará ciertamente una pesca milagrosa, signo del poder dinámico de la palabra y de la presencia del Señor, que incesantemente confiere a su pueblo una “renovada juventud del Espíritu” (cf. *oración colecta*).

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a los jóvenes de la Diócesis de Pavía*

*Plaza de la Catedral, sábado 21 de abril  
de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Después de pasar la tarde en Vigévano, me encuentro ahora con vosotros, en Pavía, en esta plaza, con la majestuosa e imponente catedral del siglo XV como telón de fondo. En esta iglesia, desde hace siglos, se conservan celosamente, como en un cofre, las reliquias de san Siro, primer obispo del siglo III-IV. En este momento esas reliquias se encuentran provisionalmente en la iglesia del Carmen. Os doy las gracias a todos por haberme esperado y por haberme acogido con gran entusiasmo.

En este primer encuentro con vosotros, deseo saludar a la señora alcaldesa y al ministro Mastella, a quienes agradezco las cordiales palabras que me han dirigido. Saludo asimismo a las demás autoridades civiles presentes. Dirijo un

saludo particular al pastor de la diócesis, el obispo Giovanni Giudici, así como a los sacerdotes, las religiosas y los religiosos, y a todos los que se dedican activamente al trabajo pastoral.

Quiero saludaros con especial afecto a vosotros, queridos jóvenes, que habéis acudido en gran número a este primer contacto mío con vuestra diócesis. Vosotros representáis su esperanza y su futuro. Por eso me alegra comenzar mi primera visita precisamente con vosotros. Gracias por vuestra numerosa presencia.

Vengo a vosotros esta tarde para renovaros un anuncio siempre joven, para comunicaros un mensaje que, cuando se lo acoge, cambia la vida, la renueva y la colma. La Iglesia proclama este mensaje con particular alegría en este tiempo pascual: Cristo resucitado está vivo entre nosotros, también hoy. ¡Cuántos coetáneos vuestros en el decurso de la historia, queridos jóvenes, se han encontrado con él y se han convertido en amigos suyos! Lo han seguido fielmente y han dado testimonio de su amor con la propia vida.

Así pues, no tengáis miedo de entregar vuestra vida a Cristo. Él jamás defrauda nuestras expectativas, porque sabe lo que hay en nuestro corazón. Siguiéndolo con fidelidad no os resultará difícil encontrar la respuesta a los interrogantes que embargan vuestra alma: “¿Qué debo hacer? ¿Qué tarea me espera en la vida?”. La Iglesia, que necesita vuestro compromiso para llevar, especialmente a vuestros coetáneos, el anuncio evangélico, os sostiene

en el camino del conocimiento de la fe y del amor a Dios y a los hermanos.

La sociedad, marcada en nuestro tiempo por innumerables cambios sociales, espera vuestra aportación para construir una convivencia común menos egoísta y más solidaria, realmente animada por los grandes ideales de la justicia, la libertad y la paz.

Ésta es vuestra misión, queridos jóvenes amigos. Trabajemos por la justicia, por la paz, por la solidaridad, por la verdadera libertad. Que os acompañe Cristo resucitado y, juntamente con él, la Virgen María, Madre suya y nuestra. Con su ejemplo y su constante intercesión, la Virgen os ayude a no desalentaros en los momentos de fracaso y a confiar siempre en el Señor.

Os agradezco una vez más, de corazón, vuestra presencia y os bendigo a todos con afecto.

¡Buenas noches y hasta mañana!

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a los enfermos, a los médicos y al  
personal del Hospital Policlínico San  
Mateo de Pavía*

*Domingo 22 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

En el programa de mi visita pastoral a Pavía no podía faltar una etapa en el

hospital policlínico “San Mateo” para encontrarme con vosotros, queridos enfermos, que provenís no sólo de la provincia de Pavía sino también de toda Italia. A cada uno le expreso mi cercanía personal y mi solidaridad, a la vez que abrazo espiritualmente también a los enfermos, a los que sufren y a las personas con dificultades que se encuentran en vuestra diócesis y a todos los que los asisten con amorosa solicitud. Quisiera dirigir a todos unas palabras de aliento y de esperanza.

Saludo cordialmente al presidente del hospital policlínico, señor Alberto Guglielmo, y le agradezco las amables palabras que acaba de dirigirme. Mi gratitud se extiende a los médicos, a los enfermeros y a todo el personal que trabaja diariamente aquí. Saludo y expreso mi agradecimiento a los padres camilos, que con gran celo pastoral llevan cada día a los enfermos el consuelo de la fe, así como a las Religiosas de la Providencia, comprometidas en un generoso servicio según el carisma de su fundador, san Luis Scrosoppi. Doy las gracias de corazón a la representante de los enfermos, y también saludo con afecto a los familiares de los enfermos, que con sus seres queridos comparten momentos de preocupación y de espera confiada.

El hospital es un lugar que, en cierto modo, podríamos llamar “sagrado”, donde se experimenta la fragilidad de la naturaleza humana, pero también las enormes potencialidades y recursos del ingenio del hombre y de la técnica al

servicio de la vida. ¡La vida del hombre! Este gran don, por más que se lo explore, sigue siendo siempre un misterio.

Sé que vuestro hospital, el policlínico “San Mateo”, es muy conocido en esta ciudad y en Italia entera, sobre todo por algunas operaciones de vanguardia. Aquí os esforzáis por aliviar el sufrimiento de las personas, con el fin de que puedan recuperar plenamente la salud, y muy a menudo esto sucede, también gracias a los modernos descubrimientos científicos. Aquí se obtienen resultados verdaderamente confortantes. Deseo vivamente que el necesario progreso científico y tecnológico vaya acompañado siempre de la conciencia de promover también, junto con el bien del enfermo, los valores fundamentales, como el respeto y la defensa de la vida en todas sus fases, de los que depende la calidad auténticamente humana de una convivencia.

Encontrándome entre vosotros, pienso de modo espontáneo en Jesús, que durante su existencia terrena siempre mostró una particular atención a los que sufrían, curándolos y dándoles la posibilidad de volver a la vida de relación familiar y social, que la enfermedad había impedido. Pienso también en la primera comunidad cristiana, donde, como leemos durante estos días en los *Hechos de los Apóstoles*, muchas curaciones y prodigios acompañaban la predicación de los Apóstoles. La Iglesia, siguiendo el ejemplo de su Señor, manifiesta siempre una predilección especial por quienes sufren, y, como ha dicho el señor presidente,

ve en el que sufre a Cristo mismo, y no cesa de prestar a los enfermos la ayuda necesaria, la ayuda técnica y el amor humano, consciente de que está llamada a manifestar el amor y la solicitud de Cristo a ellos y a quienes los atienden. El progreso técnico, tecnológico, y el amor humano deben ir siempre juntos.

En este lugar, además, resultan particularmente actuales las palabras de Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25, 40. 45*). En toda persona afectada por la enfermedad, es él mismo quien espera nuestro amor. Ciertamente, el sufrimiento repugna a la sensibilidad humana; pero es verdad que, cuando se lo acoge con amor, con compasión, y está iluminado por la fe, se convierte en una valiosa ocasión que une de manera misteriosa a Cristo Redentor, Varón de dolores, que en la cruz cargó sobre sí el dolor y la muerte del hombre. Con el sacrificio de su vida, redimió el sufrimiento humano y lo transformó en el medio fundamental de la salvación.

Queridos enfermos, encomendad al Señor las molestias y los dolores que debéis afrontar, y en su plan se transformarán en medios de purificación y de redención para todo el mundo. Queridos amigos, os aseguro a cada uno mi recuerdo en la oración y, a la vez que invoco a María santísima, *Salus infirmorum*, Salud de los enfermos, para que os proteja a vosotros y a vuestras familias, a los dirigentes, a los médicos y a toda la comunidad del hospital policlínico, con

afecto os imparto a todos una especial bendición apostólica.

### Concelebración Eucarística

*Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,*

*Pavía, domingo 22 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer por la tarde me encontré con la comunidad diocesana de Vigévano, y el centro de mi visita pastoral fue la concelebración eucarística en la plaza Ducal; hoy tengo la alegría de visitar vuestra diócesis, y también aquí el momento culminante de nuestro encuentro es la santa misa. Saludo con afecto a los hermanos en el episcopado que concelebran conmigo: el cardenal Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Milán; el pastor de vuestra diócesis, monseñor Giovanni Giudici; el obispo emérito, monseñor Giovanni Volta; y los demás prelados de Lombardía.

Agradezco la presencia de los representantes del Gobierno y de las administraciones locales. Dirijo mi saludo cordial a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a las religiosas, a los responsables de las asociaciones laicales, a los jóvenes, a los enfermos y a todos los fieles, y extendiendo mi saludo a toda la población de esta antigua y noble ciudad y de la diócesis.

En el tiempo pascual, la Iglesia nos presenta, domingo tras domingo, algún pasaje de la predicación con que los Apóstoles, en particular san Pedro, después de la Pascua invitaban a Israel a la fe en Jesucristo, el Resucitado, fundando así la Iglesia. En la lectura de hoy, los Apóstoles están ante el Sanedrín, ante la institución que, habiendo declarado a Jesús reo de muerte, no podía tolerar que ese Jesús, mediante la predicación de los Apóstoles, comenzara ahora a actuar nuevamente; no podía tolerar que su fuerza sanadora se manifestara de nuevo y, en torno a este nombre, se reunieran personas que creían en él como el Redentor prometido.

La acusación que se imputa a los Apóstoles es: “Queréis hacer que caiga sobre nosotros la sangre de ese hombre”. San Pedro responde a esa acusación con una breve catequesis sobre la esencia de la fe cristiana: “No, no queremos hacer que su sangre caiga sobre vosotros. El efecto de la muerte y resurrección de Jesús es totalmente diverso. Dios lo hizo “jefe y salvador” de todos, también de vosotros, de su pueblo Israel”. ¿Y a dónde conduce este “jefe”?, ¿qué trae este “salvador”? Él, dice san Pedro, conduce a la conversión, crea el espacio y la posibilidad de recapacitar, de arrepentirse, de recomenzar. Y da el perdón de los pecados, nos introduce en una correcta relación con Dios y, de este modo, en una correcta relación de cada uno consigo mismo y con los demás.

Esta breve catequesis de Pedro no valía sólo para el Sanedrín. Nos habla a

todos, puesto que Jesús, el Resucitado, vive también hoy. Y para todas las generaciones, para todos los hombres, es el “jefe” que precede en el camino, el que muestra el camino, y el “salvador” que justifica nuestra vida. Las dos palabras “conversión” y “perdón de los pecados”, correspondientes a los dos títulos de Cristo “jefe” y “salvador”, son las palabras clave de la catequesis de san Pedro, palabras que en esta hora quieren llegar también a nuestro corazón. Y ¿qué quieren decir?

El camino que debemos seguir, el camino que Jesús nos indica, se llama “conversión”. Pero ¿qué es? ¿Qué es necesario hacer? En toda vida la conversión tiene su forma propia, porque todo hombre es algo nuevo y nadie es una copia de otro. Pero a lo largo de la historia del cristianismo el Señor nos ha mandado modelos de conversión que, si los contemplamos, nos pueden orientar. Por eso podríamos contemplar al mismo san Pedro, a quien el Señor en el Cenáculo le dijo: “Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos” (*Lc 22, 32*). Podríamos contemplar a san Pablo como a un gran convertido.

La ciudad de Pavía habla de uno de los más grandes convertidos de la historia de la Iglesia: san Aurelio Agustín. Murió el 28 de agosto del año 430 en la ciudad portuaria de Hipona, en África, entonces rodeada y asediada por los vándalos. Tras gran confusión de una historia agitada, el rey de los longobardos consiguió sus restos mortales para la ciudad de

Pavía, de forma que ahora él pertenece de modo particular a esta ciudad, y en ella y desde ella nos habla a todos, a la humanidad entera, pero de manera especial a todos nosotros.

En su libro *Las Confesiones*, san Agustín ilustró de modo conmovedor el camino de su conversión, que alcanzó su meta con el bautismo que le administró el obispo san Ambrosio en la catedral de Milán. Quien lee *Las Confesiones* puede compartir el camino que Agustín, en una larga lucha interior, debió recorrer para recibir finalmente, en la noche de Pascua del año 387, en la pila bautismal, el sacramento que marcó el gran cambio de su vida.

Siguiendo atentamente el desarrollo de la vida de san Agustín se puede ver que su conversión no fue un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino. Y se puede ver que este camino no había terminado en la pila bautismal. Como antes del bautismo, también después de él la vida de Agustín siguió siendo, aunque de modo diverso, un camino de conversión, hasta en su última enfermedad, cuando hizo colgar en la pared los salmos penitenciales para tenerlos siempre delante de los ojos; cuando no quiso recibir la Eucaristía, para recorrer una vez más la senda de la penitencia y recibir la salvación de las manos de Cristo como don de la misericordia de Dios. Así, podemos hablar con razón de las “conversiones” de Agustín que, de hecho, fueron una única gran conversión, primero buscando el

rostro de Cristo y después caminando con él.

Quisiera hablar brevemente de tres grandes etapas en este camino de conversión, de tres “conversiones”. *La primera conversión fundamental* fue el camino interior hacia el cristianismo, hacia el “sí” de la fe y del bautismo. ¿Cuál fue el aspecto esencial de este camino? Agustín, por una parte, era hijo de su tiempo, condicionado profundamente por las costumbres y las pasiones dominantes en él, así como por todos los interrogantes y problemas de un joven. Vivía como todos los demás y, sin embargo, había en él algo diferente: fue siempre una persona que estaba en búsqueda. No se contentó jamás con la vida como se presentaba y como todos la vivían. La cuestión de la verdad lo atormentaba siempre. Quería encontrar la verdad. Quería saber qué es el hombre; de dónde proviene el mundo; de dónde venimos nosotros mismos, a dónde vamos y cómo podemos encontrar la vida verdadera. Quería encontrar la vida correcta, y no simplemente vivir a ciegas, sin sentido y sin meta. La pasión por la verdad es la verdadera palabra clave de su vida. Realmente, lo guiaba la pasión por la verdad.

Y hay, además, una peculiaridad. No le bastaba lo que no llevaba el nombre de Cristo. Como él mismo nos dice, el amor a este nombre lo había bebido con la leche materna (cf. *Las Confesiones* III, 4, 8). Y siempre había creído -unas veces vagamente, otras con más claridad- que Dios existe y se interesa por nosotros (cf.

*Las Confesiones* VI, 5, 8). Pero la gran lucha interior de sus años juveniles fue conocer verdaderamente a este Dios y familiarizarse realmente con Jesucristo y llegar a decirle “sí” con todas sus consecuencias.

Nos cuenta que, a través de la filosofía platónica, había aprendido y reconocido que “en el principio estaba el Verbo”, el *Logos*, la razón creadora. Pero la filosofía, que le mostraba que el principio de todo es la razón creadora, no le indicaba ningún camino para alcanzarlo; este *Logos* permanecía lejano e intangible. Sólo en la fe de la Iglesia encontró después la segunda verdad esencial: el Verbo, el *Logos*, se hizo carne. Y así nos toca y nosotros lo tocamos. A la humildad de la encarnación de Dios debe corresponder -éste es el gran paso- la humildad de nuestra fe, que abandona la soberbia pedante y se inclina, entrando a formar parte de la comunidad del cuerpo de Cristo; que vive con la Iglesia y sólo así entra en comunión concreta, más aún, corpórea, con el Dios vivo. No creo necesario decir cuánto nos atañe todo esto: ser personas que buscan, sin contentarse con lo que todos dicen y hacen. No apartar la mirada del Dios eterno y de Jesucristo. Aprender la humildad de la fe en la Iglesia corpórea de Jesucristo, del *Logos* encarnado.

*La segunda conversión* de Agustín nos la describe al final del segundo libro de *Las Confesiones* con las palabras: “Aterrado por mis pecados, y por la carga de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; pero tú me

detuviste, y me animaste diciendo que Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió (2 Co 5, 15)” (*Las Confesiones* X, 43, 70).

¿Qué había sucedido? Después de su bautismo, Agustín había decidido volver a África, donde había fundado, junto con sus amigos, un pequeño monasterio. Ahora su vida debía dedicarse totalmente a hablar con Dios y a la reflexión y contemplación de la belleza y de la verdad de su Palabra. Así, pasó tres años felices, durante los cuales creía haber llegado a la meta de su vida; en ese período nació una serie de valiosas obras filosófico-teológicas.

En 391, cuatro años después de su bautismo, fue a la ciudad portuaria de Hipona para encontrarse con un amigo, a quien quería conquistar para su monasterio. Pero en la liturgia dominical, en la que participó en la catedral, lo reconocieron. El obispo de la ciudad, un hombre proveniente de Grecia, que no hablaba bien el latín y tenía dificultad para predicar, dijo en su homilía que tenía la intención de elegir a un sacerdote para encomendarle también la tarea de predicación. Inmediatamente la gente aferró a Agustín y a la fuerza lo llevó delante, para que fuera consagrado sacerdote al servicio de la ciudad.

Inmediatamente después de su consagración forzada, Agustín escribió al obispo Valerio: “Me sentí como uno que no sabe manejar el remo y a quien, sin em-

bargo, le asignan el segundo lugar al timón... De ahí surgieron las lágrimas que algunos hermanos me vieron derramar en la ciudad durante mi ordenación” (*Epist.* 21, 1 s).

El hermoso sueño de vida contemplativa se había esfumado; la vida de Agustín había cambiado fundamentalmente. Ahora ya no podía dedicarse sólo a la meditación en la soledad. Debía vivir con Cristo para todos. Debía traducir sus conocimientos y sus pensamientos sublimes en el pensamiento y en el lenguaje de la gente sencilla de su ciudad. No pudo escribir la gran obra filosófica de toda una vida, con la que había soñado. En su lugar, nos dejó algo más valioso: el Evangelio traducido al lenguaje de la vida diaria y de sus sufrimientos.

Así describe lo que desde entonces constituía su vida diaria: “Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, confutar a los opositores..., estimular a los negligentes, frenar a los pendencieros, ayudar a los necesitados, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos” (cf. *Serm.* 340, 3). “Predicar continuamente, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una carga enorme, un gran peso, un trabajo inmenso” (*Serm.* 339, 4).

Ésta fue la segunda conversión que este hombre, luchando y sufriendo, debió realizar continuamente: estar allí siempre a disposición de todos, no buscando su propia perfección; siempre,

junto con Cristo, dar su vida para que los demás pudieran encontrarlo a él, la verdadera vida.

Hay una *tercera etapa decisiva en el camino de conversión* de san Agustín. Después de su ordenación sacerdotal, había pedido un período de vacaciones para poder estudiar más a fondo las sagradas Escrituras. Su primer ciclo de homilías, después de esta pausa de reflexión, versó sobre el Sermón de la montaña; en él explicaba el camino de la vida recta, “de la vida perfecta” indicada de modo nuevo por Cristo; la presentaba como una peregrinación al monte santo de la palabra de Dios. En esas homilías se puede percibir aún todo el entusiasmo de la fe recién encontrada y vivida: la firme convicción de que el bautizado, viviendo totalmente según el mensaje de Cristo, puede ser, precisamente, “perfecto”, según el Sermón de la montaña.

Unos veinte años después, Agustín escribió un libro titulado *Las Retracciones*, en el que analiza de modo crítico las obras que había publicado hasta ese momento, realizando correcciones donde, mientras tanto, había aprendido cosas nuevas. Con respecto al ideal de la perfección, en sus homilías sobre el Sermón de la montaña anota: “Mientras tanto, he comprendido que sólo uno es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña sólo se han realizado en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, en cambio, -todos nosotros, incluidos los Apóstoles-, debemos orar cada

día: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”” (cf. *Retract.* I, 19, 1-3).

San Agustín había aprendido un último grado de humildad, no sólo la humildad de insertar su gran pensamiento en la fe humilde de la Iglesia, no sólo la humildad de traducir sus grandes conocimientos en la sencillez del anuncio, sino también la humildad de reconocer que él mismo y toda la Iglesia peregrinante necesitaba y necesita continuamente la bondad misericordiosa de un Dios que perdona; y nosotros -añadía- nos asemejamos a Cristo, el único Perfecto, en la medida más grande posible cuando somos como él personas misericordiosas. En esta hora demos gracias a Dios por la gran luz que irradia la sabiduría y la humildad de san Agustín, y pidamos al Señor que nos conceda a todos, día a día, la conversión necesaria, y así nos conduzca a la verdadera vida. Amén.

### *Regina Caeli*

*Pavía, domingo 22 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de concluir esta celebración, deseo dar las gracias a todos los que la han preparado y animado con esmero y devoción. Dirijo un saludo afectuoso a las personas ancianas y enfermas que han seguido la santa misa mediante la radio y la televisión, así como a las comunidades

de clausura y a todos los que, por diversos motivos, no han podido estar aquí y se han unido espiritualmente a nosotros. En particular, recuerdo a los reclusos de la cárcel de Torre del Gallo, que me han escrito una hermosa carta.

Entre los presentes quisiera saludar de nuevo a los jóvenes, tanto a los de Pavía como a los que han venido de las diócesis cercanas. Queridos muchachos y muchachas, os deseo que descubráis cada vez más la alegría de seguir a Jesús y de convertirlos en amigos suyos. Es la alegría de Pedro y de los demás Apóstoles, de los santos y de las santas de todos los tiempos. Es la misma alegría que me impulsó a escribir el libro *Jesús de Nazaret*, recién publicado. Para los más jóvenes resultará un poco ardua su lectura, pero idealmente os lo entrego a vosotros, para que acompañe el camino de fe de las nuevas generaciones.

Pensando en los jóvenes, me complace recordar que hoy se celebra en Italia la Jornada de la Universidad católica del Sagrado Corazón. Es una cita significativa, porque la Universidad católica constituye un punto de referencia para la comunidad eclesial y da una valiosa contribución científica, cultural y formativa a todo el país.

Dirijamos ahora la mente y el corazón a la Virgen María. A ella le encomiendo toda la diócesis de Pavía, que la venera en tantos santuarios y lugares de oración. A su protección materna encomiendo cada comunidad y cada familia, especialmente

las situaciones de mayor dificultad. Que María santísima obtenga a todos paz y consuelo. Invoquémosla cantando juntos la antifona del tiempo de Pascua.

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al mundo de la cultura en la  
Universidad de Pavía*

*Domingo 22 de abril de 2007*

Rector magnífico;  
ilustres profesores;  
queridos estudiantes:

Mi visita pastoral a Pavía, aun siendo breve, no podía menos de incluir una etapa en esta universidad, que constituye desde hace siglos un elemento característico de vuestra ciudad. Por eso, me alegra estar entre vosotros para este encuentro, al que atribuyo un valor particular, pues también yo vengo del mundo académico.

Saludo cordialmente a los profesores y, en primer lugar, al rector, profesor Angiolino Stella, a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Saludo a los estudiantes y, de modo especial, al joven que se ha hecho portavoz de los sentimientos de los demás universitarios. Me ha asegurado vuestra valentía en la entrega a la verdad, vuestra valentía para buscar más allá de los límites de lo conocido, para no rendiros ante la debilidad de la razón. Y agradezco mu-

cho estas palabras. Saludo también y expreso mis mejores deseos a todos los que forman parte de vuestra comunidad académica y hoy no han podido estar aquí presentes.

Vuestra universidad es una de las más antiguas e ilustres de Italia. Como ha dicho el rector magnífico, entre sus docentes ha tenido personalidades destacadas, como Alessandro Volta, Camillo Golgi y Carlo Forlanini. Me complace recordar también que por vuestro ateneo han pasado profesores y alumnos que han alcanzado una eminente talla espiritual, como Michele Ghislieri, que llegó a ser el Papa san Pío V, san Carlos Borromeo, san Alejandro Sauli, san Ricardo Pampuri, santa Gianna Beretta Molla, el beato Contardo Ferrini y el siervo de Dios Teresio Olivelli.

Queridos amigos, toda universidad tiene por naturaleza una vocación comunitaria, pues es precisamente una *universitas*, una comunidad de profesores y alumnos comprometidos en la búsqueda de la verdad y en la adquisición de competencias culturales y profesionales superiores. La centralidad de la persona y la dimensión comunitaria son dos polos igualmente esenciales para un enfoque correcto de la *universitas studiorum*. Toda universidad debería conservar siempre la fisonomía de un centro de estudios “a medida del hombre”, en el que la persona del alumno salga del anonimato y pueda cultivar un diálogo fecundo con los profesores, que los estimule a crecer desde el punto de vista cultural y humano.

De este enfoque se derivan algunas aplicaciones relacionadas entre sí. Ante todo, es verdad que sólo poniendo en el centro a la persona y valorando el diálogo y las relaciones interpersonales se puede superar la fragmentación de las disciplinas derivada de la especialización y recuperar la perspectiva unitaria del saber. Las disciplinas tienden naturalmente, y con razón, a la especialización, mientras que la persona necesita unidad y síntesis.

En segundo lugar, es de fundamental importancia que el compromiso de la investigación científica se abra al interrogante existencial del sentido de la vida misma de la persona. La investigación tiende al conocimiento, mientras que la persona necesita también la sabiduría, es decir, la ciencia que se manifiesta en el “saber vivir”.

En tercer lugar, la relación didáctica sólo puede llegar a ser relación educativa, un camino de maduración humana, si se valora a la persona y las relaciones interpersonales. En efecto, la estructura privilegia la comunicación, mientras que las personas aspiran a la participación.

Sé que esta atención a la persona, a su experiencia integral de vida y a su tendencia a la comunión, está muy presente en la actividad pastoral de la Iglesia en Pavía en el ámbito cultural. Lo atestigua la labor de los Colegios universitarios de inspiración cristiana. Entre estos, quisiera recordar también yo el Colegio Borromeo, impulsado por san Carlos Borromeo, cuya bula de fundación es del Papa Pío IV, y el Colegio Santa Catalina, fundado por la

diócesis de Pavía por voluntad del siervo de Dios Pablo VI, con una contribución decisiva de la Santa Sede.

En este sentido, también es importante la labor de las parroquias y de los movimientos eclesiales, en particular del Centro universitario diocesano y de la FUCI, que tienen como finalidad acoger a la persona en su integridad, proponer caminos armónicos de formación humana, cultural y cristiana, y ofrecer espacios de participación, de confrontación y de comunión.

Quisiera aprovechar esta ocasión para invitar a los alumnos y a los profesores a no sentirse sólo objeto de atención pastoral, sino también a participar activamente y a contribuir al proyecto cultural de inspiración cristiana que la Iglesia promueve en Italia y en Europa.

Al encontrarme con vosotros, queridos amigos, me viene espontáneo pensar en san Agustín, copatrono de esta universidad, juntamente con santa Catalina de Alejandría. El camino existencial e intelectual de san Agustín testimonia la fecunda interacción que existe entre la fe y la cultura. San Agustín estaba impulsado por el deseo incansable de encontrar la verdad, de descubrir qué es la vida, de saber cómo vivir, de conocer al hombre. Y, precisamente a causa de su pasión por el hombre, buscaba necesariamente a Dios, porque sólo a la luz de Dios puede manifestarse también plenamente la grandeza del hombre, la belleza de la aventura de ser hombre.

Al inicio, este Dios le parecía muy lejano. Luego lo encontró. Ese Dios grande, inaccesible, se hizo cercano, uno de nosotros. El gran Dios es nuestro Dios, es un Dios con rostro humano. Así, la fe en Cristo no puso fin a su filosofía, a su audacia intelectual; al contrario, lo estimuló aún más a buscar la profundidad del ser humano y a ayudar a los demás a vivir bien, a encontrar la vida, el arte de vivir. Esto era para él la filosofía: saber vivir, con toda la razón, con toda la profundidad de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, y dejarse guiar en el camino de la verdad, que es un camino de valentía, de humildad, de purificación permanente.

Toda la búsqueda de san Agustín encontró cumplimiento en la fe en Cristo, pero en el sentido de que siempre permaneció en camino. Más aún, nos dice: incluso en la eternidad proseguirá nuestra búsqueda; será una aventura eterna descubrir nuevas grandezas, nuevas bellezas. Al interpretar las palabras del Salmo: “Buscad siempre su rostro”, dijo: esto vale para la eternidad; y la belleza de la eternidad consiste en que no es una realidad estática, sino un progreso inmenso en la inmensa belleza de Dios. Así pudo encontrar a Dios como la razón fundante, pero también como el amor que nos abraza, nos guía y da sentido a la historia y a nuestra vida personal.

Esta mañana expliqué que ese amor a Cristo dio forma a su compromiso personal. De una vida planteada como búsqueda pasó a una vida totalmente entregada

a Cristo y así a una vida para los demás. Descubrió -esta fue su *segunda conversión*- que convertirse a Cristo significa no vivir ya para sí mismos, sino estar realmente al servicio de todos.

San Agustín ha de ser para nosotros, precisamente también para el mundo académico, modelo de diálogo entre la razón y la fe, modelo de un diálogo amplio, que sólo puede buscar la verdad y así también la paz. Como afirmó mi venerado predecesor Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*, “el Obispo de Hipona consiguió hacer la primera gran síntesis del pensamiento filosófico y teológico, en la que confluían las corrientes del pensamiento griego y latino. En él, además, la gran unidad del saber, que encontraba su fundamento en el pensamiento bíblico, fue confirmada y sostenida por la profundidad del pensamiento especulativo” (n. 40).

Por eso, invoco la intercesión de san Agustín para que la Universidad de Pavia se distinga siempre por una atención especial a la persona, por una acentuada dimensión comunitaria en la investigación científica y por un fecundo diálogo entre la fe y la cultura.

Os agradezco vuestra presencia y, a la vez que os expreso mis mejores deseos de éxito en vuestros estudios, imparto a todos mi bendición, que hago extensiva a vuestros familiares y a vuestros seres queridos.

## Celebración de Vísperas

*Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI*

*Pavía, domingo 22 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

En su momento conclusivo, mi visita a Pavía toma la forma de una peregrinación. Es la forma en que yo la había concebido al inicio, pues deseaba venir a venerar los restos mortales de san Agustín, para rendir el homenaje de toda la Iglesia católica a uno de sus “padres” más destacados, así como para manifestar mi devoción y mi gratitud personal hacia quien ha desempeñado un papel tan importante en mi vida de teólogo y pastor, pero antes aún de hombre y sacerdote.

Con afecto renuevo mi saludo al obispo Giovanni Giudici y lo extiendo en particular al prior general de los agustinos, padre Robert Francis Prevost, al padre provincial y a toda la comunidad agustina. Con alegría os saludo a todos vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos consagrados y seminaristas.

La Providencia ha querido que mi viaje asumiera el carácter de una auténtica visita pastoral; por eso, en esta etapa de oración quisiera recoger aquí, junto al sepulcro del *Doctor gratiae*, un mensaje significativo para el camino de la Iglesia. Este mensaje nos viene del encuentro

entre la palabra de Dios y la experiencia personal del gran obispo de Hipona.

Hemos escuchado la breve lectura bíblica de las segundas Vísperas del tercer domingo de Pascua (*Hb* 10, 12-14): la carta a los Hebreos nos ha presentado a Cristo, sumo y eterno sacerdote, exaltado a la gloria del Padre después de haberse ofrecido a sí mismo como único y perfecto sacrificio de la nueva alianza, con el que se llevó a cabo la obra de la Redención. San Agustín fijó su mirada en este misterio y en él encontró la Verdad que tanto buscaba: Jesucristo, el Verbo encarnado, el Cordero inmolado y resucitado, es la revelación del rostro de Dios Amor a todo ser humano en camino por las sendas del tiempo hacia la eternidad.

En un pasaje que se puede considerar paralelo al que se acaba de proclamar de la carta a los Hebreos, el apóstol san Juan escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (*1 Jn* 4, 10). Aquí radica el corazón del Evangelio, el núcleo central del cristianismo. La luz de este amor abrió los ojos de san Agustín, le hizo encontrar la “belleza antigua y siempre nueva” (*Las Confesiones*, X, 27), en la cual únicamente encuentra paz el corazón del hombre.

Queridos hermanos y hermanas, aquí, ante la tumba de san Agustín, quisiera volver a entregar idealmente a la Iglesia y al mundo mi primera encíclica, que con-

tiene precisamente este mensaje central del Evangelio: *Deus caritas est*, “Dios es amor” (1 Jn 4, 8. 16). Esta encíclica, y sobre todo su primera parte, debe mucho al pensamiento de san Agustín, que fue un enamorado del amor de Dios, y lo cantó, meditó, predicó en todos sus escritos, y sobre todo lo testimonió en su ministerio pastoral.

Siguiendo las enseñanzas del concilio Vaticano II y de mis venerados predecesores Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, estoy convencido de que la humanidad contemporánea necesita este mensaje esencial, encarnado en Cristo Jesús: Dios es amor. Todo debe partir de esto y todo debe llevar a esto: toda actividad pastoral, todo tratado teológico. Como dice san Pablo: “Si no tengo caridad, nada me aprovecha” (cf. 1 Co 13, 3). Todos los carismas carecen de sentido y de valor sin el amor; en cambio, gracias al amor todos ellos contribuyen a edificar el Cuerpo místico de Cristo.

El mensaje que repite también hoy san Agustín a toda la Iglesia, y en particular a esta comunidad diocesana que con tanta veneración conserva sus reliquias, es el siguiente: el Amor es el alma de la vida de la Iglesia y de su actividad pastoral. Lo hemos escuchado esta mañana en el diálogo entre Jesús y Simón Pedro: “¿Me amas?... Apacienta mis ovejas” (cf. Jn 21, 15-17). Sólo quien vive en la experiencia personal del amor del Señor es capaz de cumplir la tarea de guiar y acompañar a los demás en el camino del seguimiento de Cristo. Al igual que san Agustín,

os repito esta verdad a vosotros como Obispo de Roma, mientras con alegría siempre nueva la acojo juntamente con vosotros como cristiano.

Servir a Cristo es ante todo una cuestión de amor. Queridos hermanos y hermanas, vuestra pertenencia a la Iglesia y vuestro apostolado deben brillar siempre por la ausencia de cualquier interés individual y por la adhesión sin reservas al amor de Cristo. Los jóvenes, en especial, necesitan recibir el anuncio de la libertad y la alegría, cuyo secreto radica en Cristo. Él es la respuesta más verdadera a las expectativas de sus corazones inquietos por los numerosos interrogantes que llevan en su interior. Sólo en él, Palabra pronunciada por el Padre para nosotros, se encuentra la unión entre la verdad y el amor, en la que se encuentra el sentido pleno de la vida. San Agustín vivió personalmente y analizó a fondo los interrogantes que el hombre alberga en su corazón y sondeó la capacidad que tiene de abrirse al infinito de Dios.

Siguiendo las huellas de san Agustín, también vosotros debéis ser una Iglesia que anuncie con valentía la “buena nueva” de Cristo, su propuesta de vida, su mensaje de reconciliación y perdón. He visto que vuestro primer objetivo pastoral consiste en llevar a las personas a la madurez cristiana. Aprecio esta prioridad que otorgáis a la formación personal, porque la Iglesia no es una simple organización de manifestaciones colectivas, ni lo opuesto, la suma de individuos que viven una religiosidad privada. La Iglesia

es una comunidad de personas que creen en el Dios de Jesucristo y se comprometen a vivir en el mundo el mandamiento de la caridad que él nos dejó. Por tanto, es una comunidad en la que se nos educa en el amor, y esta educación se lleva a cabo no a pesar de los acontecimientos de la vida, sino a través de ellos. Así fue para san Pedro, para san Agustín y para todos los santos. Y así es también para nosotros.

La maduración personal, animada por la caridad eclesial, permite también crecer en el discernimiento comunitario, es decir, en la capacidad de leer e interpretar el tiempo presente a la luz del Evangelio, para responder a la llamada del Señor. Os exhorto a progresar en el testimonio personal y comunitario del amor con obras. El servicio de la caridad, que con razón concebís siempre unido al anuncio de la Palabra y a la celebración de los sacramentos, os llama y a la vez os estimula a estar atentos a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos.

Os aliento a tratar de alcanzar el “alto grado” de la vida cristiana, que encuentra en la caridad el vínculo de la perfección y que debe traducirse también en un estilo de vida moral inspirado en el Evangelio, inevitablemente contra corriente con respecto a los criterios del mundo, pero que es preciso testimoniar siempre de modo humilde, respetuoso y cordial.

Queridos hermanos y hermanas, para mí ha sido un don, realmente un don, compartir con vosotros esta visita a la tumba de san Agustín; vuestra presencia ha dado a mi peregrinación un sentido eclesial más concreto. Recomendemos desde aquí llevando en nuestro corazón la alegría de ser discípulos del Amor.

Que nos acompañe siempre la Virgen María, a cuya maternal protección os encomiendo a cada uno de vosotros y a vuestros seres queridos, a la vez que con gran afecto os imparto la bendición apostólica.

*Viaje apostólico a Brasil con ocasión de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe (9-14 de mayo de 2007)*

*Entrevista concedida por el Santo Padre a los periodistas durante el vuelo hacia Brasil*

*Miércoles 9 de mayo de 2007*

**Papa:** Buenos días. Estamos sobrevolando el Sahara y vamos hacia el “continente de la esperanza”. Yo voy con gran alegría, con muchas esperanzas, a este encuentro con América Latina. Tenemos varios momentos significativos: primero en São Paulo, el encuentro con la juventud; y luego, también en São Paulo, la canonización del primer santo nacido en Brasil, que también me parece una manifestación importante de lo que quiere significar este viaje. Se trata de un santo franciscano que encarnó en Brasil el carisma franciscano y es conocido como un santo de reconciliación y paz. Por tanto, es un signo importante de una personalidad que supo crear paz y así también coherencia social y humana.

Asimismo, otro encuentro importante, en la “Hacienda de la esperanza” (*n.d.r.*, la comunidad de recuperación de drogadictos que el Papa visitaría el sábado por la mañana), un lugar donde se manifiesta la fuerza de curación que posee la fe y que ayuda a abrir los horizontes de la vida. Todos estos problemas de droga, etc., nacen precisamente de una falta de esperanza en el futuro. Es la fe la que abre el futuro y así también sabe curar. Por consiguiente, me parece que

es muy importante esta fuerza de curar y de dar esperanza, abriendo un horizonte para el futuro.

Y, por último, el momento que constituye la finalidad principal de este viaje: el encuentro con los obispos que participan en la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe. Es un encuentro que, de por sí, tiene un contenido específicamente religioso: dar la vida en Cristo y ser discípulos de Cristo, sabiendo que todos queremos tener la vida, pero la vida no es plena si no tiene un contenido en sí y además una dirección que seguir. En este sentido, responde a la misión religiosa de la Iglesia y también abre la mirada a las condiciones necesarias para las soluciones a los grandes problemas sociales y políticos de América Latina.

La Iglesia como tal no hace política -respetamos la laicidad-, pero ofrece las condiciones en las que puede madurar una sana política, con la consiguiente solución de los problemas sociales. Por tanto, queremos hacer que los cristianos tomen conciencia del don de la fe, de la alegría de la fe, gracias a la cual es posible conocer a Dios y así conocer también el porqué de nuestra vida. De este modo, los cristianos pueden ser testigos de Cristo y aprender tanto las virtudes personales necesarias como las grandes virtudes sociales: el sentido de la legalidad, que es decisivo para la formación de la

sociedad. Conocemos los problemas de América Latina, pero precisamente queremos movilizar esas capacidades, esas fuerzas morales que existen, las fuerzas religiosas, para responder así a la misión específica de la Iglesia y a nuestra responsabilidad universal con respecto al hombre como tal y con respecto a la sociedad como tal.

**Santidad, ¿la Iglesia puede hacer algo para superar la violencia, que en Brasil alcanza dimensiones inaceptables?**

**Papa:** Quien tiene fe en Cristo, quien tiene la fe en este Dios que es reconciliación y que con la cruz ha puesto el signo más fuerte contra la violencia, no es violento y ayuda a los demás a superar la violencia. Por eso, lo mejor que podemos hacer es educar en la fe en Cristo, educar a asimilar el mensaje que brota de la persona de Cristo. Ser realmente hombre o mujer de fe significa automáticamente resistir a la violencia; y esto moviliza las fuerzas contra ella.

**Santidad, en Brasil hay una propuesta de referéndum sobre el tema del aborto. En la ciudad de México hace dos semanas se despenalizó el aborto. ¿Qué puede hacer la Iglesia para frenar esta tendencia, para que no se extienda a otros países latinoamericanos, teniendo presente que en México incluso el Papa ha sido acusado de injerencia por haber apoyado a los obispos? ¿Está de acuerdo con la Iglesia mexicana en que los parlamentarios que aprueban estas leyes que**

**van contra los valores de Dios deben ser excomulgados?**

**Papa:** Hay una gran lucha de la Iglesia en favor de la vida. Vosotros sabéis que el Papa Juan Pablo II hizo de ella un punto fundamental de todo su pontificado. Escribió una gran encíclica sobre el evangelio de la vida. Naturalmente, seguimos difundiendo este mensaje según el cual la vida es un don y no una amenaza. Me parece que en la raíz de esas legislaciones está, por una parte, cierto egoísmo y, por otra, también una duda sobre el valor de la vida, sobre la belleza de la vida y también una duda sobre el futuro. Y a estas dudas la Iglesia responde sobre todo diciendo: la vida es hermosa, no es algo dudoso, sino un don; incluso en situaciones difíciles la vida sigue siendo siempre un don. Por tanto, es preciso volver a despertar esta conciencia de la belleza del don de la vida. Además, está la duda sobre el futuro: naturalmente, hay muchas amenazas en el mundo, pero la fe nos da la certeza de que Dios siempre es más fuerte y sigue estando presente en la historia, y de que, por consiguiente, también podemos dar con confianza la vida a nuevos seres humanos. Con la conciencia que la fe nos da sobre la belleza de la vida y sobre la presencia providente de Dios en nuestro futuro, podemos resistir a los miedos que están en la raíz de esas legislaciones.

**Santidad, notamos que en sus discursos se hace referencia al relativismo de Europa, a la pobreza de África, pero se echa un poco de menos América Latina,**

¿tal vez porque no es una preocupación? ¿o usted le dedicará en el futuro alguna palabra más específica? (televisión brasileña).

**Papa:** No, yo amo mucho a América Latina; he hecho muchas visitas a América Latina y tengo muchos amigos; conozco cuán grandes son sus problemas y, por otra parte, cuán grande es la riqueza de este continente. En este período son “predominantes” los problemas de Oriente Medio, de Tierra Santa, de Irak, etc. Por decirlo así, existe una prioridad inmediata, que es preciso tener en cuenta. Como sabemos, también son enormes los sufrimientos de África. Pero no me preocupan menos los problemas de América Latina, porque no amo menos a América Latina, el gran -más aún, el mayor- continente católico, que por eso también constituye la mayor responsabilidad para un Papa. Así pues, me alegra que haya llegado para mí el momento de ir a América Latina, de confirmar el compromiso asumido por Pablo VI y Juan Pablo II, y de seguir en la misma línea. Naturalmente, el Papa desea que, además de ser un continente católico, sea también un continente ejemplar, donde se resuelvan de modo adecuado los problemas humanos, que son grandes. Y se trabaja juntamente con los Episcopados, los sacerdotes, los religiosos y los laicos, para que este gran continente católico sea realmente también un continente de vida y de esperanza. Para mí esta es una prioridad de primer orden.

**Santidad, en su discurso de llegada dice que se trata de formar cristianos**

dando indicaciones morales y que luego ellos deciden libre y conscientemente. ¿Comparte usted la excomunión que se ha dado a los diputados de la ciudad de México sobre la cuestión del aborto?

**Papa:** La excomunión no es algo arbitrario; está previsto en el Código (n.d.r., Código de derecho canónico). Por tanto, en el derecho canónico está claramente escrito que matar a un niño inocente es incompatible con ir a la Comunión, en la que se recibe el Cuerpo de Cristo. Por consiguiente, no se ha inventado algo nuevo, algo sorprendente o arbitrario. Sólo se ha recordado públicamente lo que está previsto en el derecho de la Iglesia, en un derecho que se basa en la doctrina y en la fe de la Iglesia, en nuestro aprecio por la vida y por la individualidad humana, desde el primer momento.

**¿Se siente suficientemente apoyado por los alemanes? ¿No siente un poco de nostalgia de Alemania?**

**Papa:** Me ha preguntado si me siento suficientemente apoyado por los alemanes y también si siento un poco de nostalgia de Alemania. Sí, me siento suficientemente apoyado; es normal que en un país mixto (protestante y católico), no todos los bautizados estén de acuerdo con el Papa; esto es totalmente normal. Pero me parece que existe un gran apoyo, también de personas que pertenecen a la parte no católica de Alemania. Por tanto, sí, existe el apoyo y me ayuda. Amo a mi patria, pero también amo a Roma, y ahora soy ciudadano del mundo. Así,

en todas partes estoy en casa y me siento cercano a mi país, como a todos los demás.

**Buenos días, Santidad.** En su libro *Jesús de Nazaret* habla de una dramática crisis de fe. En América Latina tal vez no haya esta dramática crisis de fe, pero sí un debilitamiento. La teología de la liberación se ha sustituido con la teología de las sectas protestantes, que prometen paraísos baratos de la fe, y la Iglesia católica pierde fieles. ¿Cómo frenar esta hemorragia de fieles católicos?

**Papa:** Esta es nuestra preocupación común. Precisamente en esta V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe queremos encontrar respuestas convincentes y ya se trabaja con este fin. El éxito de las sectas demuestra, por una parte, que hay una sed generalizada de Dios, una sed de religión; las personas quieren estar cerca de Dios y buscan un contacto con él. Y, naturalmente, por otra, aceptan también a quien se presenta y promete soluciones a sus problemas de la vida diaria. Nosotros, como Iglesia católica, debemos hacer realidad precisamente lo que constituye la finalidad de esta V Conferencia, es decir, ser más misioneros y por tanto más dinámicos al ofrecer respuestas a la sed de Dios, ser conscientes de que la gente, y precisamente también los pobres, quieren estar cerca de Dios. Somos conscientes de que, juntamente con esta respuesta a la sed de Dios, debemos ayudarles a encontrar las condiciones de vida justas sea a nivel micro-económico,

en las situaciones concretísimas, como hacen las sectas, sea a nivel macro-económico, pensando también en todas las exigencias de la justicia.

**A propósito de la pregunta del colega.** Hay todavía muchos exponentes de la teología de la liberación en diversos lugares de Brasil. ¿Cuál es el mensaje específico para estos exponentes de la teología de la liberación?

**Papa:** Yo diría que, al cambiar la situación política, también ha cambiado profundamente la situación de la teología de la liberación, y ahora es evidente que estaban equivocados esos milenarismos fáciles, que prometían inmediatamente, como consecuencia de la revolución, las condiciones completas de una vida justa. Esto hoy lo saben todos. Ahora la cuestión es cómo la Iglesia debe estar presente en la lucha por las reformas necesarias, en la lucha por condiciones de vida más justas. En esto se dividen los teólogos, en particular los exponentes de la teología política. Nosotros, con la Instrucción dada a su tiempo por la Congregación para la doctrina de la fe, tratamos de realizar una labor de discernimiento, es decir, tratamos de librarnos de falsos milenarismos, de librarnos también de una mezcla errónea de Iglesia y política, de fe y política; y de mostrar la parte específica de la misión de la Iglesia, que consiste precisamente en responder a la sed de Dios y por tanto también educar en las virtudes personales y sociales, que son condición necesaria para hacer que madure el sentido de la legalidad. Por

otra parte, tratamos de indicar las líneas directrices para una política justa, una política que no hacemos nosotros, sino para la cual nosotros debemos indicar las grandes líneas y los grandes valores determinantes, y crear las condiciones humanas, sociales y psicológicas en las que puedan crecer esos valores. Por tanto, existe el espacio para un debate difícil, pero legítimo, sobre cómo llegar a esto y sobre cómo hacer eficaz del mejor modo posible la doctrina social de la Iglesia. En este sentido, también algunos teólogos de la liberación tratan de avanzar dentro de este camino; otros toman otras posiciones. En cualquier caso, la intervención del Magisterio no ha pretendido destruir el compromiso por la justicia, sino guiarlo por los caminos correctos y también en el respeto de la debida diferencia entre responsabilidad política y responsabilidad eclesial.

**Sabemos que usted estuvo dos veces en Colombia, cuando era cardenal, y sabemos que Colombia ha quedado muy presente en su corazón. Quisiéramos saber qué puede hacer la Iglesia para que podamos salir adelante sobre todo en esta situación de conflicto interno colombiano.**

**Papa:** Naturalmente, yo no soy un oráculo, que tiene automáticamente todas las respuestas adecuadas. Sabemos que los obispos ponen todo su empeño por encontrar esas respuestas. Yo sólo puedo confirmar la línea fundamental de los obispos, es decir, una fuerte indicación a poner el acento en la fe, que es la ga-

rantía más segura contra el aumento de la violencia y, al mismo tiempo, un compromiso decidido por la educación de una conciencia que salga de situaciones incompatibles con la fe. Naturalmente, están en juego condiciones económicas, donde algunos campesinos viven de cierto mercado que luego permite grandes ganancias en otros lugares. No se pueden resolver inmediatamente, de un momento a otro, estos diversos problemas económicos, políticos, ideológicos, pero es necesario seguir adelante con gran decisión, con la adhesión sincera a una fe que implica respeto a la legalidad y a la vez amor y responsabilidad con respecto a los demás. Me parece que la educación en la fe es la humanización más segura también para resolver, poco a poco, esos problemas tan concretos.

**Santidad, llegamos al continente de monseñor Óscar Romero. Se ha hablado mucho de su proceso de santificación. ¿Tendría la amabilidad de decirnos en qué fase se encuentra, si está a punto de ser santificado y cómo ve usted esta figura?**

**Papa:** Según las últimas informaciones sobre el trabajo de la Congregación competente, se están estudiando muchos casos y sé que siguen su curso. Su excelencia mons. Paglia me envió una biografía importante, que aclara muchos puntos de la cuestión. Ciertamente, monseñor Romero fue un gran testigo de la fe, un hombre de gran virtud cristiana, que se comprometió en favor de la paz y contra la dictadura, y que fue

asesinado durante la celebración de la misa. Por tanto, una muerte verdaderamente “creíble”, de testimonio de la fe. Estaba el problema de que una parte política quería tomarlo injustamente para sí como bandera, como figura emblemática. ¿Cómo poner adecuadamente de manifiesto su figura, protegiéndola de esos intentos de instrumentalización? Este es el problema. Se está examinando y yo espero con confianza lo que diga al respecto la Congregación para las causas de los santos.

**¿Cómo ve, la cuestión del impacto que tienen los regímenes políticos de izquierdas en América Latina en el proyecto de la Iglesia para el continente? Y ¿en qué medida la cultura brasileña ha entrado en su formación personal?**

**Papa:** Bien, sobre los aspectos de la acción política de la izquierda no puedo hablar ahora, pues no estoy suficientemente informado. Además, como es obvio, no quisiera entrar en cuestiones que atañen directamente a la política. En cuanto a mi formación, a mi compromiso personal con Brasil, hay que tener presente que se trata del país más grande de América Latina, un país que se extiende desde Amazonia hasta Argentina. Brasil contiene en sí diversas culturas indígenas. Me han dicho que hay más de ochenta lenguas. Por otra parte, también está su gran pasado, en el que se registra la presencia de afro-americanos y de afro-brasileños. Es interesante cómo se ha formado este pueblo y cómo se ha desarrollado en él la fe católica: la fe se

ha defendido en todos los tiempos y con numerosas dificultades. Como sabemos, en el siglo XIX la Iglesia fue perseguida por fuerzas neoliberales. Por tanto, en mi formación, un aspecto importante ha sido seguir el desarrollo de estos pueblos católicos de América Latina. No soy un especialista, pero estoy convencido de que aquí se decide, al menos en parte - en una parte fundamental-, el futuro de la Iglesia católica. Esto siempre ha sido evidente para mí. Como es obvio, siento la necesidad de profundizar aún más mi conocimiento de este mundo.

Los portugueses siguen y rezan por este viaje, y coincide que usted estará en Aparecida el 13 de mayo. Esta fecha es muy importante para nosotros, porque se cumplen noventa años de las apariciones en Fátima. Por eso, ¿quiere decirnos algo respecto de esta coincidencia para el pueblo portugués?

**Papa:** Para mí, realmente, es un don de la Providencia que mi misa en Aparecida, el gran santuario mariano de Brasil, coincida con los noventa años de la aparición de la Virgen en Fátima. Así vemos que la misma Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre nuestra, está presente en los diversos continentes, y en los diversos continentes siempre se muestra del mismo modo como Madre, revelando una cercanía especial a todos los pueblos. Esto para mí es muy hermoso. Siempre es la Madre de Dios, siempre es María, pero, por decirlo así, está “inculturada”: tiene una cara, un rostro específico en Guadalupe, en Aparecida,

en Fátima, en Lourdes, en todos los países del mundo. Por tanto, se muestra como Madre precisamente haciéndose cercana a todos. De este modo todos se acercan entre sí mediante este amor a la Virgen. Me parece importante esta unión que la Virgen crea entre los continentes, entre las culturas, al estar cerca de cada cultura específica y, al mismo tiempo, unificándolas a todas entre sí; precisamente esto me aparece importante: el conjunto de especificidades de las culturas -que tienen su riqueza propia- y la unidad en la comunión de la misma familia de Dios.

**En Brasil hay gente que no quiere escuchar el mensaje de la Iglesia...**

**Papa:** Esto no sólo sucede en Brasil. En todas las partes del mundo son muchísimos los que no quieren escuchar lo que dice la Iglesia. Esperamos que al menos lo oigan; luego pueden disentir, pero es importante que al menos oigan lo que dice para poder responder. Tratamos de convencer también a los que disienten y no quieren escuchar. Por lo demás, no podemos olvidar que tampoco nuestro Señor logró que todos lo escucharan. No esperamos convencer a todos en un momento. Pero, con la ayuda de mis colaboradores, en este momento yo trato de hablar a Brasil con la esperanza de que muchísimos quieran escuchar y que muchísimos también se convenzan de que este es el camino que es preciso seguir, por lo demás un camino que está siempre abierto a muchas opciones y opiniones diversas.

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
durante la ceremonia de bienvenida en  
el aeropuerto de São Paulo*

*Miércoles 9 de mayo de 2007*

*Excelentísimo señor presidente de la República; señores cardenales y venerados hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas en Cristo:*

1. Es para mí motivo de particular satisfacción iniciar mi visita pastoral a Brasil y presentar a vuestra excelencia, en calidad de jefe y representante supremo de la gran nación brasileña, mi agradecimiento por la amable acogida con que me han recibido. Extiendo este agradecimiento, de buen grado, a los miembros del Gobierno que acompañan a vuestra excelencia, a las personalidades civiles y militares aquí reunidas y a las autoridades del Estado de São Paulo. Señor Presidente, en sus palabras de bienvenida siento resonar los sentimientos de cariño y amor de todo el pueblo brasileño hacia el Sucesor del Apóstol Pedro.

Saludo fraternalmente en el Señor a mis queridos hermanos del episcopado, que han venido a recibirme en nombre de la Iglesia que está en Brasil. Saludo también a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los seminaristas y a los laicos comprometidos en la obra de evangelización de la Iglesia y en el testimonio de una vida auténticamente cristiana. Por último, dirijo mi afectuoso saludo a todos los brasileños sin

distinción, hombres y mujeres, familias, ancianos, enfermos, jóvenes y niños. A todos digo de corazón: ¡Muchas gracias por vuestra generosa hospitalidad!

2. Brasil ocupa un lugar muy especial en el corazón del Papa no solamente porque nació cristiano y posee hoy el mayor número de católicos, sino sobre todo porque es una nación rica en potencialidades, con una presencia eclesial que es motivo de alegría y esperanza para toda la Iglesia.

Mi visita, señor presidente, tiene un objetivo que rebasa las fronteras nacionales: vengo a presidir, en Aparecida, la sesión de apertura de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe. Por una providencial manifestación de la bondad del Creador, este país deberá servir de cuna para las propuestas eclesiales que, si Dios quiere, podrán dar nuevo vigor e impulso misionero a este continente.

3. En esta área geográfica los católicos son mayoría; esto significa que deben contribuir de modo especial al servicio del bien común de esta nación. La solidaridad será, sin duda, una palabra llena de contenido para las fuerzas vivas de la sociedad, cuando cada uno, en su propio ámbito, se comprometa seriamente por construir un futuro de paz y de esperanza para todos.

La Iglesia católica, como puse de relieve en la encíclica *Deus caritas est*,

“transformada por la fuerza del Espíritu, está llamada a ser en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia” (cf. n. 19). De allí su profundo compromiso con la misión evangelizadora, al servicio de la causa de la paz y de la justicia. Por tanto, la decisión de realizar una Conferencia esencialmente misionera refleja bien la preocupación del Episcopado, al igual que la mía, de buscar caminos adecuados para que, en Jesucristo, “nuestros pueblos tengan vida”, como reza el tema de la Conferencia.

Con estos sentimientos, quiero superar las fronteras de este país para saludar a todos los pueblos de América Latina y del Caribe, deseando, con las palabras del Apóstol, “que la paz esté con todos vosotros que estáis en Cristo” (1 P 5, 14).

4. Señor presidente, agradezco a la divina Providencia el concederme la gracia de visitar Brasil, un país de gran tradición católica. Ya he recordado el motivo principal de mi viaje, que tiene un alcance latinoamericano y un carácter esencialmente religioso.

Me siento muy feliz por poder estar algunos días con los brasileños. Sé que el alma de este pueblo, como toda América Latina, conserva valores radicalmente cristianos que jamás serán cancelados. Y estoy seguro de que en Aparecida, durante la Conferencia general del Episcopado, se reforzará esta

identidad, promoviendo el respeto a la vida, desde su concepción hasta su decadencia natural, como exigencia propia de la naturaleza humana; también pondrá la promoción de la persona humana como eje de la solidaridad, especialmente con los pobres y desamparados.

La Iglesia quiere únicamente indicar los valores morales de cada situación y formar a los ciudadanos para que puedan decidir consciente y libremente; en este sentido, no dejará de insistir en el empeño que se debe poner para asegurar la consolidación de la familia como célula base de la sociedad, y de la juventud, cuya formación constituye un factor decisivo para el porvenir de una nación; y, también, pero no por último, defendiendo y promoviendo los valores subyacentes en todos los estratos sociales, especialmente en los pueblos indígenas.

5. Con estos deseos y, renovando mi agradecimiento por la cordial acogida que me han dispensado como Sucesor de Pedro, invoco la protección materna de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, recordada también como Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de las Américas, para que proteja e inspire a los gobernantes en la ardua tarea de ser promotores del bien común, fortaleciendo los vínculos de fraternidad cristiana para el bien de todos sus habitantes. ¡Dios bendiga a América Latina! ¡Dios bendiga a Brasil! Muchas gracias.

*Palabras del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
durante el encuentro con los jóvenes en  
el Estadio de Pacaembu*

*Jueves 10 de mayo de 2007*

Queridos jóvenes;  
queridos amigos y amigas:

“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres (...); luego ven y sígueme” (Mt 19, 21).

1. He deseado ardientemente encontrarme con vosotros en este mi primer viaje a América Latina. He venido a inaugurar la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano que, por deseo mío, va a realizarse en Aparecida, aquí en Brasil, en el santuario de Nuestra Señora. Ella nos lleva a los pies de Jesús para aprender sus lecciones sobre el Reino y nos impulsa a ser sus misioneros, para que los pueblos de este “continente de la esperanza” tengan en él vida plena.

Vuestros obispos de Brasil, en su asamblea general del año pasado, reflexionaron sobre el tema de la evangelización de la juventud y pusieron en vuestras manos un documento. Pidieron que fuera acogido y perfeccionado por vosotros durante todo el año. En esta última asamblea retomaron el tema, enriquecido con vuestra colaboración, y desean que las reflexiones hechas y las orientaciones propuestas sirvan como incentivo y faro para vuestro camino. Las palabras del arzobispo de São Paulo y del encar-

gado de la pastoral de la juventud, que agradezco, testifican bien el espíritu que anima el corazón de todos.

Ayer por la tarde, al sobrevolar el territorio brasileño, pensaba ya en este encuentro en el estadio de Pacaembu, con el deseo de daros a todos un gran abrazo, muy brasileño, y manifestar los sentimientos que llevo en lo más íntimo del corazón y que el evangelio de hoy, muy a propósito, nos ha indicado.

Siempre he experimentado una alegría muy especial en estos encuentros. Recuerdo particularmente la *XX Jornada mundial de la juventud*, que presidí hace dos años en Alemania. Algunos de los que están aquí también estuvieron allá. Es un recuerdo conmovedor, por los abundantes frutos de gracia concedidos por el Señor. Y no cabe la menor duda que el primer fruto, entre muchos, que pude constatar fue el de la fraternidad ejemplar que hubo entre todos, como demostración evidente de la perenne vitalidad de la Iglesia en todo el mundo.

2. Por eso, queridos amigos, estoy seguro de que hoy se renovarán las mismas impresiones de aquel encuentro mío en Alemania. En 1991, el siervo de Dios Papa Juan Pablo II, de venerada memoria, a su paso por Mato Grosso, dijo: “Vosotros vais a ser los primeros protagonistas del tercer milenio. (...) Sois vosotros, jóvenes, los que vais a trazar los caminos de esta nueva etapa de la humanidad” (*Discurso a los jóvenes en Cuiabá*, 16 de octubre de 1991). Hoy,

me siento impulsado a haceros esa misma constatación.

El Señor aprecia, sin duda, vuestra vivencia cristiana en las numerosas comunidades parroquiales y en las pequeñas comunidades eclesiales, en las universidades, colegios y escuelas, y especialmente en las calles y en los ambientes de trabajo de las ciudades y del campo. Pero hay que seguir adelante. Nunca podemos decir basta, porque la caridad de Dios es infinita y el Señor nos pide, o mejor, nos exige ensanchar nuestro corazón para que en él haya cada vez más amor, más bondad, más comprensión con respecto a nuestros semejantes y a los problemas que afectan no sólo a la convivencia humana, sino también a la efectiva preservación y conservación de la naturaleza, de la cual todos formamos parte. “Nuestros bosques tienen más vida”: no dejéis que se apague esta llama de esperanza que vuestro himno nacional pone en vuestros labios. La devastación ambiental de la Amazonia y las amenazas a la dignidad humana de sus poblaciones requieren un compromiso mayor en los más diversos ámbitos de acción que la sociedad viene pidiendo.

3. Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre el texto de san Mateo (cf. *Mt* 19, 16-22), que acabamos de escuchar. Habla de un joven que salió al encuentro de Jesús. Merecen destacarse sus anhelos. En este joven os veo a todos vosotros, jóvenes de Brasil y de América Latina. Habéis acudido a nuestro encuentro desde diversas regiones de este continen-

te; queréis escuchar, de labios del Papa, las palabras de Jesús mismo.

Como en el Evangelio, tenéis una pregunta importante que hacerle. Es la misma del joven que salió al encuentro de Jesús: “¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”. Quisiera profundizar con vosotros en esta pregunta. Se trata de la vida, la vida que, en vosotros, es exuberante y bella. ¿Qué hacer de ella? ¿Cómo vivirla plenamente?

Ya en la formulación de la pregunta entendemos inmediatamente que no basta el “aquí” y “ahora”; es decir, nosotros no logramos limitar nuestra vida al espacio y al tiempo, por más que pretendamos ensanchar sus horizontes. La vida los trasciende. En otras palabras, queremos vivir y no morir. Sentimos que algo nos revela que la vida es eterna y que es necesario comprometernos para que esto suceda. O sea, está en nuestras manos y depende, de algún modo, de nuestra decisión.

La pregunta del Evangelio no atañe sólo al futuro. No concierne sólo a lo que sucederá después de la muerte. Al contrario, tenemos un compromiso con el presente, aquí y ahora, que debe garantizar autenticidad y, en consecuencia, el futuro. En una palabra, la pregunta plantea la cuestión del sentido de la vida. Por eso, puede formularse así: ¿qué debo hacer para que mi vida tenga sentido? O sea: ¿cómo debo vivir para cosechar plenamente los frutos de la vida? O también: ¿qué debo

hacer para que mi vida no transcurra inútilmente?

Jesús es el único capaz de darnos una respuesta, porque es el único que nos puede garantizar la vida eterna. Por eso también es el único que logra mostrar el sentido de la vida presente y darle un contenido de plenitud.

4. Sin embargo, antes de dar su respuesta, Jesús plantea al joven una pregunta muy importante: “¿Por qué me llamas bueno?”. En esta pregunta se encuentra la clave de la respuesta. Aquel joven percibió que Jesús es bueno y que es maestro. Un maestro que no engaña. Estamos aquí porque tenemos esta misma convicción: Jesús es bueno. Quizá no sabemos explicar plenamente la razón de esta percepción, pero es cierto que nos aproxima a él y nos abre a su enseñanza: un maestro bueno. Quien reconoce el bien es señal que ama, y quien ama, según la feliz expresión de san Juan, conoce a Dios (cf. *1 Jn* 4, 7). El joven del Evangelio reconoció a Dios en Jesucristo.

Jesús nos asegura que sólo Dios es bueno. Estar abierto a la bondad significa acoger a Dios. Así nos invita a ver a Dios en todas las cosas y en todos los acontecimientos, incluso donde la mayoría sólo ve la ausencia de Dios. Al ver la belleza de las criaturas y constatar la bondad que existe en todas ellas, es imposible no creer en Dios y no experimentar su presencia salvífica y consoladora. Si lográramos ver todo el bien que existe

en el mundo y, más aún, experimentar el bien que proviene de Dios mismo, no cesaríamos jamás de aproximarnos a él, de alabarlo y darle gracias. Él nos llena continuamente de alegría y de bienes. Su alegría es nuestra fuerza.

Pero nosotros sólo conocemos de forma parcial. Para percibir el bien necesitamos ayudas, que la Iglesia nos proporciona en muchas ocasiones, sobre todo en la catequesis. Jesús mismo explicita lo que es bueno para nosotros, dándonos su primera catequesis: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mt 19, 17). Parte del conocimiento que el joven ciertamente ya obtuvo gracias a su familia y a la Sinagoga: de hecho, conoce los mandamientos, que llevan a la vida, lo cual equivale a decir que nos garantizan autenticidad. Son las grandes señales que nos indican el camino recto. Quien guarda los mandamientos está en el camino de Dios.

Sin embargo, no basta conocerlos. El testimonio vale más que la ciencia, o sea, es la ciencia aplicada. No se nos imponen desde afuera, ni disminuyen nuestra libertad. Por el contrario, constituyen fuertes impulsos interiores, que nos llevan a actuar en cierta dirección. En su base están la gracia y la naturaleza, que no nos dejan inmóviles. Debemos caminar. Nos impulsan a hacer algo para realizarnos nosotros mismos. En realidad, realizarse por la acción es volverse real. Desde nuestra juventud somos, en gran parte, lo que queremos ser. Por decirlo así, somos obra de nuestras manos.

5. En este momento me dirijo nuevamente a vosotros jóvenes, pues quiero oír también de vuestros labios la respuesta del joven del Evangelio: “Todo eso lo he guardado desde mi juventud”. El joven del Evangelio era bueno; cumplía los mandamientos; andaba por el camino de Dios. Por eso, Jesús lo miró con amor. Al reconocer que Jesús era bueno, demostró que también él era bueno. Tenía experiencia de la bondad y, por tanto, de Dios. Y vosotros, jóvenes de Brasil y de América Latina ¿habéis descubierto ya lo que es bueno? ¿Cumplís los mandamientos del Señor? ¿Habéis descubierto que este es el camino verdadero y único hacia la felicidad?

Los años que estáis viviendo son los años que preparan vuestro futuro. El “mañana” depende mucho de cómo estéis viviendo el “hoy” de la juventud. Mis queridos jóvenes, tenéis por delante una vida, que deseamos sea larga; pero es una sola, es única: no la dejéis pasar en vano, no la desperdiciéis. Vivid con entusiasmo, con alegría, pero sobre todo con sentido de responsabilidad.

Muchas veces sentimos temblar nuestro corazón de pastores, constatando la situación de nuestro tiempo. Oímos hablar de los miedos de la juventud de hoy, que nos revelan un enorme déficit de esperanza: miedo de morir, en un momento en que la vida se está abriendo y busca encontrar su propio camino de realización; miedo de fracasar, por no descubrir el sentido de la vida; y miedo de quedar desconcertado ante la impre-

sionante rapidez de los acontecimientos y de las comunicaciones. Constatamos el alto índice de muertes entre los jóvenes, la amenaza de la violencia, la deplorable proliferación de las drogas, que sacude hasta la raíz más profunda a la juventud de hoy. Por eso, a menudo se habla de una juventud perdida.

Pero mirándoos a vosotros, jóvenes aquí presentes, que irradiáis alegría y entusiasmo, asumo la mirada de Jesús: una mirada de amor y confianza, con la certeza de que vosotros habéis encontrado el verdadero camino. Sois los jóvenes de la Iglesia. Por eso yo os envío a la gran misión de evangelizar a los muchachos y muchachas que andan errantes por este mundo, como ovejas sin pastor. *Sed los apóstoles de los jóvenes.* Invítalos a caminar con vosotros, a hacer la misma experiencia de fe, de esperanza y de amor; a encontrarse con Jesús, para que se sientan realmente amados, acogidos, con plena posibilidad de realizarse. Que también ellos descubran los caminos seguros de los Mandamientos y recorriéndolos lleguen a Dios.

Podéis ser protagonistas de una sociedad nueva si os esforzáis por poner en práctica una conducta concreta inspirada en los valores morales universales, pero también un compromiso personal de formación humana y espiritual de vital importancia. Un hombre o una mujer que no estén preparados para afrontar los desafíos reales de una correcta interpretación de la vida cristiana de su ambiente serán presa fácil de todos

los asaltos del materialismo y del laicismo, cada vez más activos en todos los niveles.

Sed hombres y mujeres libres y responsables; haced de la familia un foco que irradie paz y alegría; sed promotores de la vida, desde el inicio hasta su final natural; amparad a los ancianos, pues merecen respeto y admiración por el bien que os han hecho. El Papa también espera que los jóvenes traten de santificar su trabajo, haciéndolo con competencia técnica y con diligencia, para contribuir al progreso de todos sus hermanos y para iluminar con la luz del Verbo todas las actividades humanas (cf. *Lumen gentium*, 36).

Pero el Papa espera, sobre todo, que sepan ser protagonistas de una sociedad más justa y fraterna, cumpliendo sus obligaciones ante el Estado: respetando sus leyes; no dejándose llevar por el odio y por la violencia; siendo ejemplo de conducta cristiana en el ambiente profesional y social, y distinguiéndose por la honradez en las relaciones sociales y profesionales. Tengan en cuenta que la ambición desmedida de riqueza y de poder lleva a la corrupción personal y ajena; no existen motivos que justifiquen hacer prevalecer las propias aspiraciones humanas, tanto económicas como políticas, con el fraude y el engaño.

En definitiva, existe un inmenso panorama de acción en el cual las cuestiones de orden social, económico y político adquieren un relieve particular, siem-

pre que tengan su fuente de inspiración en el Evangelio y en la doctrina social de la Iglesia: la construcción de una sociedad más justa y solidaria, reconciliada y pacífica; el compromiso por frenar la violencia; las iniciativas que promuevan la vida plena, el orden democrático y el bien común y, especialmente, las que buscan eliminar ciertas discriminaciones existentes en las sociedades latinoamericanas y no son motivo de exclusión, sino de enriquecimiento recíproco.

Tened, sobre todo, un gran respeto por la institución del sacramento del matrimonio. No podrá haber verdadera felicidad en los hogares si, al mismo tiempo, no hay fidelidad entre los esposos. El matrimonio es una institución de derecho natural, que fue elevado por Cristo a la dignidad de sacramento; es un gran regalo que Dios ha hecho a la humanidad. Respetadlo, veneradlo. Al mismo tiempo, Dios os llama a respetaros también en el enamoramiento y en el noviazgo, pues la vida conyugal, que por disposición divina está destinada a los casados, solamente será fuente de felicidad y de paz en la medida en la que sepáis hacer de la castidad, dentro y fuera del matrimonio, un baluarte de vuestras esperanzas futuras.

Os repito aquí a todos vosotros que “el eros quiere remontarnos (...) hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación” (*Deus caritas est*, 5). En pocas palabras,

requiere espíritu de sacrificio y de renuncia por un bien mayor, que es precisamente el amor de Dios sobre todas las cosas. Tratad de resistir con fortaleza a las insidias del mal existente en muchos ambientes, que os lleva a una vida disoluta, paradójicamente vacía, al hacer que perdáis el bien precioso de vuestra libertad y de vuestra verdadera felicidad. El amor verdadero “buscará cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará “ser para” el otro” (*ib.*, 7) y, por eso, será cada vez más fiel, indisoluble y fecundo.

Para ello contáis con la ayuda de Jesucristo que, con su gracia, lo hará posible (cf. *Mt* 19, 26). La vida de fe y de oración os llevará por los caminos de la intimidad con Dios y de la comprensión de la grandeza de los planes que tiene para cada uno. “Por amor del reino de los cielos” (*ib.*, 12), algunos son llamados a una entrega total y definitiva, para consagrarse a Dios en la vida religiosa, “eximio don de la gracia”, como lo definió el concilio Vaticano II (*Perfectae caritatis*, 12).

Los consagrados que se entregan totalmente a Dios, bajo la moción del Espíritu Santo, participan en la misión de Iglesia, testimoniando ante todos los hombres la esperanza en el reino de los cielos. Por eso, bendigo e invoco la protección divina sobre todos los religiosos que dentro de la mies del Señor se dedican a Cristo y a los hermanos. Las personas consagradas merecen verdaderamente la gratitud de la comunidad eclesial: monjes y mon-

jas, contemplativos y contemplativas, religiosos y religiosas dedicados a las obras de apostolado, miembros de institutos seculares y de sociedades de vida apostólica, eremitas y vírgenes consagradas. “Su existencia da testimonio del amor a Cristo cuando se encaminan por su seguimiento, tal como se propone en el Evangelio y, con íntima alegría, asumen el mismo estilo de vida que él escogió para sí” (Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, instrucción *Caminar desde Cristo*, n. 5).

Espero que, en este momento de gracia y de profunda comunión en Cristo, el Espíritu Santo despierte en el corazón de muchos jóvenes un amor apasionado en el seguimiento e imitación de Jesucristo casto, pobre y obediente, dirigido completamente a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas.

6. El Evangelio nos asegura que aquel joven, que salió al encuentro de Jesús, era muy rico. No sólo entendemos esta riqueza en sentido material, pues la misma juventud es una riqueza singular. Es necesario descubrirla y valorarla. Jesús la apreciaba tanto, que invitó a este joven a participar en su misión de salvación. Tenía todas las condiciones para una gran realización y una gran obra.

Pero el Evangelio nos refiere que ese joven, al oír la invitación, se entristeció. Se alejó abatido y triste. Este episodio nos hace reflexionar una vez más sobre la riqueza de la juventud. No se trata, en

primer lugar, de bienes materiales, sino de la propia vida, con los valores inherentes a la juventud. Proviene de una doble herencia: la vida, transmitida de generación en generación, en cuyo origen primero está Dios, lleno de sabiduría y de amor; y la educación que nos inserta en la cultura, hasta el punto de que, en cierto sentido, podemos decir que somos más hijos de la cultura, y por tanto de la fe, que de la naturaleza. De la vida brota la libertad que, sobre todo en esta etapa se manifiesta como responsabilidad. Es el gran momento de la decisión, en una doble opción: la del estado de vida y la de la profesión. Responde a la pregunta: ¿qué hacer de la propia vida?

En otras palabras, la juventud se presenta como una riqueza porque lleva al redescubrimiento de la vida como un don y como una tarea. El joven del Evangelio percibió la riqueza de su juventud. Acudió a Jesús, el Maestro bueno, buscando una orientación. Pero a la hora de la gran opción no tuvo valentía para apostar todo por Jesucristo. En consecuencia, se marchó triste y abatido. Es lo que pasa cada vez que nuestras decisiones vacilan y se vuelven mezquinas e interesadas. Sintió que le faltaba generosidad, y eso no le permitió una realización plena. Se replegó sobre su riqueza, convirtiéndola en egoísta.

A Jesús le dolió mucho la tristeza y la mezquindad del joven que había acudido a él. Los Apóstoles, como todos vosotros hoy, llenaron el vacío que dejó ese joven que se retiró tris-

te y abatido. Ellos y nosotros estamos felices porque sabemos en quién creemos (cf. *2 Tm* 1, 12). Sabemos y damos testimonio con nuestra propia vida de que solo él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6, 68). Por eso, como san Pablo, podemos exclamar: “Estad siempre alegres en el Señor” (*Flp* 4, 4).

7. La invitación que os hago a vosotros, jóvenes que habéis venido a este encuentro, es que *no desaprovechéis vuestra juventud*. No intentéis huir de ella. Vividla intensamente. Consagra-la a los elevados ideales de la fe y de la solidaridad humana.

Vosotros, los jóvenes, no sólo sois el futuro de la Iglesia y de la humanidad, como si fuera una especie de fuga del presente. Al contrario, sois el presente joven de la Iglesia y de la humanidad. Sois su rostro joven. La Iglesia necesita de vosotros, como jóvenes, para manifestar al mundo el rostro de Jesucristo, que se dibuja en la comunidad cristiana. Sin este rostro joven, la Iglesia se presentaría desfigurada.

*(En español)*

Queridos jóvenes, dentro de poco inauguraré la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Os pido que sigáis con atención sus trabajos; que participéis en sus debates; que recéis por sus frutos. Como ocurrió con las Conferencias anteriores, también esta marcará de modo significativo los próximos diez años de evangeli-

zación en América Latina y en el Caribe. Nadie debe quedar al margen o permanecer indiferente ante este esfuerzo de la Iglesia, y mucho menos los jóvenes. Vosotros con todo derecho formáis parte de la Iglesia, la cual representa el rostro de Jesucristo para América Latina y el Caribe.

*(En francés)*

Saludo a las personas de habla francesa que viven en el continente latinoamericano, invitándolos a ser testimonios del Evangelio y protagonistas de la vida eclesial. Rezo en particular por vosotros, los jóvenes, llamados a construir vuestra vida sobre Cristo y sobre los valores humanos fundamentales. Sentíos todos invitados a colaborar en la edificación de un mundo de justicia y de paz.

*(En inglés)*

Queridos jóvenes amigos, como el joven del Evangelio, que preguntó a Jesús: “¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”, todos vosotros buscáis el modo de responder generosamente al llamado de Dios. Rezo para que escuchéis su palabra salvífica y seáis sus testigos entre los hombres de hoy. Que Dios derrame sobre todos vosotros sus bendiciones de paz y alegría.

*(En portugués)*

Queridos jóvenes, Cristo os llama a ser santos. Él mismo os invita y quiere caminar con vosotros, para animar con

su Espíritu los pasos de Brasil en este inicio del tercer milenio de la era cristiana. Pido a Nuestra Señora Aparecida que os guíe con su ayuda materna y os acompañe a lo largo de la vida.

¡Alabado sea nuestro Señor Jesucristo!

*Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Misa de Canonización de Fray  
Antonio de Santa Ana Galvão*

*“Campo de Marte”, São Paulo  
Viernes 11 de mayo de 2007*

Señores cardenales; señor arzobispo de São Paulo y obispos de Brasil y de América Latina; distinguidas autoridades; hermanas y hermanos en Cristo:

“Bendigo al Señor en todo momento; su alabanza está siempre en mi boca” (*Sal 33, 2*).

1. Alegrémonos en el Señor, en este día en el que contemplamos otra de las maravillas de Dios que, por su admirable providencia, nos permite gustar un vestigio de su presencia en este acto de entrega de Amor representado en el santo sacrificio del altar.

Sí, no podemos menos de alabar a nuestro Dios. Alabémoslo todos, pueblos de Brasil y de América; cantemos al Señor sus maravillas, porque ha hecho grandes cosas en favor nuestro. Hoy, la

divina Sabiduría permite que nos encontremos alrededor de su altar en actitud de alabanza y de acción de gracias por habernos concedido la gracia de la canonización de fray Antonio de Santa Ana Galvão.

Quiero agradecer las afectuosas palabras del arzobispo de São Paulo, mons. Odilo Scherer, que se ha hecho portavoz de todos vosotros, y la solicitud de su predecesor, el cardenal Cláudio Hummes, que promovió con tanto empeño la causa del padre Galvão. Agradezco la presencia de cada uno de vosotros, tanto la de los habitantes de esta gran ciudad como la de los que han venido de otras ciudades y naciones. Me alegra que, a través de los medios de comunicación, mis palabras y las expresiones de mi afecto puedan entrar en cada casa y en cada corazón. Tened la certeza de que el Papa os ama, y os ama porque Jesucristo os ama.

En esta solemne celebración eucarística se ha proclamado el pasaje del Evangelio en el que Jesús, en actitud de arrobamiento interior, proclama: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos y las revelaste a los pequeños” (*Mt 11, 25*). Por eso, me siento feliz porque la elevación de fray Galvão a los altares quedará para siempre enmarcada en la liturgia que hoy la Iglesia nos ofrece.

Saludo con afecto a toda la comunidad franciscana y, de modo especial, a las monjas concepcionistas que, desde el

Monasterio de la Luz, de la capital del Estado de São Paulo, irradian la espiritualidad y el carisma del primer brasileño elevado a la gloria de los altares.

2. Damos gracias a Dios por los continuos beneficios alcanzados por el poderoso influjo evangelizador que el Espíritu Santo imprimió en tantas almas a través de fray Galvão. El carisma franciscano, evangélicamente vivido, ha producido frutos significativos a través de su testimonio de ferviente adorador de la Eucaristía, de prudente y sabio guía de las almas que lo buscaban y de gran devoto de la Inmaculada Concepción de María, de la que se consideraba “hijo y esclavo perpetuo”.

Dios sale a nuestro encuentro, “trata de atraernos, llegando hasta la última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las cuales él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente” (*Deus caritas est*, 17). Se revela a través de su Palabra, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. Por eso, la vida de la Iglesia es esencialmente eucarística. El Señor, en su amorosa providencia, nos dejó una señal visible de su presencia.

Cuando contemplamos en la santa misa al Señor, elevado por el sacerdote, después de la consagración del pan y del vino, o cuando lo adoramos con devoción expuesto en la Custodia, renovamos nuestra fe con profunda humildad, como hacía fray Galvão en “*laus peren-*

*nis*”, en actitud constante de adoración. En la sagrada Eucaristía está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, o sea, Cristo mismo, nuestra Pascua, el Pan vivo que bajó del cielo vivificado por el Espíritu Santo y vivificante porque da la vida a los hombres.

Esta misteriosa e inefable manifestación del amor de Dios a la humanidad ocupa un lugar privilegiado en el corazón de los cristianos. Deben poder conocer la fe de la Iglesia, a través de sus ministros ordenados, por la ejemplaridad con que estos cumplen los ritos prescritos, que en la liturgia eucarística indican siempre el centro de toda la obra de evangelización. Por su parte, los fieles deben tratar de recibir y venerar el santísimo Sacramento con piedad y devoción, deseando acoger al Señor Jesús con fe y recurriendo, cada vez que sea necesario, al sacramento de la Reconciliación para purificar el alma de todo pecado grave.

3. Es significativo el ejemplo de fray Galvão por su disponibilidad para servir al pueblo siempre que se le pedía. Tenía fama de consejero, pacificador de las almas y de las familias, dispensador de caridad especialmente en favor de los pobres y de los enfermos. Era muy buscado para las confesiones, pues era celoso, sabio y prudente. Una característica de quien ama de verdad es no querer que el Amado sea agraviado; por eso, la conversión de los pecadores era la gran pasión de nuestro santo. La hermana Helena María, que fue la primera “religiosa” destinada a iniciar el “*Recolhimento de*

*Nossa Senhora da Conceição*”, testimonió lo que dijo fray Galvão: “Rezad para que Dios nuestro Señor, con su poderoso brazo, saque a los pecadores del abismo miserable de las culpas en que se encuentran”. Que esa delicada recomendación nos sirva de estímulo para reconocer en la Misericordia divina el camino que lleva a la reconciliación con Dios y con el prójimo y a la paz de nuestra conciencia.

4. Unidos al Señor en la comunión suprema de la Eucaristía y reconciliados con él y con nuestro prójimo, seremos portadores de la paz que el mundo no puede dar. ¿Podrán los hombres y mujeres de este mundo encontrar la paz si no toman conciencia de la necesidad de reconciliarse con Dios, con el prójimo y consigo mismos? En este sentido, fue muy significativo lo que la cámara del Senado de São Paulo escribió al ministro provincial de los franciscanos al final del siglo XVIII, definiendo a fray Galvão un “hombre de paz y de caridad”. ¿Qué nos pide el Señor?: “Amaos unos a otros como yo os he amado”. Pero inmediatamente añade: “Dad fruto y que vuestro fruto permanezca” (cf. *Jn* 15, 12.16). ¿Y qué fruto nos pide, sino el de saber amar, inspirándonos en el ejemplo del santo de Guaringuetá?

La fama de su inmensa caridad no tenía límites. Personas de toda la nación iban a ver a fray Galvão, que a todos acogía paternalmente. Se trataba de pobres, enfermos del cuerpo y del espíritu, que le imploraban ayuda.

Jesús abre su corazón y nos revela el centro de todo su mensaje redentor: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (*Jn* 15, 13). Él mismo amó hasta dar su vida por nosotros en la cruz. También la acción de la Iglesia y de los cristianos en la sociedad debe poseer esta misma inspiración. Las iniciativas de pastoral social, si se orientan al bien de los pobres y de los enfermos, llevan en sí mismas este sello divino. El Señor cuenta con nosotros y nos llama amigos, pues sólo a los que amamos de esta manera somos capaces de darles la vida proporcionada por Jesús con su gracia.

Como sabemos, la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano tendrá como tema fundamental: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida”. ¿Cómo no ver, entonces, la necesidad de escuchar con renovado fervor la llamada, para responder generosamente a los desafíos que debe afrontar la Iglesia en Brasil y en América Latina?

5. “Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os daré descanso”, dice el Señor en el Evangelio, (*Mt* 11, 28). Esta es la recomendación final que el Señor nos dirige. ¿Cómo no ver aquí el sentimiento paterno y a la vez materno de Dios hacia todos sus hijos? María, la Madre de Dios y Madre nuestra, se encuentra particularmente unida a nosotros en este momento. Fray Galvão afirmó con voz profética la verdad de la *Inmaculada Concepción*. Ella,

la *Tota Pulchra*, la Virgen purísima, que concibió en su seno al Redentor de los hombres y fue preservada de toda mancha original, quiere ser el sello definitivo de nuestro encuentro con Dios, nuestro Salvador. No hay fruto de la gracia en la historia de la salvación que no tenga como instrumento necesario la mediación de Nuestra Señora.

De hecho, este santo se entregó de modo irrevocable a la Madre de Jesús desde su juventud, deseando pertenecerle para siempre y escogiendo a la Virgen María como Madre y Protectora de sus hijas espirituales.

Queridos amigos y amigas, ¡qué bello ejemplo nos dejó fray Galvão! ¡Cuán actuales son para nosotros, que vivimos en una época tan llena de hedonismo, las palabras escritas en la fórmula de su consagración: “Quítame la vida antes de que ofenda a tu bendito Hijo, mi Señor”. Son palabras fuertes, de un alma apasionada, que deberían formar parte de la vida normal de todos los cristianos, tanto los consagrados como los no consagrados, y que despiertan deseos de fidelidad a Dios tanto dentro como fuera del matrimonio. El mundo necesita vidas límpidas, almas claras, inteligencias sencillas, que rechacen ser consideradas criaturas objeto de placer. Es necesario decir “no” a aquellos medios de comunicación social que ridiculizan la santidad del matrimonio y la virginidad antes del casamiento.

Precisamente ahora Nuestra Señora es la mejor defensa contra los males que

afligen la vida moderna; la devoción mariana es garantía segura de protección maternal y de amparo en la hora de la tentación. Esta misteriosa presencia de la Virgen purísima se hará realidad cuando invoquemos la protección y el auxilio de la Virgen Aparecida. Pongamos en sus manos santísimas la vida de los sacerdotes y de los laicos consagrados, de los seminaristas y de todos los que han sido llamados a la vida religiosa.

6. Queridos amigos, permitidme concluir evocando la Vigilia de oración de Marienfeld en Alemania: ante una multitud de jóvenes, presenté a los santos de nuestra época como verdaderos reformadores. Y añadí: “Sólo de los santos, solo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo” (*Homilía*, 20 de agosto de 2005). Ésta es la invitación que os hago hoy a todos vosotros, desde el primero hasta el último, en esta inmensa Eucaristía. Dios dijo: “Sed santos, como yo soy santo” (*Lv* 11, 44).

Demos gracias a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, de los cuales nos vienen, por intercesión de la Virgen María, todas las bendiciones del cielo; de los cuales nos viene este don que, juntamente con la fe, es la mayor gracia que el Señor puede conceder a una criatura: el firme deseo de alcanzar la plenitud de la caridad, con la convicción de que la santidad no sólo es posible, sino también necesaria a cada uno en su estado de vida, para revelar

al mundo el verdadero rostro de Cristo, nuestro amigo. Amén.

*Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
durante el encuentro con el Episcopado  
brasileño en la Catedral de São Paulo*

*Viernes 11 de mayo de 2007*

Amados hermanos en el episcopado:

«A pesar de ser Hijo de Dios, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna» (*Hb* 5, 8-9).

1. El texto que acabamos de escuchar en la lectura breve de estas Vísperas contiene una enseñanza profunda. También en este caso constatamos cómo la palabra de Dios es viva y más penetrante que una espada de doble filo, penetra hasta la juntura del alma, reconfortándola y estimulando a sus servidores fieles (cf. *Hb* 4, 12).

Doy gracias a Dios porque me ha permitido encontrarme con un Episcopado prestigioso, que está al frente de una de las más numerosas poblaciones católicas del mundo. Os saludo con sentimientos de profunda comunión y sincero afecto, conociendo bien la dedicación con que seguís a las comunidades que os han sido confiadas. La cordial acogida del señor párroco de la *Catedral da Sé* y de todos los presentes me ha hecho sentirme en casa, en esta gran casa

común que es nuestra santa Madre, la Iglesia católica.

Dirijo un saludo especial a la nueva presidencia de la Conferencia nacional de los obispos de Brasil y, a la vez que agradezco las palabras de su presidente, monseñor Geraldo Lyrio Rocha, expreso mis mejores deseos de un provechoso trabajo en el cumplimiento de la tarea de consolidar cada vez más la comunión entre los obispos y promover la acción pastoral común en un territorio de dimensiones continentales.

2. Brasil acoge con su tradicional hospitalidad a los participantes en la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Expreso mi agradecimiento, de parte de sus miembros, por la atenta acogida y mi profundo aprecio por las oraciones del pueblo brasileño, elevadas especialmente por el éxito del encuentro de los obispos en Aparecida.

Es un gran acontecimiento eclesial, que se sitúa en el ámbito del esfuerzo misionero que América Latina deberá proponerse, precisamente a partir de aquí, de la tierra brasileña. Por eso he querido dirigirme inicialmente a vosotros, obispos de Brasil, evocando las palabras densas de contenido de la carta a los Hebreos: “A pesar de ser Hijo de Dios, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna” (*Hb* 5, 8-9). Exuberantes en su significado, estos versículos hablan de la compasión

de Dios hacia nosotros, manifestada en la pasión de su Hijo; y hablan de su obediencia, de su adhesión libre y consciente a los designios del Padre, explicitada especialmente en la oración en el monte de los Olivos: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42).

Así, es Jesús mismo quien nos enseña que el verdadero camino de salvación consiste en conformar nuestra voluntad a la de Dios. Es exactamente lo que pedimos en la tercera invocación de la oración del Padrenuestro: que se haga la voluntad de Dios, en la tierra como en el cielo, porque donde reina la voluntad de Dios está presente el reino de Dios. Jesús nos atrae con su voluntad, con la voluntad del Hijo, y de este modo nos guía hacia la salvación. Saliendo al encuentro de la voluntad de Dios, con Jesucristo, abrimos el mundo al reino de Dios.

Los obispos estamos llamados a manifestar esa verdad central, pues estamos vinculados directamente a Cristo, buen Pastor. La misión que se nos ha confiado, como maestros de la fe, consiste en recordar, como escribía el mismo Apóstol de los gentiles, que nuestro Salvador “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4-6). Esta, y no otra, es la finalidad de la Iglesia: la salvación de las almas, una a una. Por eso envió el Padre a su Hijo, y “como el Padre me envió, también yo os envió”, se dice en el evangelio según san Juan (Jn 20, 21). De aquí, el mandato de evangelizar: “Id, pues, y haced discípulos a todas las

gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 19-20).

Son palabras sencillas y sublimes, que indican el deber de predicar la verdad de la fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la asistencia continua de Cristo a su Iglesia. Se trata de realidades fundamentales, que se refieren a la instrucción en la fe y en la moral cristiana, así como a la práctica de los sacramentos. Donde no se conoce a Dios y su voluntad, donde no existe la fe en Jesucristo y en su presencia en las celebraciones sacramentales falta lo esencial también para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos. La fidelidad al primado de Dios y de su voluntad, conocida y vivida en comunión con Jesucristo, es el don esencial que los obispos y los sacerdotes debemos ofrecer a nuestro pueblo (cf. *Populorum progressio*, 21).

3. El ministerio episcopal nos impulsa al discernimiento de la voluntad salvífica, a la búsqueda de una pastoral que ayude al pueblo de Dios a reconocer y acoger los valores trascendentes, con fidelidad al Señor y al Evangelio.

Es verdad que los tiempos actuales son difíciles para la Iglesia y muchos de sus hijos están sufriendo. La vida social atraviesa momentos de confusión desconcertante. Se ataca impunemente la

santidad del matrimonio y de la familia, comenzando por hacer concesiones ante presiones capaces de influir negativamente en los procesos legislativos; se justifican algunos crímenes contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual; se atenta contra la dignidad del ser humano; se extiende la herida del divorcio y de las uniones libres. Más aún, cuando en el seno de la Iglesia se cuestiona el valor del compromiso sacerdotal como entrega total a Dios a través del celibato apostólico y como disponibilidad total para servir a las almas, y se da preferencia a las cuestiones ideológicas y políticas, incluso partidarias, la estructura de la consagración total a Dios comienza a perder su significado más profundo.

¿Cómo no sentir tristeza en nuestra alma? Pero tened confianza: la Iglesia es santa e incorruptible (cf. *Ef* 5, 27). Decía san Agustín: “La Iglesia vacilará si vacila su fundamento; pero ¿podrá vacilar Cristo? Dado que Cristo no vacila, la Iglesia permanecerá intacta hasta el fin de los tiempos” (*Enarrationes in Psalmos*, 103, 2, 5: *PL* 37, 1353).

Entre los problemas que os afligen en vuestra solicitud pastoral está, sin duda, la cuestión de los católicos que abandonan la vida eclesial. Parece claro que la causa principal de este problema, entre otras, se puede atribuir a la falta de una evangelización en la que Cristo y su Iglesia estén en el centro de toda explicación. Las personas más vulnerables al proselitismo agresivo de las sectas -que, con razón constituye motivo de preocu-

pación- e incapaces de resistir a las embestidas del agnosticismo, del relativismo y del laicismo son generalmente los bautizados no suficientemente evangelizados, fácilmente influenciados porque poseen una fe frágil y, a veces, confusa, vacilante e ingenua, aunque conserven una religiosidad innata.

En la encíclica *Deus caritas est* recordé que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1). Por tanto, es necesario emprender la actividad apostólica como una verdadera misión en el ámbito del rebaño que constituye la Iglesia católica en Brasil, promoviendo una evangelización metódica y capilar con vistas a una adhesión personal y comunitaria a Cristo. En efecto, *se trata de no escatimar esfuerzos en la búsqueda de los católicos que se han alejado y de los que conocen poco o nada a Jesucristo*, a través de una pastoral de la acogida que les ayude a sentir a la Iglesia como lugar privilegiado del encuentro con Dios y mediante un itinerario catequético permanente.

En una palabra, se requiere una misión evangelizadora que movilice todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño. Mi pensamiento se dirige, por tanto, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, en favor de la difusión de la verdad evangélica. Muchos de ellos colaboran o participan

activamente en las asociaciones, en los movimientos y en las otras nuevas realidades eclesiales que, en comunión con sus pastores y de acuerdo con las orientaciones diocesanas, llevan su riqueza espiritual, educativa y misionera al corazón de la Iglesia, como preciosa experiencia y propuesta de vida cristiana.

En este esfuerzo evangelizador, la comunidad eclesial se distingue por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo a las casas de las periferias urbanas y del interior, a sus misioneros, laicos o religiosos, tratando de dialogar con todos con espíritu de comprensión y de caridad delicada. Sin embargo, si las personas con quienes se encuentran viven en una situación de pobreza, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad. La gente pobre de las periferias urbanas o del campo necesita sentir la cercanía de la Iglesia, tanto en la ayuda para sus necesidades más urgentes, como en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundada en la justicia y en la paz.

Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio y el obispo, formado a imagen del buen Pastor, debe estar particularmente atento a ofrecer el bálsamo divino de la fe, sin descuidar el “pan material”. Como puse de relieve en la encíclica *Deus caritas est*, “la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los sacramentos y la Palabra” (n. 22).

La vida sacramental, especialmente a través de la confesión y de la Eucaristía, asume aquí una importancia de primera magnitud. Los pastores tenéis la tarea principal de asegurar la participación de los fieles en la vida eucarística y en el sacramento de la Reconciliación; debéis vigilar para que la confesión y la absolución de los pecados sean ordinariamente individuales, como el pecado constituye un hecho profundamente personal (cf. *Reconciliatio et paenitentia*, 31, III). Solamente la imposibilidad física o moral exime al fiel de esta forma de confesión, pudiendo en este caso conseguir la reconciliación por otros medios (cf. *Código de derecho canónico*, can. 960; *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, n. 311). Por eso, conviene inculcar en los sacerdotes la práctica de la generosa disponibilidad para atender a los fieles que recurren al sacramento de la misericordia de Dios (cf. carta apostólica *Misericordia Dei*, 2).

4. Recomenzar desde Cristo en todos los ámbitos de la misión, redescubrir en Jesús el amor y la salvación que el Padre nos da, por el Espíritu Santo, es la substancia, la raíz de la misión episcopal, que hace del obispo el primer responsable de la catequesis diocesana. A él le corresponde la dirección superior de la catequesis, rodeándose de colaboradores competentes y dignos de confianza. Por tanto, *es obvio que sus catequistas no son simples comunicadores de experiencias de fe, sino que deben ser auténticos transmisores, bajo la guía de su pastor, de las verdades reveladas.*

La fe es un camino, dirigido por el Espíritu Santo, que se compendia en dos palabras: conversión y seguimiento. Estas dos palabras clave de la tradición cristiana indican con claridad que la fe en Cristo implica una praxis de vida basada en el doble mandamiento del amor, a Dios y al prójimo, y expresan también la dimensión social de la vida.

La verdad supone un conocimiento claro del mensaje de Jesús, transmitido gracias a un lenguaje inculturado comprensible, pero necesariamente fiel a la propuesta del Evangelio. En los tiempos actuales es urgente un conocimiento adecuado de la fe, como está bien sintetizada en el *Catecismo de la Iglesia católica*, con su *Compendio*. La educación en las virtudes personales y sociales del cristiano, así como la educación en la responsabilidad social, forman parte también de la catequesis esencial. Precisamente porque la fe, la vida y la celebración de la sagrada liturgia como fuente de fe y de vida son inseparables, es necesaria una aplicación más correcta de los principios indicados por el concilio Vaticano II en lo que respecta a la liturgia de la Iglesia, incluyendo las disposiciones contenidas en el *Directorio para los obispos* (cf. nn. 145-151), con el propósito de devolver a la liturgia su carácter sagrado.

Con esta finalidad mi venerable predecesor en la Cátedra de Pedro, Juan Pablo II, renovó “una apremiante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. (...) La liturgia

nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los sagrados misterios” (*Ecclesia de Eucharistia*, 52). Redescubrir y valorar la obediencia a las normas litúrgicas por parte de los obispos, como “moderadores de la vida litúrgica de la Iglesia”, significa dar testimonio de la Iglesia misma, una y universal, que preside en la caridad.

5. Es necesario dar un salto de calidad en la vida cristiana del pueblo, para que pueda testimoniar su fe de forma límpida y clara. Esta fe, celebrada y participada en la liturgia y en la caridad, alimenta y fortifica a la comunidad de los discípulos del Señor, y los edifica como Iglesia misionera y profética. El Episcopado brasileño posee una estructura de gran envergadura, cuyos Estatutos fueron revisados hace poco para su mejor aplicación y para una dedicación más exclusiva al bien de la Iglesia. El Papa ha venido a Brasil para pedirnos que, siguiendo la palabra de Dios, todos los venerables hermanos en el episcopado sean portadores *de eterna salvación para todos los que obedecen a Cristo* (cf. *Hb* 5, 9).

Nosotros, los pastores, en la línea del compromiso asumido como sucesores de los Apóstoles, debemos ser fieles servidores de la Palabra, sin visiones reductivas ni confusiones en la misión que se nos ha confiado. No basta observar la realidad desde la fe personal; es necesario trabajar con el Evangelio en las manos y arraigados en la auténtica herencia de la Tradición apostólica, sin

interpretaciones motivadas por ideologías racionalistas.

Así, “en las Iglesias particulares corresponde al obispo custodiar e interpretar la palabra de Dios y juzgar con autoridad lo que le es conforme o no” (Congregación para la doctrina de la fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, n. 19). El obispo, como maestro de fe y de doctrina, podrá contar con la colaboración del teólogo que, “en su compromiso al servicio de la verdad, para mantenerse fiel a su oficio, deberá tener en cuenta la misión propia del Magisterio y colaborar con él” (*ib.*, n. 20). El deber de conservar el depósito de la fe y de mantener su unidad exige una estrecha vigilancia “para que ese depósito se conserve y se transmita fielmente, y para que las posiciones particulares se unifiquen en la integridad del Evangelio de Cristo” (*Directorio para el ministerio pastoral de los obispos*, n. 126).

He aquí, por tanto, la enorme responsabilidad que asumís como formadores del pueblo, especialmente de vuestros sacerdotes y religiosos. Son ellos vuestros fieles colaboradores. Conozco el empeño con que tratáis de formar las nuevas vocaciones sacerdotales y religiosas. La formación teológica y en las disciplinas eclesíásticas exige una actualización constante, pero siempre de acuerdo con el Magisterio auténtico de la Iglesia.

Apelo a vuestro celo sacerdotal y al sentido de discernimiento de las vocaciones, también para saber com-

pletar la dimensión espiritual, psicoafectiva, intelectual y pastoral en jóvenes maduros y disponibles al servicio de la Iglesia. Un buen y asiduo acompañamiento espiritual es indispensable para favorecer la maduración humana y evita el peligro de desviaciones en el campo de la sexualidad. Tened siempre presente que el celibato sacerdotal constituye un don “que la Iglesia ha recibido y que quiere guardar, convencida de que es un bien para ella y para el mundo” (*Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 57).

Quiero encomendar a vuestra solicitud también a las comunidades religiosas que se insertan en la vida de vuestra diócesis. Dan una valiosa contribución, pues, “hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo” (1 Co 12, 4). La Iglesia no puede menos de manifestar alegría y aprecio por todo aquello que los religiosos están realizando mediante universidades, escuelas, hospitales y otras obras e instituciones.

6. Conozco la dinámica de vuestras asambleas y el esfuerzo por definir los diversos planes pastorales, para que den prioridad a la formación del clero y de los agentes de la pastoral. Algunos de vosotros habéis fomentado movimientos de evangelización para facilitar la agrupación de los fieles en una línea determinada de acción. El Sucesor de Pedro cuenta con vosotros para que vuestra preparación se apoye siempre en la espiritualidad de comunión y de fidelidad a la Sede de Pedro, a fin de garantizar

que la acción del Espíritu no sea vana. En efecto, *la integridad de la fe, juntamente con la disciplina eclesial, es y será siempre un tema que exigirá atención y compromiso por parte de todos vosotros, especialmente cuando se trata de sacar las consecuencias del hecho de que existe "una sola fe y un solo bautismo"*.

Como sabéis, entre los diversos documentos que se ocupan de la unidad de los cristianos está el *Directorio para el ecumenismo*, publicado por el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos. En nuestro tiempo, en el que se está produciendo el encuentro de las culturas y el desafío del secularismo, el ecumenismo, o sea, la búsqueda de la unidad de los cristianos, se está convirtiendo en una tarea de la Iglesia católica cada vez más urgente. Sin embargo, como consecuencia de la continua multiplicación de denominaciones cristianas, y, sobre todo, ante ciertas formas de proselitismo, frecuentemente agresivo, el compromiso ecuménico resulta una tarea compleja. En ese contexto, es indispensable una buena formación histórica y doctrinal, que posibilite el necesario discernimiento y ayude a entender la identidad específica de cada una de las comunidades, los elementos que dividen y los que ayudan en el camino hacia la construcción de la unidad.

El gran campo común de colaboración debería ser la defensa de los valores morales fundamentales, transmitidos por la tradición bíblica, contra su destrucción

en una cultura relativista y consumista; y también la fe en Dios creador y en Jesucristo, su Hijo encarnado. Además, vale siempre el principio del amor fraterno y de la búsqueda de comprensión y de acercamiento mutuo; pero también la defensa de la fe de nuestro pueblo, confirmándolo en la gozosa certeza de que la *"única Christi Ecclesia... subsistit in Ecclesia catholica, a successore Petri et episcopis in eius communione gubernata"* ("la única Iglesia de Cristo... subsiste en la Iglesia católica gobernada por el Sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él") (*Lumen gentium*, 8).

En este sentido se procederá a un diálogo ecuménico franco, a través del Consejo nacional de las Iglesias cristianas, comprometiéndose al pleno respeto de las demás confesiones religiosas, deseosas de mantenerse en contacto con la Iglesia católica que está en Brasil.

7. No es ninguna novedad la constatación de que vuestro país convive con un déficit histórico de desarrollo social, cuyos rasgos extremos son el inmenso contingente de brasileños que viven en situación de indigencia y una desigualdad en la distribución de la renta que alcanza niveles muy elevados. A vosotros, venerables hermanos, como jerarquía del pueblo de Dios, os compete promover la búsqueda de soluciones nuevas y llenas de espíritu cristiano.

Una visión de la economía y de los problemas sociales desde la perspectiva de la doctrina social de la Iglesia lleva

a considerar las cosas siempre desde el punto de vista de la dignidad del hombre, que trasciende el simple juego de los factores económicos. Por eso, es preciso trabajar incansablemente en favor de la formación de los políticos, así como de todos los brasileños que tienen algún poder de decisión, grande o pequeño, y en general de todos los miembros de la sociedad, de modo que asuman plenamente sus propias responsabilidades y sepan dar un rostro humano y solidario a la economía.

Es necesario formar en las clases políticas y empresariales un auténtico espíritu de veracidad y de honradez. Quienes asuman un papel de liderazgo en la sociedad deben tratar de prever las consecuencias sociales, directas e indirectas, a corto y a largo plazo, de sus propias decisiones, actuando según criterios de maximización del bien común, en vez de buscar ganancias personales.

8. Queridos hermanos, si Dios quiere, encontraremos otras oportunidades para profundizar las cuestiones que interpelan nuestra solicitud pastoral conjunta. Esta vez, he querido exponer, ciertamente no de manera exhaustiva, los temas más relevantes que se imponen a mi consideración de Pastor de la Iglesia universal.

Os transmito mi afectuoso aliento, que es, al mismo tiempo, una fraterna y sentida súplica, para que prosigáis y trabajéis siempre, como venís haciendo, en concordia, teniendo como vuestro fundamento una comunión que en la

Eucaristía encuentra su momento cumbre y su manantial inagotable.

Os encomiendo a todos a María santísima, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, a la vez que de todo corazón os imparto a cada uno de vosotros y a vuestras respectivas comunidades la bendición apostólica.

¡Gracias!

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a la comunidad de la Hacienda de la  
Esperanza**

Queridos amigos y amigas,

¡Finalmente estoy en la Hacienda Esperanza!

1. Con particular afecto, saludo a Fray Hans Stapel, Fundador de la Obra Social Nuestra Señora de la Gloria, también conocida como Hacienda de la Esperanza. Deseo desde ya congratularme por todos ustedes, por haber creído en el ideal de bien y de paz que este lugar significa.

A todos los que en fase de recuperación, así como a los rehabilitados, voluntarios, familias, ex internos y bienhechores de todas las haciendas representadas que se encuentran en esta ocasión para encontrarse con el Papa, os digo: ¡Paz y Bien!

Sé que aquí se encuentran reunidos los representantes de diversos países, donde la Hacienda de la Esperanza posee sedes. Vinieron a ver el Papa. Vinieron a oír y asimilar lo que él les quería decir.

2. La Iglesia de hoy debe reavivar en sí misma la conciencia de la tarea de proponer al mundo la voz de Aquél que dijo: «Soy la luz del mundo. Quien me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). Por su parte, la tarea del Papa es renovar en los corazones esa luz que no ofusca, pues quiere iluminar lo íntimo de las almas que buscan el verdadero bien y la paz, que el mundo no puede dar. Un fulgor como éste, sólo necesita un corazón abierto a los anhelos divinos. Dios no fuerza, no oprime la libertad individual; pide sólo la apertura de aquel sagrario de nuestra conciencia por donde pasan todas las aspiraciones más nobles, pero también afectos y pasiones desordenadas que ofuscan el mensaje del Altísimo.

3. «He aquí que estoy a la puerta, y llamo: Si alguien oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos, yo con él y él conmigo» (Ap 3,20). Son palabras divinas que tocan el fondo del alma y que mueven hasta sus raíces más profundas.

A cierta altura de la vida, Jesús viene y toca, con suaves toques, en el fondo de los corazones bien dispuestos. Con ustedes, Él lo hizo a través de una persona amiga o de un sacerdote o, posiblemente, providenció una serie de coinciden-

cias para decir que son objeto de predilección divina. Mediante la institución que los alberga, el Señor proporcionó esta experiencia de recuperación física y espiritual de vital importancia para ustedes y sus familiares. Además, la sociedad espera que sepan divulgar éste bien precioso de la salud entre los amigos y miembros de toda la comunidad.

¡Ustedes deben ser los embajadores de la esperanza! Brasil posee una estadística, de las más relevantes, en lo que respecta a dependencia química de drogas y estupefacientes. Y América Latina no se queda atrás. Por eso, digo a los que comercializan la droga que piensen en el mal que están provocándoles a una multitud de jóvenes y de adultos de todos los segmentos de la sociedad: Dios se los va a cobrar. La dignidad humana no puede ser pisoteada de esta manera. El mal provocado recibe la misma reprobación hecha por Jesús a los que escandalizaban a los “pequeñitos”, los preferidos de Dios (cf. Mt 18, 7-10).

4. Mediante una terapia, que incluye la asistencia médica, psicológica y pedagógica, pero también mucha oración, trabajo manual y disciplina, ya son numerosas las personas, sobretodo jóvenes, que consiguieron librarse de la dependencia química y del alcohol y recobrar el sentido de la vida.

Deseo manifestar mi aprecio por esta Obra, que tiene como base espiritual el carisma de San Francisco y la espiritualidad del Movimiento de los Focolares.

La re inserción en la sociedad constituye, sin duda, una prueba de la eficacia de la iniciativa de ustedes. Pero lo que más llama la atención, y confirma la validez del trabajo, son las conversiones, el reencuentro con Dios y la participación activa en la vida de la Iglesia. No basta curar el cuerpo, es necesario adornar el alma con los más preciosos dones divinos conquistados a través del Bautismo.

Vamos a agradecer a Dios por haber querido colocar tantas almas en el camino de una esperanza renovada, con el auxilio de Sacramento del perdón y de la celebración de la Eucaristía.

5. Queridos amigos, no podría dejar pasar esta oportunidad para agradecer también a todos los que colaboran material o espiritualmente para dar continuidad Obra Social Nuestra Señora de la Gloria. Que Dios bendiga a Fray Hans Stapel y Nelson Giovanelli Ros por haber acogido su invitación para que dediquen su vida a ustedes. Bendiga también a todos los que trabajan en esta Obra: los consagrados y las consagradas; los voluntarios y las voluntarias. Una bendición especial va para todas las personas amigas que la sostienen: autoridades, grupos de apoyo y todos que aman a Cristo presente en éstos sus hijos predilectos.

Mi pensamiento va ahora a la muchas otras instituciones del mundo entero que trabajan para restituir la vida, y vida nueva, a éstos nuestros hermanos presentes en nuestra sociedad, y que Dios ama con un amor preferencial. Pienso también en los

muchos grupos de Alcohólicos Anónimos y de Narcóticos Anónimos, y en la Pastoral de la Sobriedad que ya trabaja en muchas comunidades, prestando sus generosos auxilios en favor de la vida.

6. La proximidad del Santuario de Aparecida nos asegura que la Hacienda de la Esperanza nació bajo sus bendiciones y su mirada maternal. Hace mucho que vengo pidiendo a la Madre, Reina y Patrona del Brasil, que extienda su manto protector sobre los que participarán en la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe. La presencia de ustedes aquí, supone una ayuda considerable para el éxito de esta gran asamblea; pongan sus oraciones, sacrificios y renunciaciones en el altar de la Capilla, ciertos de que, en el Santo Sacrificio del Altar, estas ofrendas subirán a los cielos como un suave aroma en la presencia del Altísimo. Cuento con su ayuda. Que San Fray Galvão y Santa Crescencia amparen y protejan a cada uno. A todos ustedes bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

**Saludo del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a las hermanas Clarisas en  
la Hacienda de la Esperanza**

“Alabado seas, mi Señor, por todas tu criaturas”

Con esta salutación al Omnipotente y Buen Señor, el santo Pobre de Asís reco-

nocía la bondad única del Dios Creador y la dulzura, la fuerza y la belleza que serenamente se esparcen en todas las criaturas, haciendo de ellas espejo de la omnipotencia del Creador.

Este nuestro encuentro, queridas hermanas Clarisas, en esta Hacienda de la Esperanza, quiere ser la manifestación de un gesto de cariño del sucesor de Pedro a las hermanas de clausura y también un sereno murmullo de amor que resuena por estas colinas y valles de la Sierra de la Mantiqueira y resuena en toda la tierra: “No son discursos ni frases o palabras, ni son voces que puedan ser oídas; su sonido resuena y se esparce por toda la tierra, llega a los confines del universo su voz” (Sal 18,4-5). De aquí las hijas de Santa Clara proclaman; “¡Alabado seas, mi Señor, por todas tus criaturas!”.

Allí donde la sociedad no ve más futuro o esperanza, los cristianos están llamados a anunciar la fuerza de la Resurrección: justamente aquí en esta Hacienda de la Esperanza, donde se encuentran tantas personas, principalmente jóvenes, que buscan superar el problema de las drogas, del alcohol y de la dependencia química, se testimonia el Evangelio de Cristo en medio de una sociedad consumista alejada de Dios. ¡Qué diversa es la perspectiva del Creador en su obra! Las hermanas Clarisas y otros religiosos de clausura - que, en la vida contemplativa, escrutan la grandeza de Dios y descubren también la belleza de las criaturas - pueden, con el autor sagrado, contemplar el propio Dios, arro-

bado, maravillado delante de Su obra, de Su criatura amada: “¡Dios contempló todo lo que había hecho y todo estaba muy bien!” (Gen 1, 31).

Cuando el pecado entró en el mundo y, con él, la muerte, la criatura amada de Dios - aunque herida - no perdió totalmente su belleza: al contrario, recibió un amor mayor: “Oh feliz culpa que nos mereció un tan grande Redentor” - proclama la Iglesia en la noche misteriosa y clara de la Pascua (Exultet). Es el Cristo resucitado que cura las heridas y salva a los hijos e hijas de Dios, salva a la humanidad de la muerte, del pecado y de la esclavitud de las pasiones. La Pascua de Cristo une la tierra y el cielo. En esta Hacienda de la Esperanza se unen las oraciones de las Clarisas y el trabajo arduo de la medicina y de la laborterapia para vencer las prisiones y romper los grilletes de las drogas que hacen sufrir a los hijos amados de Dios.

Se recompone, así, la belleza de las criaturas que encanta y maravilla su Creador. Éste es el Padre todopoderoso, el único cuyo ser es el amor y cuya gloria es el ser humano vivo - como lo dijo San Irineo. Él “tanto amó el mundo, que envió a su Hijo” (Jn 3,16) para recoger al caído en el camino, asaltado y herido por los ladrones en el camino de Jerusalén a Jericó. En los caminos del mundo, Jesús es “la mano que el Padre extiende a los pecadores; es el camino por el cual nos llega la paz” (anáfora eucarística). Sí, aquí descubrimos que la belleza de las criaturas y el amor de Dios son insepara-

bles. Francisco y Clara de Asís también descubren este secreto y proponen a sus hijos e hijas una sola cosa - y muy simple: vivir el Evangelio. Ésta es su norma de conducta y su regla de vida. Clara lo expresó muy bien, cuando dice a sus hermanas: “Tened entre vosotros, hijas mías, el mismo amor con el cual Cristo os amó” (Testamento).

Es en este amor que Fray Hans las invitó a ser la retaguardia de todo el trabajo desarrollado en la Hacienda de la Esperanza. En la fuerza de la oración silenciosa, en los ayunos y penitencias, las hijas de Santa Clara viven el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, en el gesto supremo de amar hasta el fin.

¡Esto significa jamás perder la esperanza! Por eso el nombre de esta obra de Fray Hans: “Hacienda de la Esperanza”. Pues es necesario edificar, construir la esperanza, tejiendo el tejido de una sociedad que, en el extenderse de los hilos de la vida, pierde el propio sentimiento de esperanza. Esta pérdida – como dijo San Pablo - es como una maldición que la persona humana impone a sí misma: “personas sin afecto” (Rm 1,31).

Queridísimas hermanas, sed las anunciadoras de que “la esperanza no decepciona” (Rm 5,5). El dolor del Crucificado, que atravesó el alma de María al pie de la cruz, consuela tantos corazones maternos y paternos que lloran de dolor por sus hijos aún dependientes de las drogas. Anunciad por el silencio oferente de la oración, silencio grandilocuente que el

Padre escucha; anunciad el mensaje del amor que vence al dolor, las drogas y la muerte. Anunciad a Jesucristo, humano cómo nosotros, ¡sufridor cómo nosotros, que tomó sobre sí nuestros pecados para de ellos liberarnos!

Estamos por iniciar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en el Santuario de Aparecida - tan cerca de esta Hacienda de la Esperanza. Confío también en sus oraciones, para que nuestros pueblos tengan vida en Jesucristo y todos nosotros seamos sus discípulos y misioneros. Ruego a María - la Madre Aparecida, la Virgen de Nazaret - quien, en el seguimiento de su Hijo, guardaba todas las cosas en su corazón, que las guarde en el silencio fecundo de la oración.

A todas las hermanas de clausura, de manera especial a las Clarisas presentes en esta obra, mi bendición y afecto.

**Rezo del Santo Rosario y encuentro con los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y diáconos en la Basílica del Santuario de Aparecida**

*Discurso* (12 de mayo de 2007)

Señores Cardenales,

Venerados Hermanos en el Episcopado y Presbiterado,

¡Amados religiosos y todos vosotros

que, impelidos por la voz de Jesucristo, lo seguisteis por amor!

¡Estimados seminaristas, que os estáis disponiendo para el ministerio sacerdotal!

¡Queridos representantes de los Movimientos eclesiales, y todos vosotros laicos que lleváis la fuerza del Evangelio al mundo del trabajo y de la cultura, en el seno de las familias, así como a vuestras parroquias!

1. Como los Apóstoles, juntamente con María, «subieron a la sala de encima» y allí «unidos por el mismo sentimiento, se entregaban asiduamente a la oración» (*Hechos* 1,13-14), así también hoy nos reunimos aquí en el Santuario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que es para nosotros en esta hora «la sala de encima», donde María, Madre del Señor, se encuentra en medio a nosotros. Hoy es Ella quien orienta nuestra meditación; Ella nos enseña a rezar. Es Ella que nos muestra el modo de abrir nuestras mentes y nuestros corazones al poder del Espíritu Santo, que viene para ser comunicado al mundo entero.

Acabamos de recitar el Rosario. A través de sus ciclos meditativos, el Divino Consolador quiere introducirnos en el conocimiento de un Cristo que brota de la fuente límpida del texto evangélico. Por su parte, la Iglesia del tercer milenio se propone dar a los cristianos la capacidad de «conocer - con palabras de

San Pablo - el misterio de Dios, esto es Cristo, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (*Col* 2,2-3). María Santísima, la Virgen Pura y sin Mancha es para nosotros escuela de fe destinada a conducirnos y a fortalecernos en el camino que lleva al encuentro con el Creador del Cielo y de la Tierra. El Papa vino a Aparecida con viva alegría para deciros en primer lugar: “Permaneced en la escuela de María”. Inspiraos en sus enseñanzas. Procurad acoger y guardar dentro del corazón las luces que Ella, por mandato divino, os envía desde lo alto.

Como es bueno estar aquí reunidos en nombre de Cristo, en la fe, en la fraternidad, en la alegría, en la paz, “en la oración con María, la Madre de Jesús” (*Hechos* 1,14). Como es bueno, queridos Presbíteros, Diáconos, Consagrados y Consagradas, Seminaristas y Familias Cristianas, estar aquí en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que es Morada de Dios, Casa de María y Casa de Hermanos y que en estos días se transforma también en Sede de la V Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe. Cómo es bueno estar aquí en esta Basílica Mariana hacia dónde, este tiempo, ¡convergen las miradas y las esperanzas del mundo cristiano, de modo especial de América Latina y del Caribe!

2. ¡Me siento muy feliz de estar aquí con vosotros, en medio de vosotros! ¡El Papa os ama! ¡El Papa os saluda afectuosamente! ¡Reza por vosotros! Y suplica

al Señor las más preciosas bendiciones para los Movimientos, Asociaciones y las nuevas realidades eclesiales, ¡expresión viva de la perenne juventud de la Iglesia! ¡Qué seáis muy bendecidos! Va aquí mi saludo afectuoso a vosotras, Familias aquí congregadas y que representáis todas las queridísimas Familias Cristianas presentes en el mundo entero. Me alegro de modo especialísimo con vosotros y os envío mi abrazo de paz.

Agradezco la acogida y la hospitalidad del Pueblo brasileño. ¡desde que llegué aquí fui recibido con mucho cariño! Las varias manifestaciones de aprecio y saludo demuestran cuánto queréis bien, estimáis y respetáis el Sucesor del Apóstol Pedro. Mi predecesor, el Siervo de Dios Papa, Juan Pablo II, se refirió varias veces a vuestra simpatía y espíritu de acogida fraterna. ¡Él tenía toda la razón!

3. Saludo a los estimados padres aquí presentes, pienso y oro por todos los sacerdotes diseminados por el mundo entero, de modo particular por los de América Latina y del Caribe, incluyendo entre ellos a los que son *fidei donum*. Cuántos desafíos, cuántas situaciones difíciles enfrentáis, ¡cuánta generosidad, cuánta donación, sacrificios y renuncias! La fidelidad en el ejercicio del ministerio y en la vida de oración, la búsqueda de la santidad, la entrega total a Dios al servicio de los hermanos y hermanas, gastando vuestras vidas y energías, promoviendo la justicia, la fraternidad, la solidaridad, el compartir, - todo eso le habla fuertemente a mi corazón de pastor. El

testimonio de un sacerdocio bien vivido dignifica a la Iglesia, suscita admiración en los fieles, es fuente de bendición para la Comunidad, es la mejor promoción vocacional, es la más auténtica invitación para que otros jóvenes también respondan positivamente a los llamados del Señor. ¡Es la verdadera colaboración para la construcción del Reino de Dios!

Os agradezco sinceramente y os exhorto a que continuéis viviendo de modo digno la vocación que recibisteis. Qué el fervor misionero, que la vibración por una evangelización siempre más actualizada, ¡que el espíritu apostólico auténtico y el celo por las almas estén presentes en vuestras vidas! Mi afecto, oraciones y agradecimientos van también a los sacerdotes de edad y enfermos. ¡Vuestra conformación al Cristo Sufridor y Resucitado es el más fecundo apostolado! ¡Muchas gracias!

4. Queridos Diáconos y Seminaristas, a vosotros también que ocupáis un lugar especial en el corazón del Papa, un saludo muy fraternal y cordial. La jovialidad, el entusiasmo, el idealismo, el ánimo para enfrentar con audacia los nuevos desafíos, renuevan la disponibilidad del Pueblo de Dios, vuelven a los fieles más dinámicos y hacen crecer a la Comunidad Cristiana, progresar, ser más confiados, felices y optimistas. Agradezco el testimonio que ofrecéis, colaborando con vuestros Obispos en los trabajos pastorales de las diócesis. Tened siempre delante de los ojos la figura de Jesús, el Buen Pastor, que “vino no para ser ser-

vido, pero para servir y dar su vida para rescatar a la multitud” (*Mt* 20,28). Sed como los primeros diáconos de la Iglesia: hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo, de sabiduría y de fe (cf. *Hechos* 6, 3-5). Y vosotros, Seminaristas dad gracias a Dios por el llamado que Él os hace. Recordaos que el Seminario es la “¡cuna de vuestra vocación y escena de la primera experiencia de comunión” (Directorio para el Ministerio y vida de los Presbíteros, 32). Rezo para que seáis, si Dios quiere, sacerdotes santos, fieles y felices en servir a la Iglesia!

5. Detengo mirada y atención ahora sobre vosotros, estimados consagrados y consagradas, aquí reunidos en el Santuario de la Madre, Reina y Patrona del Pueblo Brasileño, y también diseminados por todas partes del mundo.

Vosotros, religiosos y religiosas, sois una dádiva, un regalo, un don divino que la Iglesia recibió de su Señor. Agradezco a Dios vuestra vida y el testimonio que dais al mundo de un amor fiel a Dios y a los hermanos. Ese amor sin reservas, total, definitivo, incondicional y apasionado se expresa en el silencio, en la contemplación, en la oración y en las actividades más diversas que realizáis, en vuestras familias religiosas, en favor de la humanidad y principalmente de los más pobres y abandonados. Eso todo suscita en el corazón de los jóvenes el deseo de seguir más de cerca y radicalmente a Cristo el Señor y ofrecer la vida para dar testimonio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que Dios es Amor y que

vale la pena dejarse cautivar y fascinar para dedicarse exclusivamente a Él (cf. Exort. ap. «*Vita Consecrata*», 15).

La vida religiosa en Brasil siempre ha sido significativa y ha tenido un papel destacado en la obra de la evangelización, desde los inicios de la colonización. Ayer aún, tuve la grande satisfacción de presidir la Celebración Eucarística en la cual fue canonizado San Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero y religioso franciscano, primer Santo nacido en Brasil. A su lado, otro testimonio admirable de consagrada es Santa Paulina, fundadora de las Hermanitas de la Inmaculada Concepción. Tendría muchos otros ejemplos para citar. Que todos ellos os sirvan de estímulo para vivir una consagración total. ¡Dios os bendiga!

6. Hoy, en vísperas de la apertura de la V Conferencia General de los Obispos de América Latina y del Caribe, que tendré el gusto de presidir, siento el deseo de deciros a todos vosotros cuán importante es el sentido de nuestra pertenencia a la Iglesia, que hace a los cristianos crecer y madurar como hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre. Queridos hombres y mujeres de América Latina sé que tenéis una gran sed de Dios. Sé que seguís a Aquel Jesús, que dijo “Nadie va al Padre sino por mí” (*Jn* 14,6). Por eso el Papa quiere deciros a todos: ¡La Iglesia es nuestra Casa! ¡Esta es nuestra Casa! ¡En la Iglesia Católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo! ¡Quien acepta a Cristo: “Camino, Verdad y Vida”, en su totalidad, tiene garantiza-

da la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida. Por eso, el Papa vino aquí para rezar y confesar con todos vosotros: ¡vale la pena ser fieles, vale la pena perseverar en la propia fe! Pero la coherencia en la fe necesita también una sólida formación doctrinal y espiritual, contribuyendo así a la construcción de una sociedad más justa, más humana y cristiana. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, incluso en su versión más reducida, publicada con el título de *Compendio*, ayudará a tener nociones claras sobre nuestra fe. Vamos a pedir, ya desde ahora, que la venida del Espíritu Santo sea para todos como un nuevo Pentecostés, a fin de iluminar con la luz de lo Alto nuestros corazones y nuestra fe.

7. Es con gran esperanza que me dirijo a todos vosotros, que os encontráis dentro de esta majestuosa Basílica, o que participaron del Santo Rosario desde fuera, para invitarlos a volverse profundamente misioneros y para llevar la Buena Nueva del Evangelio por todos los puntos cardinales de América Latina y del mundo.

Vamos a pedir a la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que cuide la vida de todos los cristianos. Ella, que es la Estrella de la Evangelización, guíe nuestros pasos en el camino al Reino celestial:

*“Madre nuestra, protege la familia brasileña y latinoamericana! Ampara, bajo tu manto protector a los hijos de esta Patria querida que nos acoge,*

*Tú que eres la Abogada junto a tu Hijo Jesús, dale al Pueblo brasileño paz constante y prosperidad completa, Concede a nuestros hermanos de toda la geografía latinoamericana un verdadero fervor misionero irradiador de fe y de esperanza, Haz que tu clamor de Fátima por la conversión de los pecadores, sea realidad, y transforme la vida de nuestra sociedad, Y tú, que desde el Santuario de Guadalupe, intercedes por el pueblo del Continente de la esperanza, bendice sus tierras y sus hogares.*

Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la misa de inauguración de  
la Conferencia del Episcopado  
Latinoamericano**

Santuario de Nuestra Señora  
Aparecida, domingo, 13 mayo 2007

Venerables Hermanos en el  
Episcopado,

¡queridos sacerdotes y vosotros todos,  
hermanas y hermanos en el Señor!

No existen palabras para expresar la alegría de encontrarme con vosotros para celebrar esta solemne Eucaristía, con ocasión de la apertura de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. A todos saludo con mucha cordialidad, de modo particular al arzobispo de Aparecida,

monseñor Raymundo Damasceno Assis, agradeciendo las palabras que me fueron dirigidas en nombre de toda la asamblea, y a los cardenales presidentes de esta Conferencia General.

Saludo con deferencia a las autoridades civiles y militares que nos honran con su presencia. Desde este Santuario extiendo mi pensamiento, con mucho afecto y oración, a todos aquéllos que se nos unen espiritualmente en este día, de modo especial a las comunidades de vida consagrada, a los jóvenes comprometidos en movimientos y asociaciones, a las familias, bien como a los enfermos y a los ancianos. A todos les quiero decir: «Gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de parte del Señor Jesucristo» (1 Cor 1,13).

Considero un don especial de la Providencia que esta Santa Misa sea celebrada este tiempo y en este lugar. El tiempo es el litúrgico del sexto Domingo de Pascua: está próxima la fiesta de Pentecostés, y la Iglesia es invitada a intensificar la invocación al Espíritu Santo. El lugar es el Santuario nacional de Nuestra Señora Aparecida, corazón mariano del Brasil: Maria nos acoge en este Cenáculo y, como Madre y Maestra, nos ayuda a elevar a Dios una plegaria unánime y confiada.

Esta celebración litúrgica constituye el fundamento más sólido de la V Conferencia, porque pone en su base la oración y la Eucaristía, «Sacramentum caritatis». En efecto, solo la caridad de Cristo, emanada por el Espíritu Santo,

puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este Continente y para el mundo entero.

Esta tarde tendré la posibilidad de entrar en el mérito de los contenidos sugeridos por el tema de vuestra Conferencia. Demos ahora espacio a la Palabra de Dios, que con alegría acogemos, con el corazón abierto y dócil, a ejemplo de Maria, Nuestra Señora de la Concepción, a fin de que, por el poder del Espíritu Santo, Cristo pueda nuevamente «hacerse carne» en el hoy de nuestra historia.

La primera Lectura, tomada de los *Hechos de los Apóstoles*, se refiere al así llamado «Concilio de Jerusalén», que consideró la cuestión de si a los paganos convertidos al cristianismo debería imponerse la observancia de la ley mosaica. El texto, dejando de lado la discusión sobre «los Apóstoles y los ancianos» (15,4-21), transcribe la decisión final, que viene colocada por escrito en una carta y confiada a dos comisarios, a fin de que sea entregada a la comunidad de Antioquia (vv. 22-29).

Esta página de los *Hechos de los Apóstoles* nos es muy apropiada, por haber venido aquí para una reunión eclesial. Nos habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que vienen a ser aclarados por los «Apóstoles» y por los «ancianos» con la luz del Espíritu Santo, el cual, como nos narra el Evangelio de hoy, recuerda

la enseñanza de Jesucristo (cf. *Jn* 14,26) ayudando así a la comunidad cristiana a caminar en la caridad en búsqueda de la verdad plena (cf. *Jn* 16,13). Los jefes de la Iglesia discuten y se enfrentan, siempre sin embargo en actitud de religiosa escucha de la Palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: «Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros ...» (*Hch* 15,28).

Éste es el «método» con el cual nosotros actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas como en las grandes asambleas. No es una simple cuestión de procedimiento; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo. En el caso de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y el Caribe, la primera, realizada en Río de Janeiro en 1955, recurrió a una Carta especial enviada por el Papa Pío XII, de venerada memoria; en las otras, hasta la actual, fue el Obispo de Roma que se dirigió a la sede de la reunión continental para presidir las fases iniciales.

Con devoto reconocimiento dirigimos nuestro pensamiento a los Siervos de Dios Pablo VI y Juan Pablo II que, en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, testimoniaron la proximidad de la Iglesia universal en las Iglesias que están en América Latina y que constituyen, en proporción, la mayor parte de la Comunidad católica.

«Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros ...». Ésta es la Iglesia: nosotros, la

comunidad de fieles, el Pueblo de Dios, con sus Pastores llamados a hacer de guías del camino; juntos con el Espíritu Santo, Espíritu del Padre mandado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquél que es «mayor» de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo «menor» por nuestra causa. Espíritu Paráclito, Advocatus, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, libres de inquietud y de temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar (cf. *Jn* 14, 26-27).

El Espíritu acompaña a la Iglesia en el largo camino que se extiende entre la primera y la segunda venida de Cristo: «Voy, y vuelvo a vosotros» (*Jn* 14,28), dijo Jesús a los Apóstoles. Entre la «ida» y la «vuelta» de Cristo está el tiempo de la Iglesia, que es su Cuerpo, están éstos dos mil años transcurridos hasta ahora; están también estos poco más de cinco siglos en los que la Iglesia se hizo peregrina en las Américas, difundiendo en los fieles la vida de Cristo a través de los Sacramentos y lanzando en estas tierras la buena semilla del Evangelio, que rindió treinta, sesenta e incluso el ciento por uno. Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo: Es el Maestro que forma a los discípulos: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su Palabra, a fin de que contemplen su Faz; los conforma a su Humanidad bienaventurada, pobre en espíritu, aflicta, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. *Mt* 5,3-10).

Asimismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se vuelve el «Camino» en la cual camina el discípulo. «Si alguien me ama, observará mi palabra», dice Jesús en el inicio del trecho evangélico de hoy. «La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn 14,23-24). Como Jesús transmite las palabras del Padre, así el Espíritu recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cf. Jn 14,26). Y como el amor por el Padre llevaba a Jesús a alimentarse de su voluntad, así nuestro amor por Jesús se demuestra en la obediencia a sus palabras. La fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre puede transmitirse a los discípulos gracias al Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en sus corazones (cf. Rm 5,5).

El Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como misionero del Padre. Especialmente en el Evangelio de San Juan, Jesús habla de sí tantas veces a propósito del Padre que Lo envió al mundo. Asimismo, también en el texto de hoy. Jesús dice: «La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn 14,24). En este momento, queridos amigos, somos invitados a fijar nuestra mirada en Él, porque la misión de la Iglesia subsiste solamente en cuanto prolongación de aquélla de Cristo: «Como el Padre me envió, así también yo os envío a vosotros» (Jn 20,21).

El evangelista pone de relieve, incluso de forma plástica, que esta consignación acontece en el Espíritu Santo: «Sopló sobre ellos diciendo: ‘Recibid el Espíritu

Santo...’ » (Jn 20,22). La misión de Cristo se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. Lc 12,49). Es el amor que da la vida: por eso la Iglesia es invitada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos «tengan la vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). A vosotros también, que representáis la Iglesia en América Latina, tengo la alegría de entregar nuevo idealmente mi Encíclica «*Deus caritas est*», con la cual quise indicar a todos lo que es esencial en el mensaje cristiano.

La Iglesia se siente discípula y misionera de ese Amor: misionera solamente en tanto discípula, es decir, capaz de siempre dejarse atraer, con renovado arrobamiento, por Dios que nos amó y nos ama primero (1Jn 4,10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por «atracción»: como Cristo «atrae todo a sí» con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la Cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en la que, asociada a Cristo, cumple su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

Queridos hermanos y hermanas. Éste es el rico tesoro del continente Latinoamericano; éste es su patrimonio más valioso: la fe en Dios Amor, que reveló su rostro en Jesucristo. Vosotros creéis en el Dios Amor: ésta es vuestra fuerza que vence al mundo, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatar, ¡la paz que Cristo conquistó para voso-

tros con su Cruz! Ésta es la fe que hizo de Latinoamérica el «Continente de la Esperanza».

No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.

Así lo atestigua la serie de Santos y Beatos que el Espíritu suscitó a lo largo y ancho de este Continente. El Papa Juan Pablo II os convocó para una nueva evangelización, y vosotros respondisteis a su llamado con la generosidad y el compromiso que os caracterizan. Yo os lo confirmo y, con palabras de esta Quinta Conferencia, os digo: sed discípulos fieles, para ser misioneros valientes y eficaces.

La segunda Lectura nos ha presentado la grandiosa visión de la Jerusalén celeste. Es una imagen de espléndida belleza, en la que nada es simplemente decorativo, sino que todo contribuye a la perfecta armonía de la Ciudad santa. Escribe el vidente Juan que ésta «bajaba del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios» (Ap 21,10). Pero la gloria de Dios es el Amor; por tanto la Jerusalén celeste es icono de la Iglesia entera, santa y gloriosa, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5,27), iluminada en el centro y en todas partes por la presencia de Dios-Caridad. Es llamada «novia», «la esposa del Cordero»

(Ap 20,9), porque en ella se realiza la figura nupcial que encontramos desde el principio hasta el fin en la revelación bíblica. La Ciudad-Esposa es patria de la plena comunión de Dios con los hombres; ella no necesita templo alguno ni ninguna fuente externa de luz, porque la presencia de Dios y del Cordero es inmanente y la ilumina desde dentro.

Esta imagen estupenda tiene un valor escatológico: expresa el misterio de belleza que ya constituye la forma de la Iglesia, aunque aún no haya alcanzado su plenitud. Es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos. Verla con los ojos de la fe, contemplarla y desearla, no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. «*Gaudium et spes*», 1).

Si la belleza de la Jerusalén celeste es la gloria de Dios, o sea, su amor, es precisamente y solamente en la caridad cómo podemos acercarnos a ella y, en cierto modo, habitar en ella. Quien ama al Señor Jesús y observa su palabra experimenta ya en este mundo la misteriosa presencia de Dios Uno y Trino, como hemos escuchado en el Evangelio: «Vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). Por eso, todo cristiano está llamado a ser piedra viva de esta maravillosa «morada de Dios con los hombres». ¡Qué magnífica vocación!

Una Iglesia enteramente alentada y movilizada por la caridad de Cristo, Cordero inmolado por amor, es la imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la Ciudad santa, resplandeciente de la gloria de Dios. De ella emana una fuerza misionera irresistible, que es la fuerza de la santidad.

Que la Virgen María le alcance a América Latina y el Caribe la gracia de revestirse de la fuerza de lo alto (cf. *Lc* 24,49) para irradiar en el Continente y en todo el mundo la santidad de Cristo. A Él sea dada gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

**Palabras del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al rezar el «Regina Caeli» en Aparecida**

Domingo, 13 mayo 2007

*[En portugués]*

Queridos Hermanos y Hermanas:

Os saludo con mucho afecto a todos vosotros que vinisteis de los cuatro cantos del Brasil, de América Latina y del Caribe, así como a los que me escuchan por la radio o por la televisión. Durante la celebración de la santa misa, he invocado al Espíritu Santo pidiendo por los frutos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que, dentro de poco, tendré la ocasión de

inaugurar. Pido a todos que recen por los frutos de esta gran asamblea, que llena de esperanza el porvenir de la familia latinoamericana. Sois los protagonistas del destino de vuestras Naciones. ¡Que Dios os bendiga y os acompañe!

*[En español]*

Saludo con afecto a los grupos y comunidades de lengua española aquí presentes, así como a todos los que desde España y Latinoamérica se unen espiritualmente a esta celebración. Que la Virgen María os ayude a mantener viva la llama de la fe, el amor y la concordia, para que mediante el testimonio de vuestra vida y la fidelidad a vuestra vocación de bautizados seáis luz y esperanza de la humanidad. Pidamos también para que la celebración de esta Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe produzca abundantes frutos de auténtica renovación espiritual y de incansable evangelización. ¡Que Dios os bendiga!

*[En inglés]*

Saludo calurosamente a todos los grupos angloparlantes presentes hoy. Las familias ocupan el primer lugar del corazón de la misión evangelizadora de la Iglesia, pues es en la vida de la Familia donde nuestra vida de fe se expresa y nutre en primer lugar. Padres, vosotros sois los testigos primarios de vuestros hijos de las verdades y los valores de nuestra fe: ¡rezad con vuestros hijos y

por vuestros hijos; enseñadles a través de vuestro ejemplo de fidelidad y alegría!. Ciertamente, todo discípulo, inspirado por la palabra y fortalecido por el sacramento, es llamado a la misión. Es un deber del cual nadie debe arredrarse, pues nada es más hermoso que conocer a Cristo y darlo a conocer a los demás! Que Nuestra Señora de Guadalupe sea vuestro modelo y guía. ¡Que Dios os bendiga a todos!

*[En francés]*

Queridas familias y grupos franco parlantes, os saludo de todo corazón, a vosotros que vivís en el continente sudamericano, particularmente en Haití, en Guyana Francesa y en las Antillas. Esforzaos, sobretodo, por construir entre todos, una sociedad cada vez más solidaria y fraterna, con la preocupación de hacer descubrir a los jóvenes la grandeza de los valores familiares.

*[En portugués]*

Recordamos hoy el nonagésimo aniversario de las Apariciones de Nuestra Señora en Fátima. Con su vehemente llamado a la conversión y a la penitencia es, sin duda, la más profética de las apariciones modernas. Pidámosle a la Madre de la Iglesia, a ella que conoce los sufrimientos y las esperanzas de la humanidad, que proteja nuestros hogares y nuestras comunidades.

De modo especial confiémosle aque-

llos pueblos y naciones que tienen particular necesidad, y lo hacemos con la certeza de que no dejará de atender las súplicas que con filial devoción le dirigimos.

Pienso especialmente en aquellos hermanos y hermanas que padecen hambre y, por eso, deseo recordar la «Marcha contra el hambre» promovida por el Programa Mundial de Alimentos, organismo de las Naciones Unidas encargado de la ayuda alimenticia. Esta iniciativa tiene lugar hoy en numerosas ciudades del mundo, entre las cuales Ribeirão Preto, aquí en el Brasil.

Nuestras preces se dirigen también a la Comunidad afro-brasileña que conmemora este domingo la abolición de la esclavitud en el Brasil. Que este recuerdo estimule la conciencia evangelizadora de esta realidad socio-cultural de gran importancia en la Tierra de la Santa Cruz.

Dirijo igualmente mi cordial saludo, juntamente con mis sinceros agradecimientos, a todos los Grupos y Asociaciones que aquí se encuentran. Que Dios os recompense y mantenga firmes en la fe.

Aclamemos con alegría el inicio de nuestra salvación.

Saludo especialmente las madres, que hoy celebran su día. Que Dios les bendiga!

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del  
Episcopado Latinoamericano y del  
Caribe**

*Salón de Conferencias, Santuario de  
Aparecida. Domingo 13 de mayo de 2007*

Queridos Hermanos en el Episcopado, amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Queridos observadores de otras confesiones religiosas:

Queridos Irmãos no Episcopado, amados sacerdotes, religiosos, religiosas e leigos. Queridos observadores de outras confissões religiosas:

Es motivo de gran alegría estar hoy aquí con vosotros para inaugurar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que se celebra junto al Santuario de Nuestra Señora Aparecida, Patrona del Brasil. Quiero que mis primeras palabras sean de acción de gracias y de alabanza a Dios por el gran don de la fe cristiana a las gentes de este Continente.

Deseo agradecer igualmente las amables palabras del Señor Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM, pronunciadas en nombre también de los otros Presidentes de esta Conferencia General y de los participantes en la misma.

**1. *La fe cristiana en América Latina***

La fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos. Del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este Continente expresada en el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y un mismo credo, y formando una gran sintonía en la diversidad de culturas y de lenguas. En la actualidad, esa misma fe ha de afrontar serios retos, pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos. A este respecto, la V Conferencia General va a reflexionar sobre esta situación para ayudar a los fieles cristianos a vivir su fe con alegría y coherencia, a tomar conciencia de ser discípulos y misioneros de Cristo, enviados por Él al mundo para anunciar y dar testimonio de nuestra fe y amor.

Pero, ¿qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe? Para ellos ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente. Ha significado también haber recibido, con las aguas del bautismo, la vida divina que los hizo hijos de Dios por adopción; haber recibido, además, el Espíritu Santo que ha venido a fecundar sus culturas, purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el

Verbo encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio. En efecto, el anuncio de Jesús y de su Evangelio no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña. Las auténticas culturas no están cerradas en sí mismas ni petrificadas en un determinado punto de la historia, sino que están abiertas, más aún, buscan el encuentro con otras culturas, esperan alcanzar la universalidad en el encuentro y el diálogo con otras formas de vida y con los elementos que puedan llevar a una nueva síntesis en la que se respete siempre la diversidad de las expresiones y de su realización cultural concreta.

En última instancia, sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, “el amor hasta el extremo”, no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona; por el contrario, la respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura.

La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. En realidad sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado.

La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos:

- El amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y de la reconciliación; el Dios que nos ha amado hasta entregarse por nosotros;

- El amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de Vida;

- El Dios cercano a los pobres y a los que sufren;

- La profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales y locales. Cuando la Virgen de Guadalupe se apareció al indio san Juan Diego le dijo estas significativas palabras: “*¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?*” (Nican Mopohua, nn. 118-119).

Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás Pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad

popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar.

## 2. *Continuidad con las otras Conferencias*

Esta V Conferencia General se celebra en continuidad con las otras cuatro que la precedieron en Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo. Con el mismo espíritu que las animó, los Pastores quieren dar ahora un nuevo impulso a la evangelización, a fin de que estos pueblos sigan creciendo y madurando en su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con la propia vida.

Después de la IV Conferencia General, en Santo Domingo, muchas cosas han cambiado en la sociedad. La Iglesia, que participa de los gozos y esperanzas, de las penas y alegrías de sus hijos, quiere caminar a su lado en este período de tantos desafíos, para infundirles siempre esperanza y consuelo (cf. *Gaudium et spes*, 1).

*En el mundo de hoy* se da el fenómeno de la globalización como un entramado de relaciones a nivel planetario. Aunque en ciertos aspectos es un logro de la gran familia humana y una señal de su profunda aspiración a la unidad, sin embargo comporta también el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo. Como en todos los campos de la actividad humana, la globalización

debe regirse también por la ética, poniendo todo al servicio de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios.

*En América Latina y el Caribe*, igual que en otras regiones, se ha evolucionado hacia la democracia, aunque haya motivos de preocupación ante formas de gobierno autoritarias o sujetas a ciertas ideologías que se creían superadas, y que no corresponden con la visión cristiana del hombre y de la sociedad, como nos enseña la Doctrina social de la Iglesia. Por otra parte, la economía liberal de algunos países latinoamericanos ha de tener presente la equidad, pues siguen aumentando los sectores sociales que se ven probados cada vez más por una enorme pobreza o incluso expoliados de los propios bienes naturales.

*En las Comunidades eclesiales* de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada. Se demuestran fundamentales muchas obras católicas educativas, asistenciales y hospitalarias. Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudoreligiosas.

Todo ello configura una situación nueva que será analizada aquí, en Aparecida. Ante la nueva encrucijada, los fieles esperan de esta V Conferencia una renovación y revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado la experiencia única del Amor infinito de Dios Padre a los hombres. De esta fuente podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente.

### 3. *Discípulos y misioneros*

Esta Conferencia General tiene como tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida” (Jn 14, 6).

La Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del Pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este Continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser *discípulos y misioneros* de Jesucristo. Esto conlleva seguirlo, vivir en intimidad con Él, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: “*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará*” (Mc 16,15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida “en Él” supone estar profundamente enraizados en Él.

¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo?

Porque esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida?

Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida “en Él”, formulada en el título de esta V Conferencia, podría surgir también otra cuestión: Esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?

Como primer paso podemos responder a esta pregunta con otra: ¿Qué es esta “realidad”? ¿Qué es lo real? ¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.

La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis.

Pero surge inmediatamente otra pregunta: ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: Sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y Él, “que está en el seno del Padre, lo ha contado” (*Jn* 1,18). De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad.

Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo “hasta el extremo”, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: “Te seguiré adondequiera que vayas” (*Lc* 9,57).

Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La

primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. *2 Co* 8,9).

Pero antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con Él, para encontrar la vida en Él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo? Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios.

Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. *Jn* 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a

fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello, animo a los Pastores a esforzarse en darla a conocer.

Un gran medio para introducir al Pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la *catequesis*. En ella se trasmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su versión más breve, el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*.

En este campo no hay que limitarse sólo a las homilías, conferencias, cursos de Biblia o teología, sino que se ha de recurrir también a los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas.

En este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. “*Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios*” (*Deus caritas est*, 15). Por lo mismo, será también necesaria una

catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia, siendo muy útil para ello el “*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*”. La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas.

El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. *Discipulado y misión* son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. *Hch* 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro.

#### 4. “Para que en Él tengan vida”

Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus Pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, “pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura... a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin” (*Populorum progressio*, 21).

En este contexto me es grato recordar la Encíclica “*Populorum progressio*”,

cuyo 40 aniversario recordamos este año. Este documento pontificio pone en evidencia que el desarrollo auténtico ha de ser integral, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres (cf. n. 14), e invita a todos a suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes. Estos pueblos anhelan, sobre todo, la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: “*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural.

Para formar al discípulo y sostener al misionero en su gran tarea, la Iglesia les ofrece, además del Pan de la Palabra, el Pan de la Eucaristía. A este respecto nos inspira e ilumina la página del Evangelio sobre los discípulos de Emaús. Cuando éstos se sientan a la mesa y reciben de Jesucristo el pan bendecido y partido, se les abren los ojos, descubren el rostro del Resucitado, sienten en su corazón que es verdad todo lo que Él ha dicho y hecho, y que ya ha iniciado la redención del mundo. Cada domingo y cada Eucaristía es un encuentro personal con Cristo. Al escuchar la Palabra divina, el corazón arde porque es Él quien la explica y proclama. Cuando en la Eucaristía se parte el pan, es a Él a quien se recibe personalmente. La Eucaristía es el alimento indispensable para la vida del discípulo y misionero de Cristo.

### *La Misa dominical, centro de la vida cristiana*

De aquí la necesidad de dar prioridad, en los programas pastorales, a la valoración de la Misa dominical. Hemos de motivar a los cristianos para que participen en ella activamente y, si es posible, mejor con la familia. La asistencia de los padres con sus hijos a la celebración eucarística dominical es una pedagogía eficaz para comunicar la fe y un estrecho vínculo que mantiene la unidad entre ellos. El domingo ha significado, a lo largo de la vida de la Iglesia, el momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado.

Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el *hoy* y el *ahora* de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso la celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana.

El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana. De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos un inmenso cau-

dal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia. ¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y el Caribe para que, además de ser el Continente de la Esperanza, sea también el Continente del Amor!

### *Los problemas sociales y políticos*

Llegados a este punto podemos preguntarnos ¿cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria? Los problemas de América Latina y del Caribe, así como del mundo de hoy, son múltiples y complejos, y no se pueden afrontar con programas generales. Sin embargo, la cuestión fundamental sobre el modo como la Iglesia, iluminada por la fe en Cristo, deba reaccionar ante estos desafíos, nos concierne a todos. En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad. Pero, ¿cómo nacen?, ¿cómo funcionan? Tanto el capitalismo como el marxismo prometieron encontrar el camino para la creación de estructuras justas y afirmaron que éstas, una vez establecidas, funcionarían por sí mismas; afirmaron que no sólo no habrían tenido necesidad de una precedente moralidad individual, sino que ellas fomentarían la moralidad común. Y esta promesa ideológica se ha demostrado que es falsa. Los hechos lo ponen de manifiesto. El

sistema marxista, donde ha gobernado, no sólo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa opresión de las almas. Y lo mismo vemos también en occidente, donde crece constantemente la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcohol y los sutiles espejismos de felicidad.

Las estructuras justas son, como he dicho, una condición indispensable para una sociedad justa, pero no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renunciaciones, incluso contra el interés personal.

Donde Dios está ausente – el Dios del rostro humano de Jesucristo – estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos. No quiero decir que los no creyentes no puedan vivir una moralidad elevada y ejemplar; digo solamente que una sociedad en la que Dios está ausente no encuentra el consenso necesario sobre los valores morales y la fuerza para vivir según la pauta de estos valores, aun contra los propios intereses.

Por otro lado, las estructuras justas han de buscarse y elaborarse a la luz de los valores fundamentales, con todo el empeño de la razón política, económica y social. Son una cuestión de la *recta ratio* y no provienen de ideologías ni de sus promesas. Ciertamente existe un

tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos, que evidencian elementos fundamentales de un estado justo y los caminos que se han de evitar. Pero en situaciones culturales y políticas diversas, y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial, se han de buscar de manera racional las respuestas adecuadas y debe crearse –con los compromisos indispensables– el consenso sobre las estructuras que se han de establecer.

Este trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia. El respeto de una sana laicidad – incluso con la pluralidad de las posiciones políticas – es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres, precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. Sólo siendo independiente puede enseñar los grandes criterios y los valores inderogables, orientar las conciencias y ofrecer una opción de vida que va más allá del ámbito político. Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su

responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias.

Las estructuras justas jamás serán completas de modo definitivo; por la constante evolución de la historia, han de ser siempre renovadas y actualizadas; han de estar animadas siempre por un “*ethos*” político y humano, por cuya presencia y eficiencia se ha de trabajar siempre. Con otras palabras, la presencia de Dios, la amistad con el Hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades.

Por tratarse de un Continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. Los movimientos eclesiales tienen aquí un amplio campo para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política.

### 5. *Otros campos prioritarios*

Para llevar a cabo la renovación de la Iglesia a vosotros confiada en estas tierras, quisiera fijar la atención con vosotros sobre algunos campos que considero prioritarios en esta nueva etapa.

*La familia*

La familia, “patrimonio de la humanidad”, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos.

En algunas familias de América Latina persiste aún por desgracia una mentalidad machista, ignorando la novedad del cristianismo que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre.

La familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de los hijos. Las madres que quieren dedicarse plenamente a la educación de sus hijos y al servicio de la familia han de gozar de las condiciones necesarias para poderlo hacer, y para ello tienen derecho a contar con el apoyo del Estado. En efecto, el papel de la madre es fundamental para el futuro de la sociedad.

El padre, por su parte, tiene el deber de ser verdaderamente *padre*, que ejerce su indispensable responsabilidad y cola-

boración en la educación de sus hijos. Los hijos, para su crecimiento integral, tienen el derecho de poder contar con el padre y la madre, para que cuiden de ellos y los acompañen hacia la plenitud de su vida. Es necesaria, pues, una pastoral familiar intensa y vigorosa. Es indispensable también promover políticas familiares auténticas que respondan a los derechos de la familia como sujeto social imprescindible. La familia forma parte del bien de los pueblos y de la humanidad entera.

*Los sacerdotes*

Los primeros promotores del discipulado y de la misión son aquellos que han sido llamados “para estar con Jesús y ser enviados a predicar” (cf. Mc 3, 14), es decir, los sacerdotes. Ellos deben recibir, de manera preferencial, la atención y el cuidado paterno de sus obispos, pues son los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios. A ellos les quiero dirigir una palabra de afecto paterno, deseando que el Señor sea el lote de su heredad y su copa (cf. Sal 16, 5). Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo un “hombre de Dios” (1 Tm 6, 11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo (cf. Flp 2, 5). Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor.

Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote debe tener una sólida estructura espiritual y vivir toda su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad. Debe ser, como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios, y que cuide también su preparación cultural e intelectual.

Queridos sacerdotes de este continente y todos los que habéis venido aquí como misioneros a trabajar, el Papa os acompaña en vuestra actividad pastoral y desea que estéis llenos de alegría y esperanza, y sobre todo reza por vosotros.

#### *Religiosos, religiosas y consagrados*

Quiero dirigirme también a los religiosos, a las religiosas y a los laicos consagrados. La sociedad latinoamericana y caribeña necesita vuestro testimonio: en un mundo que muchas veces busca ante todo el bienestar, la riqueza y el placer como objetivo de la vida, y que exalta la libertad prescindiendo de la verdad sobre el hombre creado por Dios, vosotros sois testigos de que hay una manera diferente de vivir con sentido; recordad a vuestros hermanos y hermanas que el reino de Dios ya ha llegado; que la justicia y la verdad son posibles si nos abrimos a la presencia amorosa de Dios nuestro Padre, de Cristo nuestro hermano y Señor, y del Espíritu Santo nuestro Consolador.

Con generosidad, e incluso con heroísmo, seguid trabajando para que en la sociedad reine el amor, la justicia, la

bondad, el servicio y la solidaridad, según el carisma de vuestros fundadores. Abrazad con profunda alegría vuestra consagración, que es medio de santificación para vosotros y de redención para vuestros hermanos.

La Iglesia de América Latina os da las gracias por el gran trabajo que habéis realizado a lo largo de los siglos por el Evangelio de Cristo en favor de vuestros hermanos, sobre todo de los más pobres y marginados. Os invito a todos a colaborar siempre con los obispos, trabajando unidos a ellos, que son los responsables de la pastoral. Os exhorto también a la obediencia sincera a la autoridad de la Iglesia. Tened como único objetivo la santidad, de acuerdo con las enseñanzas de vuestros fundadores.

#### *Los laicos*

En estos momentos en que la Iglesia de este continente se entrega plenamente a su vocación misionera, recuerdo a los laicos que también ellos son Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio al mundo entero. Todos los bautizados deben tomar conciencia de que han sido configurados con Cristo sacerdote, profeta y pastor, por el sacerdocio común del pueblo de Dios. Deben sentirse corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores.

Muchos de vosotros pertenecéis a movimientos eclesiales, en los que podemos

ver signos de la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad actual. Estáis llamados a llevar al mundo el testimonio de Jesucristo y a ser fermento del amor de Dios en la sociedad.

*Los jóvenes y la pastoral vocacional*

En América Latina, la mayoría de la población está formada por jóvenes. A este respecto, debemos recordarles que su vocación consiste en ser amigos de Cristo, sus discípulos, centinelas de la mañana, como solía decir mi predecesor Juan Pablo II. Los jóvenes no tienen miedo del sacrificio, sino de una vida sin sentido. Son sensibles a la llamada de Cristo que les invita a seguirle. Pueden responder a esa llamada como sacerdotes, como consagrados y consagradas, o como padres y madres de familia, dedicados totalmente a servir a sus hermanos con todo su tiempo y capacidad de entrega, con su vida entera. Los jóvenes afrontan la vida como un descubrimiento continuo, sin dejarse llevar por las modas o las mentalidades en boga, sino procediendo con una profunda curiosidad sobre el sentido de la vida y sobre el misterio de Dios, Padre creador, y de Dios Hijo, nuestro redentor dentro de la familia humana. Deben comprometerse también en una continua renovación del mundo a la luz de Dios. Más aún, deben oponerse a los fáciles espejismos de la felicidad inmediata y de los paraísos engañosos de la droga, del placer, del alcohol, así como a todo tipo de violencia.

6. *“Quédate con nosotros”*

Los trabajos de esta V Conferencia General nos llevan a hacer nuestra la súplica de los discípulos de Emaús: *“Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”* (Lc 24, 29).

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

*Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.*

*Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, don-*

*de se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.*

*Quédate, Señor, con aquéllos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro Continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos. ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros!*

### Conclusión

Al concluir mi permanencia entre vosotros, deseo invocar la protección de la Madre de Dios y Madre de la Iglesia sobre vuestras personas y sobre toda América Latina y el Caribe. Imploro de modo especial a Nuestra Señora – bajo la advocación de Guadalupe, Patrona de América, y de Aparecida, Patrona de Brasil - que os acompañe en vuestra hermosa y exigente labor pastoral. A ella confío el Pueblo de Dios en esta etapa del tercer Milenio cristiano. A ella le pido también que guíe los trabajos y reflexiones de esta Conferencia General, y que bendiga con abundantes dones a los queridos pueblos de este Continente.

Antes de regresar a Roma, quiero dejar a la V Conferencia General del

Episcopado de Latinoamérica y el Caribe un recuerdo que la acompañe y la inspire. Se trata de este hermoso tríptico que proviene del arte cuzqueño del Perú. En él se representa al Señor poco antes de ascender a los cielos, dando a quienes lo seguían la misión de hacer discípulos a todos los pueblos. Las imágenes evocan la estrecha relación de Jesucristo con sus discípulos y misioneros para la vida del mundo. El último cuadro representa San Juan Diego evangelizando con la imagen de la Virgen María en su tilma y con la Biblia en la mano. La historia de la Iglesia nos enseña que la verdad del Evangelio, cuando se asume su belleza con nuestros ojos y es acogida con fe por la inteligencia y el corazón, nos ayuda a contemplar las dimensiones de misterio que provocan nuestro asombro y nuestra adhesión.

Me despido muy cordialmente de todos vosotros con esta firme esperanza en el Señor. Muchísimas gracias!

### Palabras de despedida del Santo Padre, Benedicto XVI, de Brasil

São Paulo, lunes, 14 mayo 2007

Señor vicepresidente:

Al dejar esta tierra bendita de Brasil, se eleva en mi alma un himno de acción de gracias al Altísimo, que me permitió vivir aquí horas intensas e inolvida-

bles, con la mirada dirigida a la Señora Aparecida que, desde su Santuario, presidió el inicio de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

En mi memoria quedarán para siempre grabadas las manifestaciones de entusiasmo y de profunda piedad de este pueblo generoso de la Tierra de la Santa Cruz que, junto a la multitud de peregrinos provenientes de este Continente de la esperanza, supo dar una poderosa demostración de fe en Cristo y de amor por el Sucesor de Pedro. Pido a Dios que ayude a los responsables, sea en el ámbito religioso o en el civil a imprimir un paso decidido a aquellas iniciativas, que todos esperan, para el bien común de la gran Familia Latinoamericana.

Mi saludo final, colmado de gratitud, va para el Señor Presidente de la República, para el Gobierno de esta Nación y del Estado de Sao Paulo, y para las demás autoridades brasileñas que tantas pruebas de delicadeza me quisieron dispensar en estos días.

Estoy también agradecido a las autoridades consulares, cuya diligente actuación facilitó sobremanera la participación de las propias Naciones en estos días de reflexión, oración y compromiso por el bien común de los participantes en este gran evento.

Un particular pensamiento de estima fraterna lo dirijo, con profundo reconocimiento, a los Señores Cardenales, a mis hermanos en el episcopado, a los sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, a los organizadores de la Conferencia. Todos aportaron para hacer brillar estas jornadas, dejando a cuántos en ellas participaron llenos de alegría y de esperanza -¡«gaudium et spes»!- en la familia cristiana y en su misión en medio a la sociedad.

Tened la certeza de que os llevo a todos en mi corazón, de donde brota la Bendición que os concedo y que hago extensiva a todos los Pueblos de América Latina y del Mundo.

¡Muchas gracias!

SANTA SEDE

**Intervención del cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado,  
en la ceremonia de inauguración de la exposición «L'Osservatore Romano:  
desde Roma al mundo 145 años de historia a través de las páginas  
del periódico del Papa» (24-10-2006)**

*L'Osservatore Romano, instrumento para la difusión de las enseñanzas del Papa*

Señor presidente de la Provincia de Roma; ilustres miembros de la Junta y del Consejo provincial; eminencias reverendísimas; excelencias reverendísimas; señor director de *L'Osservatore Romano*; autoridades presentes; señores y señoras:

Me alegra mucho participar en esta significativa manifestación, que pone de relieve la colaboración entre la Administración de la Provincia de Roma y la Santa Sede, y agradezco la oportunidad que se me brinda de dirigir a los presentes la palabra. Doy las gracias, en primer lugar, al presidente, doctor Enrico Gasbarra, que nos acoge. He escuchado con atención sus palabras de bienvenida, así como la intervención del profesor Mario Agnes, director de *L'Osservatore Romano*. La interesante exposición que hoy se inaugura quiere conmemorar precisamente el 145º aniversario de este periódico. ¡Cómo no reconocer el mérito de quienes la han ideado, organizado y preparado! A todos expreso mi aprecio y mi felicitación.

A este propósito, conviene destacar el hecho de que este acontecimiento tenga lugar en un edificio de las instituciones

civiles de Roma. ¡Cuánto han cambiado los tiempos desde que, por la iniciativa y el celo de los abogados Nicola Zanchini, de Forlì, y Giuseppe Bastia, de Bolonia, nació *L'Osservatore Romano*, en un clima de enfrenta-miento y de abierto desafío entre los promotores del *Risorgimento* italiano y los defensores de la necesidad del Estado Pontificio!

Este diario, creado para defender la religión católica y al Romano Pontífice, se convirtió en el órgano oficioso de la Sede Apostólica, la cual, habiendo comprendido su valor, lo transformó en instrumento para la difusión de las enseñanzas del Sucesor de Pedro y para la información sobre los acontecimientos de la Iglesia. Por otra parte, no se puede por menos de subrayar que pudo dar sus primeros pasos gracias a algunos fieles laicos, impulsados por una fuerte motivación misionera, iniciando con valentía su actividad para presentar el rostro auténtico de la Iglesia y los ideales de libertad que propone y encarna.

Han pasado desde entonces 145 años. Esta exposición abarca un largo período

de tiempo, y justamente recoge sobre todo las vicisitudes de nuestros días. La sucesión de los acontecimientos históricos muestra que la Iglesia, tanto en el pasado como en el presente, para difundir el mensaje evangélico en todos los ámbitos de la sociedad, para promover y defender los ideales de la auténtica libertad, de la verdad, de la justicia y de la caridad, necesita la laboriosidad, la creatividad y el carisma de los laicos.

### Todo el camino de la Iglesia

Por tanto, en el itinerario que recorre esta exposición a través de la historia del periódico, podemos volver a contemplar todo el camino de la Iglesia, que en este período siempre se ha esforzado por difundir el Evangelio y defender el valor del hombre y la intangibilidad de su dignidad y de sus derechos.

La exposición documenta todo esto y nos ayuda a familiarizarnos con la acción pastoral de once Romanos Pontífices. El beato Pío IX, que concedió el asentimiento a la fundación de *L'Osservatore Romano*; el largo y complejo pontificado de León XIII, con los profundos cambios sociales de aquellos años; San Pío X, el párroco del mundo, el Papa de las grandes reformas realizadas en el seno de la Iglesia; Benedicto XV, que promulgó la mayor colección de leyes eclesiásticas y que, precisamente en el diario vaticano, publicó la angustiosa *Nota a los jefes de los pueblos beligerantes*; Pío XI, que condenó los totalitarismos de todo color político,

como hizo también su sucesor, el siervo de Dios Pío XII.

No olvidemos que precisamente durante la segunda guerra mundial *L'Osservatore Romano* fue una de las pocas voces libres -especialmente con las famosas «*Acta diurna*»- y documentó la ingente labor humanitaria realizada por Pío XII y por la Santa Sede. *L'Osservatore Romano* describió luego la primavera que floreció en la Iglesia con la obra del beato Juan XXIII y el soplo del Concilio Vaticano II. El diario de la Santa Sede se hizo fiel intérprete de este excepcional acontecimiento eclesial, así como de la sabia y providencial acción del siervo de Dios Pablo VI, que guió a la Iglesia en el período conciliar y en los años no fáciles del posconcilio.

### Influjo en todo el mundo

De Pablo VI no podemos por menos de recordar el alto y angustioso llamamiento en favor de la liberación de Aldo Moro y las conmovedoras palabras que pronunció en su funeral: «Me dirijo a vosotros, hombres de las Brigadas Rojas...». El Papa Montini, herido en su corazón pero manteniendo intacta la fuerza de su fe, indicó a la nación italiana el camino del perdón, de la reconciliación y de la renuncia a toda violencia como única senda para la pacificación de nuestro país.

*L'Osservatore Romano* se hizo intérprete del breve pontificado del siervo de Dios Juan Pablo I y, en los años más cercanos

a nosotros, del renovado diálogo de la Santa Sede con el mundo, que caracterizó el largo pontificado del siervo de Dios Juan Pablo II. Siguió su actividad diaria, sus múltiples iniciativas y sus viajes apostólicos, que marcaron una fase nueva en la historia del Papado y de la Iglesia.

El diario vaticano, por último, nos informa de las vicisitudes de nuestros días, en los que la Iglesia camina guiada con sabiduría por Benedicto XVI. Sería interesante analizar la difusión y el influjo de *L'Osservatore Romano* en las regiones del mundo y en los ambientes sociopolíticos y culturales más diversos, así como en los países y en las familias más sencillas y fieles al Papa. Yo, por ejemplo, recuerdo que a mi pueblo natal, Romano Canavese, durante muchos años llegaban dos ejemplares de *L'Osservatore Romano*: uno a nombre de don Paolo Bellono, sacerdote que vivía allí, y otro a nombre de mi abuelo y, luego, de mi padre Pietro Bertone.

### **Su historia está vinculada a la historia de Roma**

Permítaseme otra observación. La historia de *L'Osservatore Romano* está vinculada a la historia de Roma, nuestra ciudad. No por casualidad, como hecho destacado, el diario registra también la unificación administrativa realizada con la constitución de la Provincia de Roma. De esta ciudad, que constituye la cuna de la civilización occidental y el corazón del catolicismo, el diario de la Santa Sede sigue registrando hechos de cróni-

ca diaria y fermentos de cristiandad. Se llama *L'Osservatore Romano* como para indicar la solicitud con la que el Pastor universal de la Iglesia, Obispo de Roma, mira ante todo a la comunidad que le ha sido encomendada, para que esta ciudad, bendecida por la sangre de tantos mártires y por el paso de innumerables santos, cumpla con esmero su misión de faro de civilización y de espiritualidad evangélica.

En el fondo, el único y constante anhelo de la Iglesia y de su Supremo Pastor, del que este diario se hace portavoz atento y fiel, es comunicar el Evangelio *urbi et orbi*, a Roma y al mundo entero. Se trata de una valiosa herencia, que es necesario acoger y proseguir. Desde los primeros pasos valientes, dados en el ya lejano 1 de julio de 1861 gracias a la intuición y a la entrega de un grupo de laboriosos fieles laicos que se constituyeron en asociación, hasta las modernas tecnologías de nuestros días, que permiten una comunicación cada vez más rápida y capilar, el espíritu y el estilo con que se trabaja siguen siendo siempre los mismos.

Del compromiso entre una institución pública, la Provincia de Roma, y nuestro periódico ha surgido un signo ulterior de colaboración y trabajo común al servicio de las grandes causas de la dignidad humana y la paz, como usted, señor presidente, ha recordado oportunamente en sus palabras iniciales. Roma -tanto la Roma civil como la cristiana- lleva inscrito en su destino el signo del amor y de la paz. Esta exposición, en definitiva,

evoca el constante mensaje de esperanza, la misión moral que une a las instituciones civiles y religiosas de Roma.

Todos -tanto las Administraciones públicas como la Iglesia-, respetando las prerrogativas particulares y las tareas propias de cada uno, estamos llamados a una fecunda colaboración mutua para el bien de esta ciudad, para que esté al servicio del hombre, especialmente del pobre y del que sufre, para que promueva la justicia y la paz en un contexto social en el que nadie se sienta marginado o excluido.

El Papa Benedicto XVI, en la reciente IV Asamblea de la Iglesia italiana cele-

brada en Verana, exhortó a los católicos, presentes en todos los ámbitos de la sociedad, a «abrirse con confianza a nuevas relaciones, a no descuidar ninguna de las energías que pueden contribuir al crecimiento cultural y moral de Italia».

Que éste sea también el fruto de la presente iniciativa: partiendo de la gloriosa memoria del pasado, volver a impulsar y proyectar con espíritu profético un instrumento de comunicación de la Iglesia universal, eficaz y convincente, para que crezca el pueblo de los hombres y las mujeres de buena voluntad, decididos a trabajar juntos para construir un futuro de esperanza para todos, para nuestra ciudad y para el mundo entero.

**Intervención de monseñor Wilton D. Gregory, arzobispo de Atlanta, en el Simposio organizado por el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales sobre: «La Iglesia y los medios de comunicación: un futuro que viene de lejos» (Roma, 24/25-2-2005)**

*¿Qué espera la Iglesia de los medios?*

Acojo con gratitud la posibilidad que me brinda el arzobispo monseñor John Foley, presidente del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, de presentar estas observaciones al Simposio organizado por dicho Consejo y a los cardenales, obispos, sacerdotes y laicos que participan en esta asamblea.

El tema que me han pedido que trate es el siguiente: «¿Qué espera la Iglesia de los medios de comunicación?». Este

tema ha empezado a cobrar la importancia que tiene actualmente -importancia que sigue creciendo día a día- debido a que la influencia de los medios y la variedad de éstos también han crecido de manera exponencial durante los últimos decenios. La presencia de los medios de comunicación en el mundo actual se debe a una inmensa multiplicidad de técnicas, la mayor parte de las cuales sólo han visto la luz durante estos mismos decenios. Con sus notables posibilidades,

los medios no conocen, literalmente, fronteras, por lo que alcanzan los lugares más remotos de la tierra y están incluso a punto de franquear los límites de nuestro planeta, ya que acompañan al hombre dondequiera que éste pueda ir.

Si el desarrollo del que somos testigos mantiene este ritmo notorio -y todo parece indicar que así lo hará-, los avances técnicos de los medios de comunicación registrados hasta la fecha se verán superados en un plazo relativamente breve. El avance y la expansión de los medios constituyen una gracia que nos llega de la mano de Dios y que debe utilizarse conforme a la voluntad del Creador para mejorar la vida del Pueblo de Dios. Con todo, como acontece con cualquier otro don otorgado al hombre, el poder y la influencia de los medios de comunicación pueden ser mal utilizados y manipulados, como ha sucedido manifiestamente en ocasiones.

Habida cuenta del extraordinario alcance de los medios en el mundo actual, es preciso que la propia Iglesia se comprometa a colaborar con esta fuente capital de información e influencia. Debe cooperar con tan significativa y poderosa institución humana de una manera que sirva a la misma Iglesia y, en términos más generales, a la familia humana. Podrán desde luego vivirse momentos de tensión como resultado de una incomprensión o de una diferencia de perspectivas con uno u otro medio de comunicación específico, pero lo cierto es que la Iglesia no puede comportarse

como si las ventajas que se derivan de tan importante institución social fueran nulas o insignificantes.

### Compañeros más que adversarios

Por su parte, los medios de comunicación también deben procurar la aportación de las autoridades eclesíasticas autorizadas como portavoces de la Iglesia, tanto en ámbito universal como a escala local. Las inevitables tensiones ocasionales deben afrontarse mediante intercambios sinceros, francos y directos. Por encima de todo, la Iglesia y los medios deben considerarse mutuamente compañeros, más que adversarios, en sus esfuerzos con vistas al servicio y a la mejora de la sociedad. Como miembros de la Iglesia, hemos de comprender que, en el seno de nuestros pueblos, cuando no brindamos nuestra aportación a los esfuerzos de los medios de comunicación, creamos irremediablemente un vacío que colmarán personas que carecen del conocimiento, de la perspectiva y de la autoridad adecuados para representar a la Iglesia ante tan importante agente de intercambio social. Incluso puede darse el caso de que estos portavoces se opongan a la naturaleza de la Iglesia, a su misión, o a su propia identidad institucional, al tiempo que sus opiniones y puntos de vista se presentan en cierta medida como representativos de la Iglesia.

La importante cuestión de la ética de los medios de comunicación ya ha sido objeto de varias instrucciones de este Pontificio Consejo en diferentes ocasio-

nes durante los últimos años. Por ello mi punto de partida no estribará en una repetición reforzada de los principios que dichos documentos tan cabalmente explican, sino más bien en una reflexión sobre lo que la Iglesia piensa que habría de ser la actitud de los medios cuando éstos se proponen tratar de organismos públicos o privados, como es el caso de la propia Iglesia.

En toda ocasión se espera de los medios que sean fieles a la verdad, justos e imparciales, de acuerdo con las normas y los criterios profesionales pero también con las normas de la dignidad humana y morales, normas cuyo campo de aplicación es universal y que tienen su origen en el plan divino sobre la humanidad y nuestro destino.

La Iglesia reconoce que gran parte de la labor de los medios de comunicación puede también considerarse sin lugar a dudas como un negocio comercial, por lo que está consecuentemente sujeta a las vicisitudes del mundo de los negocios. Por decirlo con el lenguaje propio de la industria, los medios tienen que producir una mercancía. Pero al tiempo que se ven sujetos a la demanda, a las expectativas y a los condicionamientos propios del mercado, los medios son también, en primer lugar y ante todo, una institución pública con una responsabilidad inalienable para con la comunidad humana. Nuestro Santo Padre acaba de referirse nuevamente a esta importante dimensión de los medios de comunicación en su Mensaje con ocasión de la XXXIX

Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: «El fundamento ético es éste: “La persona humana y la comunidad humana son el fin y la medida del uso de los medios de comunicación social; la comunicación debería realizarse de personas a personas, con vistas al desarrollo integral de las mismas”» (n. 4).

### **Los Estados Unidos de América, expertos en la gestión de los medios de comunicación**

Los medios de comunicación, en la medida en que son una institución social, jamás deben tolerar que el beneficio sea el único criterio -o aun sólo el definitivo- de valoración de su éxito. Deben también ponerse al nivel de la grave responsabilidad social de informar y de mejorar a la comunidad humana, e incluso de trabajar con vistas al perfeccionamiento de la naturaleza humana mediante el empleo de la razón, el desarrollo moral y la cohesión social. La Iglesia espera que los medios sean protagonistas del progreso *de* la sociedad humana y de la promoción de la solidaridad tanto entre los individuos como entre las naciones.

En los Estados Unidos de América, una nación reconocida de manera prácticamente unánime como experimentada en lo referente al uso y a la gestión de los medios de comunicación, el propio Gobierno considera el amplio abanico que éstos configuran como propiedad del público en su conjunto. Las emisoras de radio no son propietarias de las ondas públicas, sino que tienen solamente una

licencia de uso con vistas a un empleo limitado para un circuito particular de comunicación. Incluso en una nación como ésta, que tan elevado valor atribuye a la libertad de prensa, reconocida por el derecho constitucional, los propios medios tienen consideración de instrumentos pertenecientes, por su misma esencia, al público, y no a una empresa privada o a un individuo.

Los medios de comunicación, importantes agentes de avance social de los pueblos a cuyo servicio operan, han de contribuir al progreso de la sociedad. En un mundo como el actual, que constituye cada vez más una única comunidad mundial, lo que se haga en el seno de un pueblo determinado influirá necesariamente en otras regiones. Por ello, los medios de comunicación deben considerar y respetar ese mundo multicultural que constituye su campo de acción y su mercado. La Iglesia espera de los medios que éstos hagan todo lo que está a su alcance para mejorar la condición humana bajo todos los puntos de vista: moral, económico, político y artístico. La Iglesia espera de los medios de comunicación que, sin dejar por ello de perseguir sus fines, se adhieran fielmente a los principios éticos más elevados. Los medios han de tener la pasión por la búsqueda de la verdad. Pero la verdad siempre es más compleja que los hechos desnudos, ya que no incluye tan sólo éstos, sino también las circunstancias que rodean la realidad concreta, la forma de presentar los datos con claridad y honradez y los factores humanos, que condicionan

a todas las partes implicadas en un determinada situación.

Como los medios de comunicación tienen cada vez más la posibilidad de transmitir sus opiniones e intereses a amplias capas de la comunidad humana, contraen una responsabilidad cada vez mayor en relación con la formación y la educación de una nueva generación social en hábitos que influirán en el mundo en los años futuros. Uno de los más importantes estriba en una actitud capaz de estimular el sentido de la unidad de la familia humana. Las diferencias políticas entre naciones son diferencias legítimas, y siempre harán acto de presencia de una u otra manera, ya que son componentes necesarios de la condición humana; pero los medios pueden y deben llamar la atención sobre la necesidad, por parte de las políticas y estrategias internacionales, de promover la paz y la autodeterminación de los pueblos y las naciones.

#### **Enriquecer la sociedad humana en vez de envilecerla**

Los medios de comunicación no deben jamás erigirse en abogados o promotores del empleo de la violencia como medio de *zanjar* las diferencias políticas internacionales. Cuando, por desgracia, la violencia prevalece, los medios no deben, bajo ningún concepto, presentarla como una solución satisfactoria o como algo distinto de un triste y deplorable fracaso en la búsqueda de objetivos políticos por medios diplomá-

ticos, mediante un diálogo prudente y con medidas no violentas.

La Iglesia espera de los medios de comunicación que sepan valorizar los grandes logros artísticos de individuos y pueblos. La explotación de personas como objetos sexuales o la exaltación de la brutalidad humana constituyen una desviación del uso justo y legítimo de las posibilidades de que los medios disponen. Por encima de todo, deben procurar éstos no servir de instrumentos para el comercio de la belleza física de la persona con objetivos de diversión a través de actividades lúbricas y amorales.

Como es natural, siempre se producirán desacuerdos acerca del mérito artístico de semejantes realizaciones, pero los medios de comunicación no deben permitirse jamás rebajarse a desarrollar o fomentar actividades pornográficas disfrazadas de expresión artística. Tampoco pueden, con vistas a promover y difundir materiales pornográficos, ampararse bajo el indefendible pretexto de la libertad personal, lo que constituiría una justificación errónea. Y ello muy especialmente cuando son niños los destinatarios potenciales de dichos materiales, y más aún cuando los propios niños son el objeto utilizado para la producción de los mismos.

El fin propio de los medios es hacer accesible a la familia humana todo aquello que es noble, inspirador y edificante en la persona y en las sociedades que los hombres forjan y perpetúan. La Iglesia

espera de los medios de comunicación que cumplan este objetivo eminentemente noble: el enriquecimiento de la sociedad humana a través de lo mejor que la naturaleza humana y las diferentes comunidades humanas tienen.

Los medios constituyen también un instrumento indispensable de aliento y estímulo al diálogo entre los hombres, para que éstos se realicen y se aproximen en paz y esperanza, respondiendo así a las finalidades divinas. La Iglesia espera de los medios de comunicación que trabajen por la mejora de la sociedad humana, que animen a hombres y mujeres a conocer y apreciar la diversidad característica nuestra, así como los valiosos tesoros científicos y artísticos destinados a enriquecer y perfeccionar a la humanidad entera.

### **Poder de investigación e influencia de los medios**

La función de investigación propia de los medios debe emplearse siempre con vistas a descubrir la verdad y a señalar aquellos ámbitos de la vida humana que requieren reforma, desarrollo y corrección. En la consecución de estos objetivos, tienen la grave obligación de utilizar su poder de investigación en busca de la realidad de los hechos y para la promoción del bien común. Ello significa que poseen la formidable capacidad de controlar la reputación pública de personas e instituciones. Teniendo en cuenta su considerable alcance y su creciente influencia, los medios de comunicación

deben utilizar con criterio su poder de investigación, ya que una reputación puede verse arruinada para siempre al quedar al descubierto y expuesta a la vista del público.

También pueden los medios, evidentemente, ser a su vez objeto de manipulación por parte de organismos partidistas menos preocupados por la verdad y por el progreso humano que por un ámbito específico, o, lisa y llanamente, para obtener alguna ventaja política o económica. La Iglesia espera legítimamente de los medios de comunicación que utilicen su influencia y sus recursos con el objetivo permanente de acceder a la verdad y con la vista puesta en los intereses humanos superiores, y nunca con el fin de defender una opinión de base ideológica o parcial que resulte indiferente respecto a la verdad y únicamente encaminada a la conquista de puestos estratégicos o de ventajas del mismo orden. El trato dado a la reputación pública de personas e instituciones constituye un asunto grave y depende de la responsabilidad ética de los medios de comunicación, ya que la destrucción de una reputación -incluso la destrucción por simple insinuación- jamás queda convenientemente reparada, pese a todo tipo de excusas y de desmentidos que puedan publicarse con posterioridad.

La Iglesia espera de los medios que respeten la estructura y la naturaleza básica de las realidades que estudian. Habitualmente, éstos muestran atención a las diferencias de las personas y orga-

nizaciones de las que tratan. Por regla general, son conscientes de que las distintas instituciones están diferentemente constituidas unas respecto a otras, por lo que deben tratarse con arreglo a su naturaleza y estructura propias. Los organismos económicos, científicos, políticos, humanitarios o de ocio responden a estructuras y fines diferentes, operan en condiciones diferentes y obedecen a patrones de conducta diferentes. Lo mismo cabe decir del mundo religioso, por lo que la Iglesia tiene naturalmente todo el derecho de esperar de los medios que estén al corriente de la organización institucional y estructural propia de las entidades religiosas y que las tengan en cuenta. En otras palabras, quienes presentan al público las cuestiones eclesiales han de poseer un conocimiento profesional de la naturaleza de tales asuntos eclesiales. Semejante actitud, respetuosa y competente, no tiene por qué constituir necesariamente un acto de adhesión a la fe, pero supone, eso sí, una actitud de respeto a la integridad institucional de las entidades religiosas. Por decirlo en breve, la Iglesia espera de los medios de comunicación que le apliquen sus valoraciones con la misma competencia que ponen en práctica en lo que respecta a otras instituciones.

La Iglesia espera que los medios, en el ejercicio de su misión, sean justos, estén bien informados, respeten los principios y se muestren equilibrados. Dada la influencia cada vez mayor que ejercen en el mundo actual, estas expectativas parecen tan razonables como insoslayables.

Intervención de Franz-Olivier Giesbert, director del semanario francés «Le Point», en el Simposio organizado por el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales sobre: «La Iglesia y los medios de comunicación: un futuro que viene de lejos» (Roma, 24/25-2-2005)

*¿Qué esperan los medios de la Iglesia?*

Eminencias, excelencias, señoras y señores:

¡Ah, esta prensa! ¡Cuántas barbaridades se dicen de ella! Verdad es que lleva unos treinta años evolucionando con extremada rapidez, con cambios radicales y formidables. La información, extendiéndose paulatinamente, ha ido transformando el periodismo y ha dado el golpe de gracia a los grandes artículos de fondo y a la crítica literaria, dejando cada vez más sitio a los despachos de prensa, a las noticias importantes y a las gacetillas, a las crónicas de los reporteros y a las entrevistas. Hay que estar informados al instante.

¿Es el diario el que ha despertado en el público esta curiosidad creciente? ¿O es el público el que le exige al periódico esta indiscreción cada vez más rápida?

Lo cierto es que ambos factores se enardecen mutuamente, de manera que la sed de uno se exagera a medida que el otro se esfuerza, por su propio interés, en satisfacerla. Precisamente ante semejante exaltación de la vida pública se pregunta uno si se trata de algo bueno o malo. Son muchos los que se inquietan -todos los hombres de mediana edad echan de menos la antigua prensa,

más lenta y ponderada-, y se condena la prensa actual.

Mi única inquietud ante el periodismo contemporáneo estriba en el estado de sobreexcitación nerviosa en la que el mismo mantiene a la nación. Fíjense ustedes qué importancia desmesurada adquiere hoy en día el hecho más insignificante. Cientos de periódicos lo publican, comentan y amplifican, de suerte que a menudo, durante una semana, no se habla de otra cosa. Cada mañana se le añaden nuevos detalles. Las columnas rebosan. Cada rotativo pugna por elevar su tirada, satisfaciendo más y más la curiosidad de sus lectores. Una conmoción permanente se propaga en la opinión pública de un extremo a otro del país.

Cuando un asunto se agota, surge otro nuevo. Los diarios no cesan jamás de vivir esta existencia temeraria. ¿Que faltan temas emocionantes? Pues los inventan. Antaño, los hechos, incluso los más graves, al estar menos extendidos y comentados, no producían a cada paso tan violentos ataques de fiebre al país.

Semejante sistema de conmoción permanente me parece nefasto».

«Mercaderes, pícaros y enaltecedores»

Estas líneas que acabo de leer no las he escrito yo, ni una de las autoridades eclesiásticas aquí presentes, ni tampoco ninguna gran personalidad de nuestro tiempo. No; las escribió Emile Zola en *Le Figaro* del 24 de noviembre de 1888, pero, al igual que ustedes, suscribo totalmente lo dicho por el autor de «*L'Assommoir* y de *Germinal*». A menudo, los periódicos recuerdan a esos enjambres de estorninos que anidan en un árbol para, una vez devastado éste, mudarse a otro. ¡Con ello no quiero decir que nuestros periodistas sean cabezas de chorlito, muy al contrario! Pero lo cierto es que carecemos de memoria, o bien la tenemos muy escasa. Aunque -todo hay que decirlo- para ejercer bien nuestro oficio es mejor no sobrecargarla. Uno de los grandes empresarios de prensa del siglo XX, Lord Beaverbrook, mandó colgar en las paredes de sus redacciones un cartel que decía: «Haced como si el mundo se hubiera creado esta mañana».

Tenemos una obligación de actualidad y de renovación. Si hiciéramos caso omiso de ella, publicaríamos un día tras otro el mismo diario, por lo que nadie lo leería. Por ello se nos acusa con tanta frecuencia de ligereza, de sensacionalismo o de superficialidad. No siempre nos lo merecemos, desde luego, pero la crítica de Zola sigue siendo, con todo, actual. En este punto, por decirlo con el *Eclesiastés*, no hay nada nuevo bajo el sol.

No creo, pues, que asistamos hoy a una degradación de la información. Desde que existe la prensa, ésta siempre ha tenido sus mercaderes, sus pícaros y sus enaltecedores. Si se afronta la cuestión de la comunicación pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor, podemos estar prácticamente seguros de equivocarnos. Los periodistas hemos sido, somos y seremos siempre aproximativos e incontrolables. Nuestra misión consiste en buscar una verdad que, por definición, se nos escapa.

### Sobre el rigor

El escritor estadounidense Mark Twain mostró de manera magistral la dificultad propia de nuestro oficio cuando era reportero en el *Territorial Enterprise* de Virginia City, en el Estado de Nevada. En una ocasión, su redactor jefe, tras impartirle una pequeña lección de deontología, le recordó que no debía escribir nada que no hubiera comprobado personalmente. Al día siguiente, Mark Twain le presentó el siguiente artículo, que pasó desde entonces a los anales de la profesión: «Una señora que afirma ser la esposa del señor James Jones, y que estaría considerada como una de las personas importantes de esta localidad habría celebrado ayer lo que se diría una fiesta a la que habrían acudido un cierto número de mujeres o presuntas tales. La anfitriona afirma ser la esposa de un conocido abogado». He aquí un ejemplo de artículo perfecto, es decir riguroso. Todo lo que en él se escribe ha sido comprobado, y cuando el autor no

ha podido hacerlo, se ha conformado con poner condicionales.

A Dios gracias, los artículos no se escriben de esta forma: de no ser así, nadie leería ya nuestros periódicos. Como escribimos para que nos lean, nunca somos completamente rigurosos. El periodismo se cuenta entre las menos exactas de las ciencias inexactas. Ser periodista significa correr tras la Verdad con mayúscula para atrapar una verdad pequeña entre muchas otras... ¡y eso sólo los días de suerte!

Esto es lo que somos: personas de buena voluntad que hablan, a menudo muy bien, de cosas que no conocen, y que tienden a poner en el mismo plano -si bien no los confundan forzosamente- los accidentes de tráfico y el ocaso de una civilización. Que no les engañen las actitudes que asumimos para despistar a nuestro mundo. No hay que sobreestimarnos. Somos trabajadores de lo efímero, de la siguiente edición. Nuestro oficio, pese a haber producido generaciones de fanfarrones sentenciosos y llenos de sí mismos, es, a fin de cuentas, escuela de modestia.

Me gustaría que ustedes supieran quiénes somos antes de decirles qué queremos. Por muchas precauciones que tomemos para que se sientan tranquilos, sepan que todos nosotros obedecemos a la misma lógica: queremos saberlo todo y saberlo siempre. Es nuestra vocación. No aguantamos los misterios ni los tapujos. Estamos dispuestos a seguir llaman-

do incansablemente a la misma puerta por el mero hecho de que esté cerrada. Odiamos los cerrojos, las barreras y los biombos. Para nosotros, los secretos están hechos para violarlos. Somos todos unos curiosos incorregibles, jamás suficientemente hartos de informaciones. Si ustedes nos arrojan una noticia esperando calmarnos con ella, pierden el tiempo: nuestra hambre es insaciable. Y es que queremos devorar ni más ni menos que todas las verdades del mundo.

Buscamos, por lo tanto, la transparencia. Con la luna o con el sol, las veinticuatro horas del día. En un manual editado por el episcopado francés para ayudar a las parroquias a comunicar mejor, monseñor Jean-Michel di Falco ha escrito: «Comunicar es la esencia misma de la Iglesia. La Iglesia, por vocación, no está replegada sobre sí misma, sino volcada hacia los demás, hacia aquellos con los que cada día entra en contacto cada cristiano». Estoy de acuerdo con ello: plena y rotundamente de acuerdo. Cristo no dejó nunca de comunicar. Pero no estoy seguro de que la Iglesia siga siempre correctamente su ejemplo.

### La Iglesia como punto de referencia

Pese a los llamamientos del Papa a la evangelización, me parece que el clero vive con demasiada frecuencia replegado en sí mismo, como asediado por el mundo que lo rodea. Yo también tengo ganas de decirle: «No tengas miedo». No tengas miedo de los medios, que todo lo recogen y todo lo deforman. No tengas

miedo de ir a donde tus pasos te lleven, incluso a riesgo de llevarte algún golpe. No tengas miedo de gritar tus verdades a la cara misma del mundo, por muy desagradables que resulten.

La Iglesia se equivoca cada vez que se esfuerza por caerle bien a su tiempo. Ésta es la limitación de la relación entre los sacerdotes y los medios de comunicación, medios que, por definición, «se casan» con su época, de la que son a un tiempo matriz y prole. Incomprensiones y conflictos están inscritos en la naturaleza de unos y otros, por lo que debemos aceptarlos.

En un texto adjunto a su Panfleto contra los católicos franceses, Julien Creen escribía en 1924 -cuando contaba 24 años de edad, ya que nació con el siglo- unas líneas que siguen siendo actuales: «No os amoldéis al mundo (*huic saeculo*), es decir no envilezcáis vuestro catolicismo mezclándolo con la vida del mundo; haced de él algo sobrenatural, algo extraño: tened un aire extraño (extraño: extranjero)».

Ojalá la Iglesia no asuma jamás la forma del siglo. Si un día hiciera caso al catetismo realista que le ordena que se adapte a su época, incumpliría su misión. Diciendo esto, no es desde luego mi deseo llevar el agua a mi molino. Como periodista, anhelo que las relaciones entre la cristiandad y los medios se estabilicen. Pero tenemos que aceptar la posibilidad de que surjan malentendidos entre nosotros, debido a lo contradictorias que

resultan nuestras lógicas. ¿Por qué motivo debería el Vaticano reescribir cada diez años los mandamientos de Moisés, al antojo de las últimas encuestas de opinión?

La Iglesia ya no es el centro del mundo, pero sí su punto de referencia. Tiene que aceptar que la prensa la emprenda con ella. Es más: me atrevo a decir que, por regla general, ello es una buena señal. Lo único que la Iglesia tiene que hacer, cada vez que la situación lo requiera, es rectificar, desmentir o restablecer la verdad de los hechos.

Y vuelvo a lo de la transparencia. La Iglesia, aunque tenga el deber de preservar lo sagrado, no tiene, en lo restante, nada que esconder. Tiene que estar más presente en los medios de lo que esta actualmente, pero sin ingenuidad ni incompetencia, escogiendo siempre atinadamente su campo de acción. La regla en esta materia estriba en no comunicar jamás mientras se ocupe una posición débil. Cuando estás en el centro de una polémica y la tormenta mediática es demasiado atronadora, nadie te oye. De nada sirve corregir, protestar o elevar el tono de la voz. El mensaje no llegará a su destino, sofocado por el griterío.

Recientemente, se ha podido observar un caso auténticamente de manual con ocasión de la laringotraqueitis aguda que ha llevado al Papa al hospital Gemelli. La mayor parte de los periódicos la han emprendido, de forma unánime, con la comunicación oficial y tranquilizadora

del Vaticano. Incluso excelentes colegas han perdido su sangre fría. Y es que, cuando la máquina mediática está en marcha en todos los continentes, nada puede detenerla. Hay que llevar la cosa con paciencia y dejar pasar.

Una vez que haya pasado, podrás hacerle oír de nuevo. Para comunicar hay que escoger siempre el momento, pero sin vacilar después en dar explicaciones. O incluso en devolver los golpes, si fuera necesario. Tengo la impresión de que la Iglesia, cuando le dan una bofetada, tiende con demasiada frecuencia a poner la otra mejilla, antes de refugiarse en el silencio propio del arrepentimiento. Nada perdería, en cambio, si se dirigiera periódicamente a los medios o si se enfrentara a éstos con sus responsabilidades.

**¡Dejen de tratarnos con miramientos!**

Sí: también esperamos de ustedes que no nos tengan miedo. Que dejen de tratarnos con miramientos. Pídanos cuentas. Interroguénnos. Pongan el dedo en la llaga: el mercadeo de la información, el dominio de los grandes grupos industriales sobre los medios de comunicación, esa especie de fría neutralidad de la que los medios hacemos gala ante el horror del mundo.

Al igual que muchos periodistas, me hizo ilusión que el texto *Aetatis novae*, redactado por el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, denuncia-

ra en su época el incremento de los monopolios, la dictadura del audímetro o el imperio del dinero. No hace mucho, Juan Pablo II hizo bien en exigir que «los hombres y las mujeres de los medios de comunicación participen plenamente en la destrucción de los muros de odio propios de nuestro mundo, muros que separan unos de otros a pueblos y naciones y que alimentan la incomprensión y la desconfianza». También estuve de acuerdo con el Santo Padre cuando, el lunes pasado, pedía a los medios que «relataran los acontecimientos de manera precisa y verídica, dando voz a las diferentes opiniones».

Nada le impide a la Iglesia amonestar periódicamente a los medios de semejante forma. Incluso pienso que no lo hace lo suficiente. Y es que resulta evidente que, ante los medios de comunicación, padece de cierto «complejo de inferioridad», por retomar la expresión de monseñor Martini. No se atreve a cantarles las cuarenta.

No lo duden: una Iglesia prudente, modosita o calculadora jamás la respetarán los medios. La mejor comunicación es la que brota del hondón del corazón. Para que se les oigan bien, deben ser ustedes mismos, con todas sus contradicciones: comprometidos con su tiempo, dondequiera que los hombres sufran, y al mismo tiempo arraigados en los siglos, sin preocuparse por estar a la última.

Es el dilema propio de la Iglesia: estar aquí y en otro lugar. No están obligados a

responder al primer toque de silbato del presentador de televisión que los acomodará entre una prostituta reconvertida en cantante y un crack dopado del bálompí antes de pedirles que contesten en diez segundos -ni uno más, ni uno menos- a su pregunta de rigor: «¿Y qué opina Dios de todo esto?». Pero deben dar testimonio donde sea preciso, so pena de dar razón a Julien Creen cuando escribía indignado: «Da miedo ver lo poco que el catolicismo perturba la vida humana».

Por ello la Iglesia no debe vetarse la entrada, cuando sea necesario, en la pugna mediática, ni negarse a que la inviten a platos de televisión para afrontar las críticas. Por mucho derecho que se tenga a lamentarlo, lo cierto es que, en la actualidad, no existe un medio mejor que éste para hablarle al mundo.

Durante demasiado tiempo, la Iglesia rechazó la libertad de prensa, «la más funesta» según la encíclica *Mirari vos*, de 1832, bajo el pontificado de Gregorio XVI. «Una libertad execrable -*recalcaba* dicha encíclica-, por la que jamás se sentirá suficiente horror». A Dios gracias, la tendencia vaticana ha cambiado desde entonces, aunque el clero *parezca* a menudo sentirse incómodo con dicha libertad.

La Iglesia tiene que estar por todas partes. En los poblados marginales, en medio de las catástrofes, entre los proscritos de la tierra... y también en la pequeña pantalla. No se trata de que «sea» de su tiempo. Es que tiene que «perturba») a su tiempo. Les suplico: pertúrbennos, perturben al mundo.

Esta es, ni más ni menos, la felicidad que deseo para todos nosotros.





# CRÓNICA DIOCESANA

---

## CRÓNICA DIOCESANA

Durante los meses de abril y mayo, han continuado las peregrinaciones a Celanova, con motivo del año jubilar de San Rosendo, con gran afluencia de fieles, desbordando las previsiones de los más optimistas. Que San Rosendo ilumine a todos aquellos que se acercan hasta su sepulcro con las gracias necesarias para ser testigos de la fe.

Al mismo tiempo, ha comenzado la administración del Sacramento de la Confirmación, que el Sr. Obispo y sus Vicarios, durante los próximos meses, realizarán en los distintos arciprestazgos de la Diócesis.

### ABRIL

---

Día 25: Celebración Eucarística de Exequias en la iglesia parroquial de Santa Baia de A Bola por el Rvdo. D. David Freire de Prado.

Día 28: Asamblea de Catequistas de Galicia en Celanova.

Ordenación Sacerdotal del P. Juan Javier Martín Hernández, Superior del Monasterio Cisterciense de Santa María de Oseira.

### MAYO

---

Día 3: Fiesta del Santo Cristo de Ourense Misa Solemne en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 4: Encuentro de sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Peregrinación de la Juventud a Celanova en este Año Jubilar de San Rosendo.

Día 8: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 9: Fiesta de San Juan de Ávila en el Seminario Mayor. Celebración de la Eucaristía presidida por el Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo. Celebración de las Bodas de Oro de los siguientes sacerdotes: D. Manuel Armada Rodríguez, D. José Canal Sánchez, D. Emilio R. Crespo González, D. José Fernández Muiños, D. José Fernández Nóvoa, D. Antonio García Alonso, D. Antonio García Díaz, D. Luís Emilio García Gil, D. Juan González Nóvoa, D. Ricardo González Pereira, D. Perfecto González Sulleiro, D. Agustín Leiro Morquera, D. Cesáreo Lourido Díaz, D. Emerio Montero Viso, D. Benigno Moure Cortés, D. Leopoldo Pérez Martínez, D. Heriberto Redondo García, D. Antonino Seara García, D. Benigno Sierra Fernández, D. Jesús César Silva Méndez, D. José

Temes Vázquez, D. Francisco Tesouro Rejo, D. Manuel Vilar González; y de las Bodas de Plata sacerdotales de los Rvdos: D. Andrés Alfonsín Marnotes, D. Tomás Delgado Gándara, D. César González Fernández, D. Miguel Ángel González García, D. Manuel Martínez Rodríguez. D. Luis Pérez González.

Presentación del libro “*san Rosendo, Obispo de Mondoñedo, fundador de Celanova y pacificador de la Gallaecia*”, a cargo del autor Prof. Dr.D. José Ramón Hernández Figueiredo.

Conferencia de D. José Rico Pavés, Director del secretariado de la Comisión Episcopal de la Doctrina de la Fe, sobre la exhortación postsinodal *Sacramentum Caritatis* del Santo Padre, Benedicto XVI.

Días 4-13: Novena de Nuestra Señora de Fátima, en el Santuario Diocesano Votivo del barrio del Couto de la ciudad de Ourense.

Día 15: Presentación a los medios de comunicación, en la Biblioteca del Seminario Mayor, de *El Catón Compostelano*, primer periódico publicado en Galicia y única edición completa del mismo de la que haya noticia; ha aparecido al catalogar el fondo donado a la Biblioteca por el Muy. Ilre. Sr. D. Emilio Duro Peña (q.e.p.d), durante muchos años canónigo archivero de nuestra catedral y un gran bibliófilo.

Día 17: Reunión del Consejo Diocesano Presbiteral en el Seminario Mayor.

Día 18: Celebración Eucarística de Exequias por el Rvdo. D. José González Chao en la Parroquia de Santa María de Razamonde.

Inauguración de la restauración del “Retablo de la Quinta Angustia” obra renacentista del Maestro de Sobrado. Está situado en un lateral de la puerta norte de la Catedral y ha sido financiada su restauración por la fundación “Caixa Cataluña”.

Día 24: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 26: Vigilia de Pentecostés en Celanova.







Beati Misericordes